OCE #16,332

John A. Mackay

cafe

SOLILOQUIOS Y CONVERSACIONES

J. POVEDA. PRÍNCIPE, 24.—MADRID

SOLILOQUIOS Y CONVERSACIONES

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
8, PONTEJOS, 8.
1911

CONVERSACIONES

CONVERSACIÓN I

PERO hombre, eso ya nos lo ha dicho usted otras veces! ¡Cómo le gusta repetirse!

—Oiga, oiga lo que dice al respecto el gran humorista yanqui (ó yanqués, si usted quiere), Oliver Wendell Holmes en su libro «El autócrata de la mesa redonda».

Fuí, cojí el libro de un estante, lo abrí por uno de los pasajes que tengo en él señalados, y lo traduje.

«No ha de suponer usted que las observaciones que hago en esta mesa son como los sellos de correo, que no cabe usarlos sino una sola vez. Si cree usted eso, se equivoca. Tiene que ser un pobre hombre el que no se repita amenudo. Imagínese al autor de aquel excelente consejo «conócete á tí mismo», no volviendo á aludir á él durante el curso todo de una larga existencia. Las verdades que un hombre lleva consigo son como sus instrumentos, ¿y cree usted acaso que un carpintero está obligado á

no usar del mismo cepillo sino una sola vez para alisar una tabla nudosa, ó á colgar el martillo luego que metió con él un clavo? Jamás repetiré una conversación, pero una idea amenudo. Usaré de los mismos tipos cuantas veces guste, pero no de las mismas estereotipias. Un pensamiento es amenudo original, aunque lo haya usted expresado cien veces. Le ha llegado á usted de nuevo por un nuevo camino, por una nueva asociación de ideas».

Cerré el libro, lo dejé en el sitio que en mi librería le tengo asignado, y volviéndome á mi interlocutor, le dije:

—¿Qué tal?

—No está mal la cita—me contestó—y sobre todo ingeniosa. Y por lo que hace á eso de la originalidad de los pensamientos...

—Ah, en cuanto á eso—le interrumpí—me acude á la memoria otra preciosa cita.

—¿De quién?

—Mía.

—¿Pero se dedica usted á las autocitas?—me dijo no sin cierta maligna ironía.

—¡Qué le vamos á hacer, amigo, hay que defenderse! Pero yo lo hago noblemente y sin engaño. Y como le decía respecto á eso de la originalidad, tengo dicho en alguna parte...

—¿Dónde?—me interrumpió.

—Por esta vez no hago el reclamo de mis

libros—le dije, y proseguí:—tengo dicho en alguna parte que así como uno no es propiamente hijo de quien lo engendró—cosa muy fácil y sin mérito alguno—sino de quien lo crió, formó y educó, poniéndole en el puesto que le corresponde, así una idea no es hija de aquel que primero la concibió, sino de quien la crió, formó y educó, es decir, de quien le dió su expresión más adecuada y la colocó entre las demás ideas, sus compañeras, en el complejo y contexto donde adquiere su valor todo. ¿No está bien?

—Muy bien, como...

—¡Cómo mío!—me anticipé á declarar.

—¡Pero es defender la piratería literaria!—exclamó el pobre hombre.

Estuve á punto de decirle que era un incomprensivo, pero como este mi amigo es una buena persona y suele hablar muy bien de mí y hasta me hace el artículo, me abstuve, por cariño y por cálculo, de darle un disgusto así, limitándome á contestarle:

—No, hombre, no, es defender la originalidad. La originalidad es eso. No acuñar moneda, sino saber usarla. ¿Y quién le ha dicho á usted que no pueda uno entender y usar una idea mejor que aquel á quien primero se le ocurrió? ¿Es que cree usted que Máuser, el inventor del fusil que lleva su nombre, sea quien mejor lo maneje?

Además no es preciso entender una idea como la entiende su progenitor. Hasta el entender mal una cosa suele ser fuente de grandes pensamientos.

—¿Cómo? ¿cómo? eso si que no lo entiendo.

—Pues sí, amigo, hasta las erratas son fecundas. ¡Cuántas ideas nuevas no han sido sugeridas por una errata! ¿No ha oído usted eso de que el ave fénix renace de sus cenizas? Pues no hay tal ave fénix. Fénix, phoenix en griego, significaba la palmera y un ave, y el proverbio era que la palmera renace de sus cenizas, que se encendía un bosque de palmeras y éstas vuelven á brotar. Y los que luego ignoraron que se trataba de la palmera achacaron al ave el milagro.

—Es curioso...

—¿Y no ha visto usted á la Santísima Virgen María pisando la cabeza de una serpiente? Pues las sagradas letras no dicen eso; no dicen que la mujer quebrantará la cabeza de la serpiente, sino su linaje, su hijo. En la traducción se cambió «ella» por «él» y de ahí ha venido todo. Hay hasta teorías, hasta sistemas enteros, fundados en malas traducciones, en erratas, en no haber entendido el texto. Espere usted.

Volví á acercarme á mi librería y tomé de ella el libro de Renán sobre Averroes y el averroísmo.

—Vea usted lo que dice Renán al exponernos cómo el averroísmo es la historia de un contra-

sentido. Dice: «Para el filólogo un texto no tiene más que un sentido; pero, para el espíritu que ha puesto en ese texto su vida y sus complacencias todas, para el espíritu humano que á cada hora experimenta nuevos anhelos, la interpretación escrupulosa del filólogo no puede bastarle. Es menester que el texto que ha adoptado resuelva todas sus dudas, satisfaga todos sus deseos. De aquí una especie de necesidad del contrasentido en el desarrollo filosófico y religioso de la humanidad. El contrasentido, en las épocas de autoridad es como el desquite que toma el espíritu humano contra la infalibilidad del texto oficial... ¿Qué sería de la humanidad si desde hace diez y ocho siglos hubiera entendido la Biblia con los léxicos de Gesenius ó de Bretschneider? No se crea nada con un texto que se comprende demasiado exactamente. La interpretación verdaderamente fecunda, que en la autoridad aceptada de una vez para siempre sabe hallar respuesta á las exigencias sin cesar renacientes de la naturaleza humana, es obra de la conciencia más que de la filología.» Estas son las últimas palabras de este libro de Renán—añadí, cerrándolo—y yo, filólogo como él, las suscribo y hago mías.

Cuando volví de haber dejado el libro en su sitio, mi amigo, mirándome con malignidad, me dijo:

—Ahora espero que me haga usted mención de sus propios comentarios al «Quijote», inspirados en ese criterio.

—Como usted, amigo, se me ha anticipado á citármelos, renuncio yo á ello—le dije.

—Y de todo esto, ¿qué sacamos en limpio?—me preguntó en seguida.

—¡Bah!—le contesté—la cosa es matar el tiempo y excitar la imaginación.

—¿Para qué?

—Para darle carrera y que corra.

—¿No será mejor aquietarla y darle reposo?

—¡Ay, amigo! he ahí mis dos grandes anhelos, el anhelo de acción y el anhelo de reposo. Llevo dentro de mí, y supongo que á usted le ocurrirá lo mismo, dos hombres, uno activo y otro contemplativo, uno guerrero y otro pacífico, uno enamorado de la agitación y otro del sosiego. ¿Ha oído usted hablar de Roberto Burns? ¿ha leído usted alguna de sus admirables poesías?

—He leído—me contestó—lo que de él dice Carlyle en su libro sobre los héroes y el heroísmo y algunas referencias sueltas. Pero en cuanto á poesías suyas no conozco ninguna.

—Pues es lástima y es lástima que no sepa usted inglés para poder leerlas en su original, en su dialecto escocés del inglés. Pero ya que no una poesía, voy á traducirle un pasaje de uno de sus escritos en prosa. Dice:—y tomando otro

libro, leí: «Mi peor enemigo soy yo mismo. Hay dos criaturas á que yo envidiaría—á un caballo salvaje que atraviesa las selvas de Asia y á una ostra en alguna de las costas desiertas de Europa. El uno no tiene deseo ni satisfacción, y la otra no tiene ni deseo ni miedo.»

—¿Y sabía Burns—observó mi amigo—si las ostras tienen deseos y si pasan miedo?

—¡Oh! en cuanto á la psicología de las ostras... empecé yo; pero mi amigo me interrumpió diciéndome:

—Dejemos la psicología. ¿Qué utilidad reporta?

—La de las ostras—le dije—una muy grande para la ostricultura. Créame usted, un ostricultor ha de ser ante todo un gran psicólogo. Lo mismo, por supuesto, que un ganadero de cualquier clase de ganado. Para criar vacas ú ovejas hay que estar enterado, me parece, de la psicología vacuna y ovejuna.

—Sí—dijo mi amigo—recuerdo haber oído aquello de abrir ostras por la persuasión.

—¡Y no es un disparate, no!—exclamé.

—Se puede abrir ostras con un cuchillo, por la violencia y se las puede abrir por la persuasión.

—¿Cómo?

—Metiéndolas en agua salada, en agua marina. Se creen en su elemento y cuando se imagi-

nan estar seguras, entonces se abren ellas solas. ¿No sabe usted lo que cuenta Heródoto de los pescadores de perlas?

—¡Deje usted ahora á Heródoto!

—Bueno, lo dejaremos por hoy, pero á condición de que otro día he de leerle lo que al respecto dice Heródoto. No le perdono á usted Heródoto.

—Y usted mismo, ¿qué dice al respecto?

—Que he abierto no pocas ostras por persuación.

—¡Usted!

—Si, yo, aunque soy tan poco persuasivo. Pero lo que sé sobre todo es embarcar cerdos. Y esto gracias á la psicología.

—A ver, á ver...

—Cuentan del gran Federico que solía disfrazarse y recorrer rincones de su reino observando á las gentes. Y dice la leyenda que estando una vez así, disfrazado, en los muelles de un puerto prusiano, vió á un pobre hombre que se empeñaba en meter cerdos en un barco, empujándoles hacia él para que entrasen por una pasarela. Y los cerdos reculaban. Visto lo cual le sugirió el gran rey que los pusiese de espaldas al barco y los empujara hacia adelante, hacia fuera de él, y ellos, por hacer lo contrario y resistirle, recularían hasta embarcarse. «¡Como se conoce,—cuenta la leyenda que dijo al rey su

súbdito—como se conoce que usted ha sido porquero...!»

—Y tenía razón—insinuó mi amigo.

—En efecto—me apresuré á añadir—ser rey ó ser porquero puede llegar á ser la misma cosa. Entre un rey de puercos y un porquero de hombres hay poca diferencia. Y sobre todo digamos aquello de Kierkegaard, el gran danés: «prefiero ser porquero en Amargerbro y ser entendido por los puercos á no ser poeta entre los hombres.» No recuerdo las palabras precisas, pero, espere usted, que ahí está el libro.

—No, no lo coja usted; si dice así precisamente, bien, y si no, ¿no quedábamos en la utilidad y fecundidad de las equivocaciones y contrasentidos?

—Es cierto—le dije, y no me moví de mi asiento para ir á cojer el libro.

Y me puse á pensar, mientras seguíamos conversando, que otra cita le encajaría á mi amigo.

Porque el lector se habrá percatado ya de que en esta conversación uno de mis principales objetos era irle colocando á mi interlocutor unos cuantos pasajes que me habían llamado especialmente la atención en mis recientes lecturas. Y, así llevaba yo de tal modo la conversación, contando siempre, claro está, con la complacencia de mi amigo, que fuera á recaer

precisamente en los tópicos correspondientes á las citas que tenía de antemano aparejadas.

Y aquí podría citar aquel famosísimo cantar popular que citó una vez en nuestro parlamento el gran erudito y apreciable estadista D. Práxedes Mateo Sagasta cuando citó:

Tengo unas calabazas
puestas al humo,
al primero que pase,
se las emplumo.

Y esto, lectores míos, no debe extrañarles. Es la corriente manera que hay aquí de hacer piececillas cómicas y hasta comedias. Un autor cómico, de eso que llaman el género chico, se dedica á coleccionar chistes, chascarrillos, dicharachos, juegos de palabras, y cuando tiene ya una regular cosecha de ellos escribe una pieza para irlos colocando, vengan ó no á pelo. Y se ve desde luego que tal ó cual situación no está traída sino para justificar, mejor ó peor, tal ó cual chiste.

Es decir que los chistes no son orgánicos, no surgen del conjunto, no brotan del argumento general cómico de la pieza, sino que ésta no es sino un pretexto para irlos ensartando. Y el público tan contento.

¿Y esto que nuestros autores cómicos hacen con sus piezas, no puedo hacer yo en mis con

versaciones? Mayormente cuando otros lo hacen también en las suyas. ¿Ó es que se creen ustedes que no es sino una invención aquella anécdota del que preguntaba: «¿han oído ustedes un cañonazo?» y al decirle que no, añadía: «pues á propósito de cañonazo...» y colocaba su cuento.

Yo me he impuesto la obligación—mejor diré en cierto sentido necesidad—de dirigirme á ustedes, mis queridos lectores, cada quince días, y tengo que inventar asuntos. Y no pocas veces ocurre que no los hay. ¿Por qué entonces no me ha de ser permitido distraerles á ustedes con una conversación suelta, como la de hoy, en que vaya ensartando las citas más curiosas ó sugerentes de mi última cosecha?

Además esto de tener que ensartar citas es una cosa tan generadora como la rima. Porque ya sabrán ustedes, y vaya de cita, que Carducci, siguiendo no recuerdo ahora á quién, le llamó á la rima «rima generatrice», rima generadora. Y en efecto, la necesidad de colocar un consonante le obliga á un poeta, á un gran poeta, á seguir una nueva asociación de ideas. Y este lazo de asociación que parece meramente externo, meramente acústico, introduce un cierto elemento de azar, de capricho, que Novalis estimaba tan esencial en la poesía. Porque si la

poesía no nos liberta de la lógica, maldito para lo que sirve.

Y aquí vuelve á venírseme á las mientes otro pasaje de Oliver Wendell Holmes cuando nos dice que la obra de un espíritu lógico es construir un «pons asinorum», un puente para borricos, sobre congostos que la gente viva puede saltar sin necesidad de semejante estructura. Y á renglón seguido diserta muy agudamente sobre esos hombres lógicos, sutiles dialécticos, óptimos abogados, pero que no tienen relaciones primarias con la verdad. «Según yo entiendo la verdad», añade el autócrata de la mesa redonda—The autocrat of the breakfast-table»—á lo cual uno de sus comensales, le dice que habla como un trascendentalista. Para este comensal era bastante el sentido común, «common sense» y el autócrata le replica: «exactamente, mi querido señor; el sentido común, según usted lo entiende».

Eso digo yo también desde aquí á aquellos de mis lectores que me honran dirigiéndome cartas, firmadas, pseudónimas ó anónimas, haciéndome observaciones, que agradezco, sobre estas mis correspondencias. Sí, mis queridos señores, la verdad, la justicia, el sentido común, según ustedes lo entienden.

Pero dejemos esto y volvamos al hilo de nuestro discurso.

Pero... ¿es que hay discurso? ¿es que hay hilo? ¿No quedábamos precisamente en que esto era una especie de conversación para ir engarzando en ella los pasajes de mis lecturas que me hubiesen últimamente chocado? ¿en que esto es una especie de sarta sin cuerda?

Y así es también nuestra vida, una sarta sin cuerda. ¿Es que la vida de muchos de nosotros tiene más unidad interna, más coherencia que esta conversación, ó lo que fuere? La unidad la dá el tono, no el argumento. No son los escritores fragmentarios los que menos unidad íntima nos muestran.

Y esto de hablar así con el lector tiene otra ventaja que señaló también nuestro ya conocido Oliver Wendell Holmes, y es que moldea para nosotros mismos nuestro propio pensamiento. Hay quien piensa en voz alta, y yo uno de ellos. Cuando estoy callado sueño, pero no pienso. Yo hablo lo mismo con la lengua que con la pluma en la mano. «El lenguaje hablado es tan plástico—dice el autócrata de la mesa redonda—que se puede retocarlo, extenderlo, alisarlo, quitarle y ponerle, y heñirlo tan fácilmente trabajando este blando material, y así resulta que no hay nada como él para modelar. De él se sacan los bocetos que se trasladan luego al mármol ó al bronce de los libros inmortales, si es que uno llega á escribirlos».

Ya conocéis, pues, el origen y la finalidad de estas conversaciones. Y lo pongo en plural porque suponiendo que ésta haya sido de vuestro agrado pienso reincidir en ellas. De vez en cuando, bajo este nombre genérico de: «Conversación» os daré así una sarta de reflexiones sueltas sobre lo que se presente. Y espero que me ayudaréis y que mi interlocutor no sea siempre ficticio.

CONVERSACIÓN II

En estas tardes pardas,
mientras tardas las horas resbalando
van dejando tras sí huella de tedio,
el único remedio—¡triste estrella!
tan desterrado al verse,
es acojerse al golfo del recuerdo
de lo que nunca fué.

—¿Cómo, cómo es eso del recuerdo de lo que nunca fué? A ver, explíquemelo usted.

—¿Ah, pero estaba usted ahí...? Y yo que me creía solo...

—Y por eso recitaba versos en voz alta...

—Me ha sorprendido usted ¿Pero no se ha apostado usted alguna vez en un oculto observatorio cerca de un camino solitario para observar cómo los más de los transeuntes, si se creen solos y sin testigos, van hablando y accionando en voz alta?

—Creo haber hecho esa observación, en efecto.

—No lo dude usted, cuando el hombre se cree solo conversa en voz alta, dialoga.

—¿Dialoga? ¿con quién?

—Consigo mismo. Nuestra conversación interior es un diálogo y no ya sólo entre dos, sino entre muchos. La sociedad nos impone silencio y una conversación ficticia. Porque la verdadera conversación es la que sostenemos en nuestro interior. Después que usted y yo nos separemos continuaremos conversando uno con otro, y yo me diré lo que debía decirle ahora y no se lo digo y me contestaré lo que usted debe contestarme y no me contesta. ¡Si usted supiera cuánto me acuerdo de las cosas que debí decirle á usted en tal ó cual ocasión y no se las dije! Ya ve, pues, cómo puede uno acordarse de lo que no fué, sino debió haber sido.

—Pero es que si uno se acuerda de ello es porque de uno ó de otro modo fué.

—Es usted un racionalista impenitente y formidable y á un hombre así no se le debe recitar poesías. Usted, amigo, no puede en estas tardes pardas, en esas horas muertas que resbalan dejándonos huella de tedio acojerse al recuerdo de lo que no fué. ¡Y si viera usted qué dulce es ello!

Es soñar un pasado venturoso
¡hermoso ensueño!
es con el sueño rehacer la vida
perdida ya.

—¡Ay amigo! ¡fantasías de poeta! Lo vivido, vivido; á lo hecho pecho y agua pasada no mueve molino.

—¡El racionalista! ¿Y sabe usted lo que es hoy que ya ha pasado, el pasado? ¿Es que hoy tiene para usted más realidad lo que ayer le sucedió que lo que soñó ayer?

—Es que, amigo, lo que soñé me sucedió también. No soy tan materialista como usted supone.

—¿Y por qué—añadí exaltándome—en vez de soñar un porvenir dichoso no hemos de soñar un venturoso pasado, que fuímos lo que no fuímos, que nos sucedió lo que no nos sucediera?

—Es lo mismo.

—Sí, usted lo ha dicho, es lo mismo.

—Y además—añadió mi interlocutor grave y solemnemente—es ese gran consuelo de la vida, ese, que nos imaginamos que fué lo que no fué, que computamos como victoria lo que fué derrota...

—Sí,—le interrumpí—ya José de Maistre dijo que ganar una batalla es creer que se ha ganado.

—Y hacerlo creer á los demás.

—Para hacer creer á los demás que se venció en algo precisa creerlo uno primero.

—O la inversa, para creerlo, precisa hacerlo primero creer á los demás. Entre los cuales se cuenta uno mismo.

—¿Cómo? ¿cómo?

—Sí, uno se cuenta entre los demás. Ya he dicho que somos muchos. Y esa conversación interior de que le hablaba tiende sobre todo á convencerle de algo á nuestro auditorio interior. Es rehacer la vida, perdida ya.

—Usted, amigo, lo tengo visto, tiene la obsesión del tiempo y de la eternidad.

—Sí, sí. El tiempo, el espacio y la lógica son nuestros tres más crueles tiranos. ¿Por qué no he de poder vivir ayer, hoy y mañana á la vez? ¿por qué no he de poder estar aquí y ahí á un tiempo? ¿por qué no he de poder sacar de unas mismas premisas cuantas conclusiones me convengan? Esto del tiempo me atormenta y por eso quiero rehacer la vida perdida ya.

Es volver á vivir del tiempo fuera
en la esfera bendita
de la infinita libertad
la de soñar que fué lo que no fuera.

—Y no hay más libertad que esa; lo digo yo, el racionalista. Es decir que no hay libertad.

—¿Quién sabe?

—¿Cómo quién sabe?

—¿Sí, quién sabe? Acaso la eternidad es la substancia del tiempo, como el mar es la substancia de las olas, y de la misma manera la libertad es la substancia de nuestras esclavitudes todas...

—¡Uf! ¡qué archimetafísico!

—Lo más metafísico es acaso lo más poético.

—O viceversa. Todo es poesía. Y la suprema poesía la de esa infinita libertad de soñar lo que no fuera. Figúrese usted que en vez de haberme casado con mi quinta novia, Rosa, la morena, la que es hoy mi mujer, me hubiese casado con Margarita, con mi primera novia, la que es hoy mujer de Alberto. ¿Qué hubiera sido de nosotros? ¿cómo nuestros hijos?

No, no con Rosa, fué con Margarita
y cerrando los ojos ¡fácil cosa!
á la verdad,
á la verdad tiránica, intratable,
cuán dable es construir un nuevo nido,
prendido allá en las nubes irisadas
que mece el aura de la eternidad.

—¿Luego le pesa á usted haberse casado con Rosa?

—No, no, no, Dios me libre. Es que si me hubiese casado con Margarita soñaría un pasado con Rosa, un pasado que no fué. Es que además del nido que tenemos en tierra, el nido real, el que guarda las realidades, conviene tener otro nido aéreo, de ensueño, prendido de las nubes, un nido de ilusiones. Y este nido protege á aquél. El que no tiene este nido en las nubes tampoco tiene nido propio en la tierra, sino que

es como el cuco, que pone sus huevos en los nidos ajenos. El cuco no sueña, no lo dude usted; el cuco no es idealista, no es soñador. ¿Y cómo va á serlo si no tiene nido propio? Sólo en el nido se sueña de veras. Se sueña de todo; se sueña en otros nidos. El cuco...

—Vamos, sí, el soltero.

—Exacto, el soltero no puede soñar un hogar. Quiero decir el soltero de cierta edad é impenitente...

—Por algo he oído decir que los más trágicos adulterios son los dobles, cuando ambos adúlteros son casados. Un casado parece que dispone de más artes que un soltero para la seducción de la mujer ajena.

—No, es que ambos sueñan en otro nido. Y un soltero, un cuco, uno que no tiene nido, ¿cómo va á soñar en otro? Creo que es verdad eso, que los adulterios dobles son los terribles. Si D. Juan Tenorio llega á casarse ¡qué de estragos más no habría hecho! Y luego hay la participación del engaño. «Yo engaño á mi marido, es verdad—se dice la culpable—pero él engaña á su mujer». Pero dejemos esto que es escabroso.

—Siempre es escabroso meterse á soñar que fué lo que no fué. Lo que fué fué y se acabó.

—Pero.

¿Fué lo que fué? ¿quién sabe?
La nave surca al infinito océano,
y en sus cristales,
iguales todos,
no deja trazo de su errante surco
ni huella en su regazo.

—¿Es que cree usted que no dejamos huella de nuestro paso por el mundo?

—Sí, en nosotros mismos, en las figuraciones de nuestros prójimos, ¿pero en las realidades? Los más no dejamos más huella que la huella que deja una nave en el mar. ¿Puede usted señalarme en el océano la ruta de las naves, la de las que arribaron felizmente á puerto, la de las que se perdieron? ¿En el regazo del mar queda de la nave que la surcó huella?

No, no es sino ella,
la nave misma es, rápida ó tarda
la que guarda esas olas que pasaron,
olas que sólo fueron
sueños del mar...

—Sí, sueños del mar. El mar también sueña y son sus olas sus ensueños; sueña la eternidad, el tiempo; sueña Dios el mundo. ¡Ay el día que despierte!

—Hombre, no diga usted esas cosas!

—Ah, pero ¿no ha pensado usted nunca en aquellas proféticas palabras del hombre Shakes-

peare, cuando dijo que «estamos hechos de la madera misma de los sueños»? ¿No ha pensado usted que no somos sino sueño, «sueño de una sombra», según las palabras, proféticas también, del hombre Píndaro? ¿No ha pensado usted si no somos un sueño de Dios?

—¡Que no diga usted esas cosas, le he dicho! ¡Que no diga extravagancias!

—¡Ah ya!

—¿Cómo ya?

—Sí, ya, entiendo. Pues sí, es nuestra nave, es nuestra alma la que guarda las olas pasajeras del mar. Nuestra carga espiritual, nuestro tesoro, es recuerdo de olas que pasaron.

¿No llevamos en esta nave acaso
lo que al paso soñamos,
y sólo en sueños fué?

¡Cargamento de sueños, eso es todo!

De la ilusión al viento va la vela
y la estela borrándose,
más las olas, las brisas,
sonrisas de los mares y los cielos,
de anhelos llenan la desierta nave
que no sabe do va.

—¿Y por qué llama usted á las olas y las brisas sonrisas de los mares y de los cielos?

—Por la rima.

—Ah, sí, por aquello de

¡fuerza del consonante á lo que obligas
hasta á hacer elefantes las hormigas!

—¿Y cree usted, amigo, que obligado uno á hacer de las hormigas elefantes no puede lanzarse á sorprendentes especulaciones para justificarlo? ¿Es que las olas no son sonrisa del mar, y las brisas no son sonrisa de los cielos?

—Como usted quiera. Pero Dios le libre de que le cojan alguna vez desprevenido esas sonrisas.

—Y las otras. ¿O cree usted que no es una cosa terrible una sonrisa?

. . . . . .

Al llegar aquí tuve ayer que interrumpir esta conversación con decidido propósito de continuarla hoy. Y, en efecto, hoy la continúo, pero ya no sé qué es lo que iba á decir sobre eso de la terribilidad de la sonrisa uno de mis dos cómodos interlocutores. ¿Qué podría ver en ella, en la sonrisa, de terrible? No acierto yo á comprenderlo. Tanto llega á cambiar las ideas una noche de por medio, una noche en que se ha dormido bien.

Es más aun y es que por mi parte creo que la sonrisa es lo menos terrible, porque es lo más

constructivo. Contemplando una vez en un antiguo sepulcro gótico la estatua yacente de una princesa del siglo XIV, sonriente con sonrisa eterna, llegué á fingirme que estaba viva. Y en un sainete que escribí por entonces y que cualquier día se estrenará, le hice decir á un arqueólogo poeta y loco que está enamorado de la estatua yacente de una princesa medioeval estas enfáticas y solemnes palabras. «¿Qué has muerto? ¿Cómo pueden creer esos corazones de carne que has muerto tú, mi princesa? ¿Y esa sonrisa, esa sonrisa con que de noche libas los rayos impalpables de la luna? ¿Cómo puedes haber muerto si sonríes? ¡La muerte llora, la muerte ríe, pero no sonríe la muerte, no! La risa destruye, destruye el llanto, sólo construye la sonrisa. ¡Oh sonrisa eterna de la piedra iluminada por la luna, cifra y prenda de inmortalidad!»

No sé, pues, lo repito qué es lo que veía de terrible en la sonrisa mi interlocutor el poeta. El cual, luego que reanudó la palabra tuvo que hacerlo ¡claro está! en verso, y dijo así continuando el hilo de su poesía:

(Es cosa sabida que si á un poeta le interrumpís hoy cuando os está recitando una poesía suya, y tropezáis mañana con él, lo primero que hace en cuanto os ve, y antes de daros los buenos días, es reanudar su poesía allí donde la dejó ó más bien, desde su principio de nuevo. Pero

este nuestro no empezó de nuevo, sino que tomándolo donde lo había dejado, dijo:)

Y en su carrera corta ó larga

se trata de la nave, de nuestra nave, del alma, ya lo sabe usted.

Y en su carrera corta ó larga
esos anhelos son su carga;
lo que soñamos es nuestro tesoro,
nuestro caudal,
el oro de ilusiones que ganamos,
ricos en sueños
y dueños sólo del ideal.

—¡Vaya unas mantecas que va usted á echar con ese caudal! Y dígame usted, ¿las ilusiones esas cómo se preparan y aderezan; asadas, cocidas ó fritas?

—Es usted imposible; no merece usted que se le regale el espíritu con poesía alguna.

—¿Pero usted cree, amigo, que una ilusión, lo mismo que una sardina, no puede cocerse, asarse ó freirse? Los más se las sirven cocidas, y en mucha agua y á fuego lento, y ¡claro está! así no hay quien las trague y pierden toda su substancia. Otros las prefieren fritas, sobre todo cuando están corruscantes; pero para eso hace falta un buen aceite y un buen fuego. Y no se debe meter á una ilusión en aceite hasta que éste se halle

hirviendo. Pero cuando la ilusión es fresca como mejor está, lo mismo que la sardina, es asada, simplemente asada, á la parrilla, sin otro aderezo. Y hay que ponerla al fuego con tripas y todo. Estas, las tripas, se le quitan al ir á comerla. El arte culinario, amigo mío, debe de ser el modelo del arte literario, porque, vamos á ver, ¿qué es el arte literario? ¿á qué fin humano responde, señor poeta?

—Dígamelo usted, y lo sabré.

—Pues bien, sacerdote de Apolo, el arte literario no es más que el arte de cocinar ilusiones para que las traguemos mejor y se nos indigesten lo menos posible. Por que nos es tan costoso tragar una ilusión como tragar una sardina cruda, sobre todo, en los pueblos civilizados. Y todos esos lugares comunes poéticos, todas esas cosas que vienen desde Orfeo repitiendo los poetas, ¿qué son, sino arenques? Arenques, amigo mío, arenques, sardinas de barril. Y escabeche. Lo más de la poesía no es sino escabeche. Los poetas eróticos ó amatorios nos dan sus amores escabechados. Y todas esas meditaciones poéticas que me endilga usted en cuanto me coge á tiro no son, amigo, sino escabeche, ó sardinas en conserva. No me gustan, no, las ilusiones en crudo, pero tampoco en conserva, tampoco en lata. No tolero...

—¡Por Dios, amigo, cálmese!

—¿Qué me calme? ¿Qué me calme? ¿Es posible acaso? Ustedes, los que se dan á sí mismos ese nombre pomposo de poetas, los cocineros de la ilusión, son ustedes capaces de sacarle de sus casillas hasta á un guardia de orden público. No hay peor tirano que un cocinero. Y los más de los poetas no llegan ustedes siquiera á cocineros, se quedan en marmitones.

—Pero, hombre, ¿por qué se pone usted así?

—¿Le parece poco el que le haya tolerado que dirigiera usted nuestra conversación ayer y pretenda dirigirla hoy, con la batuta de esa su poesía, ó lo que sea? ¿Se cree usted que yo no soy sino un comentarista de sus desahogos poéticos ó pseudo-poéticos? ¡Así son ustedes, los que se tienen por poetas! ¡A la cocina, señor mío, á la cocina! Cuando tenga yo apetito y me siente á la mesa y pida mi ración de ilusiones y de gratos engaños, entonces que me traigan esos platos que usted adereza, ó los que aderecen otros cocineros, pero querer metérnoslos, vengan ó no al caso, ¡eso jamás! El estómago espiritual no tolera más que una cierta moderada provisión de poesía en cada comida, y si se le quiere forzar á que tome más, ni puede saborear los manjares, ni menos digerirlos. ¿Es que cree usted que hay nadie que sea capaz de tragarse en una sentada toda la «Iliada», ó el «Fausto» de Goethe? ¿Es que cree usted que se pueden

leer seguidas tres excelentes piezas líricas? ¿Es que en una velada de personas decentes, razonables y sanas, de personas de dinero, de sentido común y de salud, se pueden leer tres poesías seguidas? ¡Pues si usted cree eso, es usted un solemne mentecato!

—¡Pero, por Dios!...

—No hay Dios que valga. Y como he olido—porque estas cosas de cocina se huelen—como he olido que á ese embutido poético que me trae usted ahí le falta aún el remate, me voy antes que quiera usted empapizármelo. Y ahora ahí queda usted solo, y puede terminar su dichosa poesía, recitándosela á la luna.

Porque era de noche ya. Y el hombre se fué, dejando solo al poeta. El cual, ¡claro está! declamó á la luna, diciendo:

Recuerda, pues, ó sueña tú, alma mía,
—la fantasía es tu sustancia eterna—
lo que no fué;
con tus figuraciones hazte fuerte,
que eso es vivir y lo demás es muerte.

CONVERSACIÓN III

Es un hervidero; no hay manera de entenderse. Cada uno dice su cosa, todos hablan á un tiempo y nadie se entiende ni entiende á los demás.

—Acaso así sea mejor.

—¿Cómo?

—Sí, del caos salió el mundo. Y todo pueblo cuando está despierto entra en un período caótico. Toda esta agitación es nuncio de algo; lo peor sería que nadie se agitara.

—Pero, si apenas si entiende nadie...

—Eso es muy cierto. Y tal vez dentro de cien años, si algún paciente historiador estudia esta nuestra agitación actual venga á parar á que coincidimos muchos de los que hoy creemos estar contrapuestos. Hay modos de expresar el mismo anhelo con palabras no ya distintas, sino hasta opuestas.

—Pero lo peor, mira, es que parece que muchas gentes no sólo no entienden, sino no quieren

entender. ¿Sabes las cosas que me atribuyen como si las hubiese dicho en aquel discurso que hace ocho días tú mismo me oiste?

—Y es natural, amigo, que así suceda. No se puede ni se debe hablar en un lenguaje demasiado personal á un auditorio colectivo. La oratoria no puede ser lírica. A una colectividad hay que hablarla en lenguaje colectivo. Píndaro no hubiera podido producir los efectos de Demóstenes, que tan parco era en metáforas.

—Pues el Evangelio...

—Sí, te entiendo: la oratoria evangélica, que tú estimas, y yo no, el modelo de oratoria, se compone toda ella de metáforas, parábolas y paradojas. Por eso es tan mal entendida y peor interpretada. Desengáñate; los espíritus líricos estáis en minoría.

—Por fortuna...

—O por desgracia. Y no te quejes de que te hayan interpretado mal.

—Pero, si...

—Mira, una vez San Antonio de Padua, el gran taumaturgo, satisfecho del buen resultado que había obtenido con aquel su famoso sermón á los peces del mar, decidió predicar á los peces de un hermoso río, y deteniéndose á orillas de éste, junto á un remanso, puso por obra su propósito. Los peces le oyeron con atención y en silencio.

—No hay, en efecto, auditorio ni más discreto ni más silencioso.

—Pero que se entera, me consta. Sólo que el bueno de San Antonio no cayó en la cuenta de que además de los peces había también, formando parte del auditorio, algunas ranas...

—Estas no son ni tan discretas ni tan silenciosas como aquéllos.

—En efecto, la rana es vocinglera y es indiscreta. El pez oye para enterarse, se entera y calla, pero la rana oye para enterar á los demás, esto es, para no enterarse ella, y va luego por ahí croando lo que oyó.

—Bueno, dejémonos de digresiones, y prosigue. ¿Qué le pasó á San Antonio?

—¡Qué había de pasarle, hombre! Que al poco rato acertaron á pasar por allí unos caballeros y noticiosos del sermón del santo, preguntaron á su auditorio qué es lo que había predicado. Los peces, como es natural, se callaron, pero las ranas, tomando al punto la palabra, informaron á los caballeros de que el santo había dicho: ¡Cro, cro, cro, cro! Y de aquí proviene la tan famosa leyenda de que una vez San Antonio de Padua predicó diciendo: ¡Cro, cro, cro, cro! Cada cual traduce lo que oye en su propia lengua, y en la suya tradujeron las ranas. No te quejes, pues, de que se te haga decir lo que no dijiste.

—De lo que me quejo es del lenguaje de las ranas y de la simplicidad de la comprensión.

—¿Cómo? ¿qué es eso?

—Me quejo de que lo quieran todo someter al simplismo de su comprensión.

—Mira; á un auditorio no le caben por lo general, más de tres ó cuatro ideas por hora y el arte del orador consiste en darle á cada una de esas ideas cuatrocientas vueltas.

Un buen orador es ante todo y sobre todo un parafraseador. Es menester dar tiempo á que el público se vaya enterando. Si se le echan demasiadas cosas á la vez ó de seguido no es posible que se entere. Se pueden tragar diez, doce, quince ó veinte almendras por minuto, pero no se puede mascar otras tantas en igual tiempo. Es distinto cuando se escribe. Lo escrito puede el lector leerlo al paso que mejor le acomode y releerlo y detenerse en cada párrafo cuanto le convenga. El orador político...

—¡Ah, el orador político! Es que el orador político, amigo mío, se encuentra en una actitud privilegiada. Dirígese casi siempre á un público que ó concuerda con sus ideas ó discrepa de ellas; el caso es igual.

—¿Cómo es igual el caso?

—Claro está, porque tanto en uno como en otro presumen ya lo que va á decirles. En cuanto un político se levanta á hablar, sea en un par-

lamento, sea en un mitin ó asamblea, sabemos ya de antemano que es lo que en sustancia nos va á decir, según el partido á que pertenezca ó el mote que lleve. El público de mitin va á oir lo que ya sabe que han de decirle. El orador político no hace sino parafrasear lo que su auditorio piensa ó contradecirlo. Pero cuando te levantas y dices cosas que no esperaban ni presumían, cosas acaso en que jamás pensaron ó por lo menos no las pensaron como las piensas tú, entonces estás perdido para con las ranas, ya que no para con los peces. Entonces dirán que no dices sino paradojas, que eres incoherente ó que te contradices. Y la contradicción suele estar en sus cabezas y no en la tuya. Y en cuanto á las paradojas...

—Sí, ya sé lo que me vas á decir y es que eso que el vulgo de las ranas llama paradojas no son sino las novedades.

—En efecto. No recuerdo en cual de sus escritos, pero sí recuerdo que en alguno de ellos nos dice el sutilísimo Bagehot que cuando un inglés de tipo medio dice al oir algo: ¡en mi vida he oído semejante cosa! cree haberlo refutado. Y figúrate cuantas cosas no han de parecer paradojas á públicos como los que por acá nos gastamos acostumbrados á toda la simplicidad de concepción mental que produce la educación sectaria, ya sea de un extremo, ya del otro. Las

palabras mismas han adquirido una significación sectaria en puro no usarlas, sino las sectas. Y el que pretenda dar á los conceptos su valor más íntimo y más real correrá el riesgo de que le tengan, si no por un desequilibrado, por un exhibicionista, por un hipócrita, por un ecléctico. Figúrate, una vez un amigo nuestro dijo que había que descatolizar á España y volverla al espíritu de sus místicos, de un San Juan de la Cruz, y no fué poco lo que tuvieron que decir de tan tremenda paradoja.

—Y con justicia. Porque ese nuestro amigo se calló su opinión equivocada ó acertada, de que en los místicos, aunque ortodoxos, se inició algo que hubiera podido llegar á ser la Reforma española si la Inquisición no lo ahoga y se calló la distinción entre el catolicismo popular ó español y el eclesiástico ó romano.

—No, no es eso. Es que en el fondo á muchas gentes no sé si les irrita ó los asusta todo lo que les huele á religión, sea ello como fuese. Tú te acordarás de aquel nuestro amigo republicano que como en un mitin de su partido se le escapara la fórmula de: «y Dios no quiera que...» no faltaron oyentes que exclamaron por lo bajo: «Dios... Dios... ¡vaya un republicano!» Por eso te decía que en esta confusión los hombres no quieren entenderse.

—Demasiado que se entienden, amigo. En el

fondo, créemelo, se entienden muy bien. Lo que hay es que hay cosas que no puede decirse.

—¿Cómo que no puede decirse?

—Sí, que no puede decirse sin molestar. Hay puntos de vista que hemos declarado tácitamente intangibles. Si á un pueblo, pongo por caso, que está preocupado de su prosperidad material, de su adelanto en industrias, artes y trabajos, de su civilización, en fin, vas á querer darle la tabarra con la cancioncilla del fin último del hombre, te tomará por un redomado reaccionario y dirá que por mucho que te disfraces de progresista no eres más que un neo, un ultramontano, un clerical...

—Pero, ¿qué tiene que ver el clero con eso?

—Sí, sí: bien lo sé. Es más, por regla general el clero, maldito si se preocupa tampoco de semejante problema, Es un honorable gremio que vive de su oficio lo mismo que el carpintero de hacer mesas ó el sastre de cortar trajes. Pero me temo que el día en que deje de haber clero —si es que llega día en que deje de haber clero de una ú otra clase...

—Hombre, ¿y lo dudas?

—Sí, lo dudo. Porque si el clero católico desaparece de nuestra patria será para ser sustituído por el clero cientificista, no menos clero y no menos clerical que aquél, el cual, tendrá sus dogmas, y hasta su calendario y su liturgia.

Augusto Comte, que era un alma eclesiástica, lo vió muy claro. Y te digo que si llega un día en que deje de haber clero aun seguiría habiendo clericales. Por lo menos los otros llamarían así á todo el que les molestara con problemas de esos que no deben plantearse siquiera.

—Y ese estado de cosas...

—Lo curará la ciencia, ¿qué duda cabe? El otro día leí un desdichadísimo soneto que acababa con este monumental verso:

Murió la Religión! paso á la Ciencia.

No se le ocurrió al autor de este pensar si eso que él llama ciencia no es otra religión del mismo género que la que él desea que desaparezca. No una religión en el buen sentido, porque, en efecto, la ciencia, la verdadera ciencia, puede ser y es una religión. ¿Acaso hay mejor manera de honrar y dar culto á Dios que investigando humilde y sinceramente en los secretos del universo en que se nos manifiesta? Pero así como hay una superstición religiosa, hay, ya lo sabes, una superstición científica.

—Tu estribillo.

—Mi estribillo, sí. Superstición, «superstitio», equivale en el rigor del vocablo á lo que queda, lo que resta, poso, escoria, escurridura ó escurraja. Es el limón después que fué estrujado del jugo que contenía; es el despojo de toda ciencia

ó toda doctrina; es algo que persiste cuando la vida que lo animaba se fué. Y hasta los más grandes principios de las ciencias, sus principios vitales, cuando llegan al vulgo sectario no suelen ser sino escurriduras, escorias, posos, saborra. Aquel santo y sabio hombre que se llamó Darwin, espíritu sereno, ecuánime y magnánimo si los ha habido, debió de sufrir sin duda por la necia guerra de dicterios, burlas é inepcias que los teólogos, tanto católicos como protestantes, armaron contra él; pero no sufriría menos al ver qué uso hacen de sus nobles y meditadas enseñanzas los ateólogos y los sectarios del otro extremo. En sostener y defender que el hombre no puede venir de un mono pusieron los teólogos aquellos un ardor y un empeño que nada tenían que ver con el amor á la verdad, y en sostener y defender que del mono viene el hombre suelen poner muchos de estos otros un ardor y un empeño también que tampoco tiene nada que ver con el amor á la verdad. Ni unos ni otros pelean por la verdad.

—Y es natural que así sea. Porque dígase lo que se diga no es la verdad, sino la ilusión del deseo, lo que nos hace vivir. Y lo primero es vivir. Y como vivimos en la lucha, de la lucha, por ella y para ella, lo principal es la bandera de combate. Unos y otros defendieron y defienden el estandarte de su batallón respectivo.

—Pues si es así te confieso que lo mejor es que me calle en adelante.

—Pero, ven acá, petulante, ¿es que acaso tú en todo lo que dices y escribes haces otra cosa que defender tu estandarte, aunque éste sea solamente tuyo? ¿Es que por ir solo, ó á lo menos por creer ir solo, dejas de formar también batallón, grupo, pandilla, cotarro ó secta? ¿No te has parado á pensar nunca si en el fondo todo lo que haces no es sino predicarte á tí mismo? ¿Tienes derecho á quejarte de que no se te entienda y se te interprete mal cuando tú, por tu parte, apenas te cuidas en averiguar qué es lo que les duele á los que han de oirte, tan hombres como tú?

—Si son hombres no puede dolerles si no lo que á mí me duele. No necesito meterme en ellos; me basta sumergirme en mí mismo para encontrarlos. Las raíces comunes las lleva en lo profundo de sí mismo cada uno de nosotros. Por lo mismo que ellos son tan hombres como yo, soy yo, á mi vez, tan hombre como ellos. Y sé, lo sé, lo sé perfectamente, que lo que á mí me duele é inquieta les duele é inquieta á ellos, tiene que dolerles y que inquietarles. Y respecto á ese cargo, si es que como tal me lo haces, de que no hago sino predicarme á mí mismo, no te lo niego.

—¿Pues entonces?...

—Pues entonces, ¡sí! Es lo que hace falta, predicar al hombre concreto, tangible y visible, al de carne y hueso y corazón y cabeza, al que sufre, y no al hombre abstracto de los sociólogos y antropólogos; al hombre concreto, como yo, como tú, como aquél, como cada uno de los que me oían. Porqué cuando se habla á una colectividad se ha de hablar á la colectividad misma, como tal, y no á cada uno de sus miembros? Porqué no ha de escribirse no ya para el público sino para el lector concreto, personal y aislado?

—Sutilezas...

—No, no son sutilezas; no lo son. Porque si amo algunos libros son aquellos en que siento que su autor, el que acaso murió siglos antes de haber yo sido engendrado, se dirigía á mí, á mí personal y concretamente, á mí en confidencia. Me lo has oído mil veces, aborrezco los hombres que hablan como libros, y amo los libros que hablan como hombres. De aquí mi horror á esos á quien la gente suele llamar sabios.

—Es que hay sabios...

—Sí, hay sabios y sabios. No vayas ahora á creerme tan simplista como ese vulgo ineducado y batrácico contra el que me revuelvo. Entre nosotros no hacen falta definiciones.

—No la hacen en general entre todos aquellos que discuten ó siquiera conversan de buena fé.

—Ahora, por fin, amigo, dijiste la palabra: ¡de buena fe! ¿crees que cabe buena fe en un campo de sectarios, blancos los unos, rojos los otros y negros los de más allá? ¿Crees que cabe buena fe entre teólogos y ateólogos, entre clericales y cientificistas?

—Pero esa indeterminación, ese no concluir, ese oscilar, ese imaginar sin concretar conceptos, ese...

—Sí, esa bruma.

—Tal vez.

—Pues bien, dejemos por hoy á la bruma. Me siento fatigado. Mi corazón exije reposo. De todo eso hablaremos otro día.

—Pero para concluir...

—No, no concluiremos nunca. Nunca, nunca, nunca; no lo olvides, nunca. «Never, never, never more,» como el cuervo de Edgardo Poe.

A MIS LECTORES

Sí, ya lo sé, no soy simpático á todos los que me leen; tal vez no lo soy á los más de ellos. ¡Qué le vamos á hacer!... Mientras me lean... Porque eso sí, prefiero no serles simpático y que me sigan leyendo, á no que siéndolo me dejen de leer. La simpatía se cobra muchas veces á costa de la autoridad y del respeto. Os confieso que no estimo cosa muy apetecible el hacerse un escritor simpático. Es tal vez el principio del descrédito, del hondo descrédito, que no por dorado y encubierto deja de serlo.

Sí, ya sé, que no soy simpático, que tal vez he llegado á hacerme antipático á muchos de los que me leen, y á pesar de esa antipatía ó más bien que á pesar, á causa de ella, siguen leyéndome.

Hace poco me escribió un amigo y paisano de esa, un vasco, diciéndome que aunque muchas veces no participa de mis opiniones, me lee porque le concito ideas por reacción. Y yo me doy por muy satisfecho con esto, con susci-

tar ideas en los que me leen, aunque estas ideas sean contrarias á las que expongo y defiendo.

Pero hay muchos, muchísimos lectores, que no gustan de que se les obligue á pensar y que sólo buscan el que se les diga lo que ya saben, lo que ya han pensado. Para hacerse un escritor simpático no tiene sino halagar y corroborar los preconceptos de sus lectores, remachar en éstos los lugares comunes que llevan adheridos á la mente. Es la manera de hacerse simpático y es también la manera de que se cansen de uno pronto, y de que diciendo: «¡ah, sí, un escritor muy simpático, muy comprensivo!»... dejen de leerle.

La mayor parte de las personas, lo he dicho más de una vez, y como soy un escritor machacón—otra cualidad que me hace poco simpático—he de repetirlo aún muchas más veces: la mayor parte de las personas leen para no enterarse. Así como suena, para no enterarse. Toma el diario ó la revista el honorable Fulánez, á la hora del desayuno, y lee como quien oye tocar un valse, para matar el rato. Le molesta que le exciten, le molesta que le contradigan; pero le molesta más aun que le digan algo en que no pensó nunca.

Hay un dolor espiritual análogo al dolor físico; hay un dolor espiritual cuando se le desgarran á uno los tejidos del alma. Porque así como

el cuerpo tiene sus tejidos de células y fibras, así tiene el alma sus tejidos de impresiones, recuerdos, sensaciones, ideas. La rotura de una asociación de ideas, es como la rotura de una asociación de células corpóreas y puede producir desde una lijera molestia hasta un agudísimo dolor.

Muchas veces se ha dicho, y es cosa por todos observada, que el dolor que nos causa la muerte de una persona querida, con la que hemos convivido, se acrecienta gradualmente en los primeros días, hasta que luego va cediendo. Este dolor sigue un proceso que podríamos marcar por una curva de rápido ascenso y lento descenso. El primer efecto es de estupor, y á las veces, si nuestra persona querida sufrió mucho para morir, hasta de alivio al ver que descansó al cabo. El dolor más grande viene al encontrar vacío el lugar que ocupaba en la mesa, tal vez en el lecho, á nuestro lado.

El dolor mayor es cuando sentimos su falta, cuando sentimos el hueco que ha dejado en nuestra existencia, cuando sentimos la rotura de nuestras asociaciones de ideas y de sentimientos. La imagen de aquella persona querida estaba íntimamente entramada en el tejido espiritual de nuestra vida y no pudo arrancárnosla la muerte sin destrozar el tejido ese.

Todos sabemos que si uno lleva muchos años

lejos de sus padres, sin verlos, sin convivir con ellos, la pena que la noticia de la muerte le causa no es, ni con mucho, una pena dilacerante. Y es que la noticia de la muerte no es la impresión de la muerte. El hijo, un excelente hijo, por lo demás, se acomodó á otra vida, se hizo otro tejido espiritual. Bien dice el refrán: ojos que no ven, corazón que no siente.

Estas reflexiones mismas parecerán á muchos —lo sospecho— antipáticas, duras, desabridas, poco sentimentales. Pero las creo fundadas en verdad.

Después de aquel desgarrón viene el rehacerse el tejido espiritual, el formarse nuevas asociaciones de ideas. La viuda que vuelve á casarse, borra muy pronto la cicatriz espiritual que la muerte de su primer marido le causara. Y esto es así, y tiene que ser así.

Y toda rotura de asociación de ideas y de sentimientos, nos causa trastorno, que va desde el dolor por la muerte de un padre, de un marido ó de una esposa, de un hermano, de un hijo, hasta la molestia, la irritación que nos causa el que nos rompan un lugar común á que estábamos habituados. Yo, los escritores que propendemos á romper esas asociaciones—y por esto se nos llama paradójicos—molestamos y nos hacemos antipáticos. Es nuestro sino.

Y dicen que molestamos no tanto por lo que

decimos como por la manera de decirlo. Sí, es porque en vez de cortar esas asociaciones finamente, con bisturí y cloroformizando antes al paciente ó hipnotizándole, lo hacemos á tirones y cuando está más despierto. Es cuestión de método y es cuestión de temperamento. El cloroformo, tanto el clínico como el literario, tiene sus inconvenientes, y hay ocasiones en que al paciente le hace falta el dolor. Irritar á las gentes puede llegar á ser un deber de conciencia, doloroso deber, pero deber al fin y al cabo.

Y luego hay otra cosa que me hace antipático, ya lo sé, y es mi falta de impersonalidad, lo incapaz que soy de hacer eso que llaman labor objetiva, esto de ponerme yo, más ó menos, en todos mis escritos, esto que alguien llama mi egotismo. ¡Y qué vamos á hacer!... Admiro á los que saben desprenderse de sí mismos, los admiro, pero ni los imito ni quiero imitarlos.

Yo no sé en otras partes, pero lo que es aquí, en España, ya os lo he dicho, carga el hombre. Y como yo creo que la gran batalla es por conquistar el respeto al hombre, el respeto á la individualidad, yo, por mi parte, cargo sobre la masa, cargo sobre la muchedumbre miriocéfala y anónima. ¡Qué me respeten! Así aprenderán á respetar á todo individuo, á respetarse á sí mismos como individuos.

Sí, sí, está muy bien eso de hacer un uso dis-

creto de los conocimientos, como está muy bien hacer un uso discreto de las riquezas. Pero es que ni los conocimientos ni las riquezas son nosotros mismos, sino algo pegadizo, algo que va y viene, algo que puede tomarse y dejarse. Pero de mí mismo no puedo hacer un uso discreto. Si me quitan una peseta ó un duro puedo conformarme, pero difícilmente me conformaré si me quitan un brazo y menos un pedazo del alma. Una peseta, un duro, puedo darlo discretamente, pero un brazo, un pedazo de alma, estos no puedo arrancármelos y darlo, sino apasionadamente, esto es, indiscretamente. Y yo no doy ideas, no doy conocimientos; doy pedazos del alma. Me importa menos, mucho menos las ideas que expongo que el modo de exponerlas.

No os fijéis en la peseta que os dé, sino en el calor que lleve de mi mano.

Esas antipatías que provoco proceden, lo sé muy bien, de que, digan lo que quieran los que no ven sino la superficie, no soy un intelectual, sino un pasional. Casi todas las cosas que he dicho las han dicho cientos, miles, antes que yo; ni soy un erudito, ni soy un sabio, ni es grande la originalidad de mis ideas. ¿De dónde procede, pues, la eficacia, que, gracias á Dios, he logrado? ¿De dónde esas antipatías y esas simpatías y el que pueda decir que, gracias á Dios

también, casi nunca paso entre la indiferencia de mis lectores? Pues ello viene de la pasión: ello viene del tono.

Sí, sí, muy bien, amigo, muy bien; muy bien lo del uso discreto de los conocimientos, muy bien lo de la disciplina, pero... Ponte, amigo, la mano sobre el corazón y ponla luego sobre el mío y después hablaremos.

Y todos contribuímos al progreso, todos, tú siguiéndolo, otros resistiéndolo. Si no hubiera más que la corriente central pronto se dormirían las aguas y se pararían. Del impulso de Rousseau, de aquel gran paradojista, de aquel gran apasionado—la paradoja es hija de la pasión—han brotado no pocas ideas contrarias de los que hoy tratan de esmerilar su memoria.

¿Y si después de todo, amigo, todo eso del progreso, y de la disciplina y de la ciencia no fuese más que una triste ilusión más? Lo importante, créeme, es la lucha, no la victoria.

Ya sé que no te convenceré, porque tú debes de ser un hombre tranquilo, ecuánime, discreto, tal vez no en exceso apasionado. ¡Dios te lo conserve!

Yo tengo mi lucha y cada uno de vosotros tiene la suya. Y mi lucha no puedo asegurar que sea por el mejoramiento de la humanidad. ¿La humanidad? ¿Y si luego resulta que de aquí á diez, á cien, á mil, á un millón de siglos la hu-

manidad ha desaparecido sin dejar rastro alguno de sus ciencias, sus artes, sus industrias, qué me importa eso?

Sí, ya lo sé, soy antipático á muchos de mis lectores y una de las cosas que más antipático me hacen para con ellos es mi agresividad, mi agresividad tal vez morbosa, no lo niego. Pero es, amigo, que esa agresividad va contra mí mismo, que cuando arremeto contra otros es que estoy arremetiendo contra mí mismo, es que vivo en lucha íntima. ¿Qué me imagino que me interpretan mal? ¡Claro está! Como que yo mismo no acierto á interpretarme siempre! Las ideas que de todas partes me vienen están siempre riñendo batallas en mi mente y no logro ponerlas en paz. Y no lo logro porque no lo intento siquiera. Necesito de esas batallas.

Y además yo no busco prestigio entre los estudiosos porque no soy un estudioso, no soy eso que se llama un estudioso. Ni siquiera un culto y eso que me paso predicando la cultura. Pero por cultura entiendo la más intensa vida interior, la de más batalla, la de más inquietud, la de más ansia. Procedo de una raza que algunos dicen está todavía por dentro, en estado salvaje, de una raza de espíritu taciturno y tormentoso, de una raza de la que Salmerón decía que no se ha adaptado aún á la civilización europea. Y yo, por lo que á mí me toca, por la parte de

raza que me corresponda, acepto ese juicio y lo acepto hasta con orgullo.

No, no, amigo: yo no soy un filántropo. Siento demasiado el hambre y la sed de Dios para amar á los hombres al modo filantrópico. Hay que sembrar en los hombres gérmenes de duda, de desconfianza, de inquietud, y hasta de desesperación — ¿por qué no? ¡sí, hasta de desesperación! — y si de este modo pierden eso que llaman felicidad, y que realmente no lo es, nada se ha perdido.

Y sobre todo y ante todo nada de vivir en paz con todo el mundo. ¿Vivir en paz con todo el mundo? ¡Horror, horror, horror! No, no, no: nada de vivir en paz. La paz, la paz espiritual quiero decir, suele ser la mentira y suele ser la modorra. No quiero vivir en paz ni con los demás ni conmigo mismo. Necesito guerra, guerra en mi interior: necesitamos guerra.

La verdad antes que la paz. Tal es mi divisa. Y para mayor brillo la he puesto en latín: veritas primus pace.

Claro está que esta guerra que busco cual sustento de mi vida y de las vidas de los demás es la guerra espiritual, no la guerra á tiros ó á estocadas.

Todo lo demás, todo lo que me digan los seguidores de la cultura de corriente central y de solidaridad disciplinada y de respetos á las lla-

madas conquistas definitivas del espíritu humano, todo eso lo comprendo y hasta si se quiere lo aplaudo; pero no es mi vocación, no es mi sino servir á eso.

Y, sobre todo, amigo, hay una cosa que he odiado toda mi vida y espero morir odiando y es el llegar á ser prisionero de mi público, el que sean mis lectores los que hayan de marcarme el rumbo que debo seguir. No quiero sacrificar mi independencia, no quiero, sobre todo, hipotecar mi porvenir. ¿Lo entendéis? No quiero hipotecar mi porvenir. Quiero tenerlo abierto, libre.

¿Qué así me enajeno simpatías?... ¡Quién sabe? Lo que no quiero es atravesar por entre la indiferencia pública. Simpatías ó antipatías son acaso lo mismo. La antipatía—y vaya de paradoja—es una forma de simpatía. El que me lee para incomodarse ó disgustarse de lo que digo ó de mi modo de decirlo, es lo mismo que el que me lee para conformar con ello. El combatirle á uno es un modo de animarle y de apoyarle.

Yo he puesto en mis libros calor y vida y por el calor y la vida que en ellos he puesto es por lo que los leéis. He puesto en mis libros pasión. Pasión de odios, de desdén, pasión de desprecio muchas veces, no lo niego: ¿pero es que el calor no viene sino de eso que llaman amor y que de cada cien veces las noventa no es sino

babosidad y blandeguería ó debilidad de espíritu? Y he puesto también en ello amores, mis amores, esos amores que son los que me hacen indignarme, que son los que me hacen tan á menudo áspero, desabrido, desdeñoso. Sí, por amor me hago antipático, por un amor más grande y más puro que el de esa engañosa simpatía que algunos me aconsejan busque.

¡Jamás, jamás, jamás! Queden esos apostolados para otros. Cada cual tiene su sino.

¿Conoces, amigo, el «Brand», de Ibsen, aquel admirable, aquel grandioso Brand? No te parecerá simpático, de seguro, y te explicarás que su pueblo, el pueblo de que era pastor, acabase dejándole solo. ¡Y qué soledad!

Y no es presunción de superioridad, no, no lo creas. Si sospechas tal cosa es que no me conoces. No, no es eso. Yo no condeno tu doctrina, yo no estimo malos esos consejos que me das; lo que te digo es que no me sirven. Lo que te digo es que estás equivocado respecto á mí. Y no por falta de inteligencia, no, no, y mil veces no. Estás equivocado, porque partimos de muy distintos puntos de vista, ó mejor, de muy distintos puntos de sentimientos. Tú me parece que eres un optimista, ó por lo menos un hombre que cree que el progreso aliviará las penas humanas; tú hablas con cierta unción de la noble cruzada del pensamiento y de la gran em-

presa de la cultura, y yo creo que lo mejor que esta empresa tiene es hacernos olvidar el que hemos nacido y tenemos que morir. Yo, te lo confieso, tengo un sentimiento trágico de la vida. Te lo aseguro sin petulancia ni pedantería alguna, porque sé que no dudarás de mi lealtad.

Esa acritud que tanto te desagrada en mis escritos, la he acrecido ejercitándola contra mí mismo. Soy la espada y la muela y aguzo la espada en mí mismo. Así es que estoy tan gastado de esgrimirme de espada como de aguzar la espada que esgrimo.

Y si te he de decir la verdad, me duele y me hiere el ver que los hombres marchen tan confiados como si marcharan por suelo firme, confiados en sus prejuicios y antiprejuicios unos de la fe religiosa, esclavos otros de la ciencia, esclavos otros de la ignorancia, esclavos todos. Quiero que duden, quiero que sufran, quiero sobre todo que se desesperen, quiero que sean hombres y no progresistas. La desesperación aunque resignada, es acaso el estado más alto del hombre.

Dios, amigo, no me trajo al mundo como apóstol de paz ni para cosechar simpatías, sino como sembrador de inquietudes y de irritaciones y para soportar la antipatía. Esta, la antipatía, es el precio de mi redención.

SOLILOQUIO

MIRA, Miguel, que parece que tus habituales oyentes habrán de permitirte el que una, alguna vez siquiera—consíguelo ahora y podrás algún día reincidir—hables en voz alta contigo mismo, desahogues tu pecho. ¡Es tan recia esta servidumbre de la publicidad!

Tú lo quisistes; sin duda: tú te metistes á escritor público y has de soportar pacientemente las consecuencias de ese primer acto. Pero ¿es que somos acaso tan libres como creemos ser al dedicarnos á una profesión cualquiera?

Tú apeteces retiro, sosiego y silencio para poder dedicarte á una labor lenta y sólida, lejos del murmullo de la refriega que aturde los oídos y lejos de la polvareda de ella que te enturbia la vista: tú vuelves con amor tu corazón ansioso de soledades á aquellos hombres de pasados tiempos, que fuera del tráfago mundano y de las disputas y afanes del día que pasa se dedicaban á obras duraderas: tú suspiras por lo clá-

sico, por lo eternamente clásico. Pero el vértigo de la vida te arrastra y te ves envuelto en las arduas disensiones de cuantos te rodean. No puedes vivir entre muertos; tienes que vivir entre los vivos.

Y, sin embargo, mi querido Miguel ¡qué fuente de consolaciones y de arrestos no es el trato con los gloriosos muertos, cuya obra es inmortal! ¡Qué vivificantes efluvios de paz del alma irradian de aquellos espíritus, que como los de Homero, Platón, Virgilio, San Agustín, Shakespeare, Descartes, Spinoza, el Dante, Kant, Goethe y tantos otros, viven entre nosotros su vida más profunda!

Sí, es indudable: ese insano empeño de informarnos de lo que dicen ó repiten los que viven en torno nuestro nos impide seguir el progreso del alma humana á través de sus hijos perennes, de esas columnas erigidas para los siglos. ¿Qué te importa á tí, dime, lo que vocea ese tu vecino? No vayas á hacer como esos que pierden su tiempo y su alma en oir las superficialidades todas de sus contemporáneos y no les queda tiempo para disfrutar del legado permanente de la humanidad. Esta forma de modernidad no hace sino endeblecer á los hombres y á los pueblos. Desconfía, Miguel, de novedades y ten por seguro que nada hay más nuevo como lo que es de siempre; Homero ó Shakespeare son más

modernos que los más de los escritores vivos que hoy pasan por más modernos: aprenderás más en Platón que en el autor del último tomo de la Biblioteca de filosofía contemporánea, que en París publica Alcan, el editor. Moderno viene de moda y tú debes huir de las modas.

Pero es inútil, bien lo sé, es inútil. Bien veo que acaso á tu pesar lo que en torno de tí suena con voz caliente de vivo se te metió en los oídos. Es lo humano y tú eres y debes ser ante todo un hombre. ¿No te acuerdas lo que dice aquel, tu muerto amigo, aquel maravilloso Coleridge, en su «Biographia literaria?» Tú has querido siempre á Coleridge, tú te acuerdas mucho del retrato que de él hizo aquel otro su amigo y tu amigo Carlyle y te acuerdas también de las líneas de encendida y luminosa poesía que le dedicó Shelley, el poeta, donde decía: «Veréis á Coleridge, el que se está oscuro en el rebosante esplendor y la pura irradiación intensa de un espíritu, que ciego con su propia lumbre interna, se arrastra lánguidamente á través de las tinieblas y de la desesperación, aéreo meteoro ceñido de nubes, encapuchada águila entre buhos avizores». Tú has querido siempre á esta águila del espíritu y hasta has traducido alguna de sus poesías colocándolas entre las tuyas originales, para que las realce. ¿Te acuerdas, Miguel, de lo que este, tu Coleridge, dice

acerca de los contemporáneos? Voy á repetírtelo:

«Las grandes obras de las pasadas edades parecen á un joven cosas de otra raza, respecto á las cuales sus facultades han de permanecer pasivas y sumisas, lo mismo que á las estrellas y las montañas. Pero los escritos de un contemporáneo, acaso no en muchos años mayor que él mismo, rodeado por las mismas circunstancias y disciplinado del mismo modo, poseen para él una realidad y le inspiran una amistad actual, como la de hombre á hombre. Su admiración misma, es el viento que orea y alimenta su esperanza. Los poemas mismos asumen propiedades de carne y sangre. Recitarlos, exaltarlos, pelear por ellos no es sino el pago que se debe á uno que existe para recibirlo.»

Fíjate en este mismo Samuel Taylor Coleridge, cuyas son las palabras citadas, y dime si puede el recuerdo de este hombre que murió muchos años antes de que tú nacieras encenderte como te enciende el recuerdo de uno que vive. Y sin embargo—me diréis,—¡qué dulcemente apacible es la conversación con los que fueron y hoy duermen para siempre en el regazo de la tierra todoparidora?

¿Te acuerdas lo que has leído hace poco en el capítulo II del libro III del «Port-Royal» de Sainte-Beuve? Este amable y fino narrador, uno

también de los que vivieron y son, te dice allí que «se ha notado con un sagaz tino y un gusto que la moral corrobora y dirige, que los escritos al alejarse de nosotros pierden á menudo lo que de actualmente conmovedor y de contagioso tenían en el momento en que aparecieron; que la distancia permite, cuando una parte de genio los ha dictado, que se pueda seguir sus méritos, observar y discernir sus rasgos, sin nada ya de aquella confusión de la vida con la obra, ni de aquella fiebre moral que la vecindad y la producción reciente inoculan.»

Te acordarás, Miguel, que al leer esto te quedaste pensando en esa curiosidad malsana que ronda y asedia á los publicistas de algún renombre, y cómo tú mismo, que al fin eres débil y flaco, no has podido sustraerte á ella, sin lograr separar tu vida de tu obra. Y acaso en esto has pecado.

Tú has soñado en la labor de larga arada para tiempo muy duradero y te ves constreñido á la labor fragmentaria y volandera del periodismo. ¿Te ha de pesar por ello? Nadie sabe, créemelo, cuándo se acierta.

Y fíjate bien de que en el fondo esa obra lenta y recatada de solitario, excluyendo en lo que cabe la colaboración de tu público, es una obra de egoísmo acaso.

La colaboración de tu público, digo. Porque

en la obra de todo publicista colabora su público de una manera más ó menos ostensible, ya con su aplauso, ya con su censura. Yo sé bien lo que en tu labor influyen las cartas de desconocidos lectores que de cuando en cuando recibes, sobre todo de América, y los cuales te dan sugestiones é indicaciones muy valederas, pero además, tú, sin acaso saberlo recibes de rechazo la impresión de tu público, de los que siguen tu labor, y obras conforme á ese rechazo, ya para acomodarte á su sentimiento, ya para resistirlo y tratar de acomodarlo al tuyo. Pues tanto se influye sobre otro provocándole á asentimiento como á disentimiento.

Dicen que muchos de los más grandes dramas, los de Shakespeare entre ellos, se han hecho sobre el tablado del teatro, en colaboración con el público, es decir, modificándolos á cada representación en vista y á la medida del modo de acojerlos el público. Y ¿no crees que las sucesivas obras de un autor fecundo suelen muchas veces no pasar de ser sucesivas ediciones más ó menos alteradas de una sola y misma obra?

Todo autor que escribe mucho se repite mucho, y cuanto más original sea, cuanto más saque de su propio fondo en vez de limitarse á contar lo que oye en derredor, tanto más se repite. Los más grandes genios han sido espíritus

de unas pocas y sencillas ideas expuestas con más vigor y eficacia, pero con más uniformidad y constancia, que los escritores de no más que talento regular. Hombres ha habido cuya importancia ha sido el ser hombres de una idea, ideas encarnadas. En fuerza de vivir una idea sencilla, pero noble y fecunda, han logrado presentárnosla bajo todas sus formas. La variedad, la multiplicidad de puntos de vista acusa casi siempre cierta endeblez espiritual. Y no necesito encarecerte esto, porque sé bien cómo admiras á San Atanasio porque fué el hombre de una idea.

Sí, tus obras mismas, á pesar de su aparente variedad, y que unas sean novelas, otra comentarios, otra ensayos sueltos, otra poesías, no son, si bien te fijas, más que un solo y mismo pensamiento fundamental que va desarrollándose en múltiples formas. Y así, buscando el trasmitir ese tu pensamiento central lo vas ciñendo cada vez más y encontrando nuevas formas de expresarlo, hasta que acaso des un día con la más adecuada, con la precisa. Y créeme que un escritor persiste cuando encontró la forma permanente de una idea cualquiera, cuando acertó á dar á ésta su cuerpo definitivo. ¿Y quién te dice que en esta labor de busca, este escribir escritos volanderos y fragmentarios no es tan útil como otro escudriñamiento? Tú sabes que conversando se estudia muchas veces más que meditando.

¿Te acuerdas, Miguel, á este propósito de lo que te pasó cierta tarde en que ibas de paseo con aquel tu malogrado amigo Vicente, espíritu sagaz y sutil que se fué del mundo en la flor de su vida? Discutías con él como de costumbre, cuando hubo de apretarte con sus arguciosas objeciones y á una pregunta que te hizo respondiste de pronto, y apenas dada la respuesta exclamaste lleno de gozo: ¡qué bien está esto! ¡qué exacto! ¡qué preciso! Y al llamarte la atención sobre eso de que tú te maravillaras de una contestación por tí mismo dada, le dijiste: «Es que es para mí tan nueva como para usted. Yo tenía esta solución sin duda en mi mente, pero la tenía confusa y como velada, sin saber yo mismo que la tuviese, y al hacer esfuerzos para satisfacer á la objeción de usted ha cobrado forma en mí y se me ha revelado. Y vea usted cómo es para mí tan nueva como para usted.»

Y de esto sucede mucho. El pensamiento depende del lenguaje, puesto que con palabras se piensa, y el lenguaje es una cosa social; el lenguaje es conversación. Y el pensamiento mismo es, pues, social. No hay más pensamiento claro que el pensamiento trasmisible. Si alguien te dice que ve una cosa muy clara, pero que no sabe trasmitírtela, puedes contestarle que no puede estar seguro de si la ve clara ó no. Todo el que escribe ha pasado más de una vez por el

trance de comprender lo absurdo ó lo oscuro de un pensamiento propio luego que lo vió en letras de molde.

Convéncete, pues, de que meditas más y mejor escribiendo estas cosas como la que ahora te estás dirigiendo aquí á tí mismo, que no encerrándote en tu cuarto á eso que se llama meditar y no es sino divagar. La necesidad de dar á tu pensamiento expresión trasmisible es lo que le ata á proceso vivo y eficaz. Con la pluma en la mano es como mejor se te ocurren las cosas, y es porque entonces no piensas para tí mismo, sino que piensas para los demás. Pensar para sí mismo no es en rigor pensar, es perderse en vagas soñaciones como el que se pasea por los bordes del sopor contemplando las espirales del humo del cigarro. Pensar es pensar para los demás; pensar es una función social.

Habrás oído alguna vez que Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, se inspiraba con las palabras mismas, que eran éstas las que le suscitaban las ideas, que en sus epístolas se puede seguir este proceso de ideación por asociaciones verbales. Y de Agustín de Hipona, el gran africano, la otra columna miliaria del cristianismo interior entre Pablo y Bernardo y luego Martín Lutero, se ha dicho también que discurría por antítesis, por alteraciones, por retórica, en fin. Y es que uno y otro eran almas ardientes, no de

solitarios contemplativos, sino de luchadores activos.

Te creen un egotista y te acusan de serlo porque con frecuencia te refieres á tí mismo—ahora lo estás haciendo en este soliloquio—y hablas de tí, pero es que ese tú de escritor es algo que es de todos, es que estás en medio de la calle recibiendo las voces de todos y devolviéndolas. Serías no un egotista, sino un egoista miserable, si te encerraras en la torre de marfil, lejos de tus prójimos, á labrar allí día tras día un joyel cualquiera de filigrana. Tú trabajas al aire libre, bajo las miradas de todos y soplando de vez en cuando sobre la pieza de tu labor para limpiar de ella el polvo de la refriega.

Y basta, no hablemos más uno con otro, tu yo íntimo y oculto y el público y manifiesto. ¿Son realmente dos? ¿Eres algo más que un escritor? O mejor, lo que en tí no es el publicista, ¿qué vale?

DIVAGACIONES DE ESTÍO

MEDIADOS de Julio. Hace un calor penosamente soportable. Me parece que este sol es ese que llaman sol de justicia, no sé bien por qué. Verdad es que tampoco sé por qué llaman á tantas cosas como las llaman. Bien, ¿y esto qué importa?

El calor dilata los cuerpos. Esto es un hecho y no una teoría científica y como es un hecho, no cabe ejercitar sobre él la paradoja. ¿Y qué es esto de la paradoja? Una palabra que han inventado los tontos para llamar con ella á todo aquello que oyen por primera vez. Para Adán todo sería paradoja. O más bien no lo sería nada.

Y eso que los tontos llaman paradoja, ¿no cabe acaso ejercitarla sobre los hechos? Dice Meredith—y hago esta cita para que sigan algunos diciendo que soy un hombre que vivo entre libros, un espíritu libresco, cerebral, etc., etcétera—dice Meredith que el dolor no es un misterio sino un simple hecho, y, sin embargo,

el dolor es la principal fuente de lo que llaman paradojas los tontos, á los cuales, aunque chillen no les duele nunca nada de veras. Pero, ¿es que un hecho no es por lo mismo de serlo, un misterio? ¿Y es que todo misterio no es hecho?

Reanudemos el hilo de estas divagaciones. (He aquí una frase que no viene sino á dar un cierto aspecto lógico á este escrito, siendo así que no lo necesita). El calor dilata los cuerpos. Pero, ¿no dilata también las almas? Acaso. Y no pasemos de este prudente «acaso».

Por mi parte, me encuentro con el alma—ó lo que en mí haga sus veces—no ya dilatada, sino más bien desgranada, desvencijada; es decir, con sus vencejos ó ligaduras todos sueltos. Me cuesta trabajo recojerla en un haz. Se me escapa por todas partes. Y acaso merced á esto se me aparece otro yo, el más primitivo, el que está por debajo del alma. (Esto del yo que está por debajo del alma es una ingeniosidad que á unos ingenuos les puede parecer paradoja y á otros una expresión casi genial. Y la verdad es que de ordinario no tenemos noción de la profundidad toda de cuanto se nos ocurre).

Ayer, después de haber pasado una noche interminable de insomnio, de malestar y de jaqueca, yo, que aborrezco la siesta, me eché sobre la cama después de comer. Y empezó á desfilar ante mí mi propia obra.

¡Qué ridícula y qué afanosa me pareció toda ella! ¡Si supieran todos esos caballeros que de cuando en cuando se meten conmigo que yo mismo me he dicho y me digo cosas mucho más duras que cuantas ellos puedan decirme!...

Dando vueltas en la cama, sin poder rechazar el calor que dilata los cuerpos y también, según parece, las almas, me decía á mí mismo: «Hete ya, Miguel, metido en lo que más aborrecías ó creías aborrecer, en escritor profesional. Tú quisiste ser un hombre que escribe y no un escritor, pero, á pesar de tus esfuerzos todos, el hombre empieza á desvanecerse debajo del escritor. Pero aún te queda hombre. Y la prueba de ello es que no pasas por entre la indiferencia de tus lectores. Estos ó te cobran adhesión y afecto ó te cobran repulsión. Tú, gracias á Dios, molestas; molestas como un hombre, no como un escritor.»

Pero luego pensaba que esta es otra forma de la vanidad de vanidades. ¡Vanidad de vanidades! Bien; ¿y no es la mayor de las vanidades la de querer huir á esa vanidad de vanidad en que fuímos concebidos, nacimos y moriremos por fin? Hay que aceptarlo.

Y daba vueltas en la cama porque se me iba el tiempo sin cosa de provecho. Y pensaba deber aprovechar esta flojedad de espíritu, este desatamiento de los lazos del alma, esta situa-

ción de desagregación anímica para escribir alguna fantasía lírica. ¡Imposible! Las explosiones líricas sólo me brotan cuando tengo el alma condensada. No sirvo para el cadeidoscopio.

¡Y es lástima! Es decir, es lástima en cuanto hace al número de lectores que con eso me ganaría. ¡Es tan grato para tanta gente el dejarse adormecer á un ritmo de hamaca por una sarta de imágenes sin más cuerda que la de la rima! Esa poesía sin huesos, mucilaginosa é inarticulada hace las delicias de los espíritus de espumas. Porque á estos espíritus, arrastrarlos al fondo de las aguas, es matarlos.

Y, sin embargo, si tuviese yo que vivir en un país tropical, donde fuese pan nuestro de cada día este calor aquí excepcional, acabaría por escribir rimas mucilaginosas é inarticuladas mientras me dejaba mecer en una hamaca. ¿Y serían por eso menos mías?

Y el calor seguía asediándome el alma y metiéndome en él pensamientos tentadores. Parecía decirme: «¿Por qué has de ser tan intransigente, Miguel?» Yo protestaba con toda mi alma, pero aquel yo de debajo de ella, aquel yo misterioso que he descubierto al ir dando forma á estas divagaciones, parecía decirme: «Sí, eres intransigente, y lo eres tanto más cuanto más comprensivo quieres aparecer.»

¡Qué sé yo... qué sé yo!... El estío le pone

á uno en el terrible trance de dar la razón á todos. Lo cual equivale á no dársela á ninguno.

Dar, quitar razón, ¿qué es esto? ¿quién fué el que dijo aquello de

«quien al hombre del hombre hizo juez?»

Fué uno de esos que llamamos poetas, á juzgar porque la frase es un decasílabo agudo. ¡Ah, sí!, me parece que fué Espronceda. Pero no Espronceda, sino Cristo fué el que dejó dicho—fijaos bien en la diferencia que hay entre decir y dejar dicha una cosa—aquello de no juzguéis sino queréis ser juzgados, porque con la medida misma con que juzgáreis se os juzgará.

¿Por qué, en ratos de humor, se me ocurrió alguna vez, aunque muy pocas, dedicarme á lo que menos de dentro me sale, á la crítica? No han sido muchas veces, y aquí en España casi ninguna, pero ello no me ha librado de que haya quienes maliciosamente me llamen crítico. ¡Crítico yo!

«¡Se necesita un crítico!» exclamaba una vez un joven que había escrito dos ó tres libros de los que nadie decía nada y que apenas se vendían. No, lo que menos falta hace son críticos. ¿Para qué?

Hay que hacer poco caso á los jóvenes. Casi todos hemos sido terribles cuando jóvenes. Es decir, dicen que yo no he sido nunca joven. Y

si esto fuese verdad, sería un gran consuelo, pues querría decir que no he de ser nunca viejo.

Y sobre todo los profesionales de la juventud, los que hacen profesión de ser jóvenes. Algo dice sobre esto Carducci. Y, además de que siempre me es grato citar á éste, uno de mis autores favoritos, otra cita contribuirá á que se me tenga por hombre de libros que así que sale á la calle tropieza con un guardacantón y no distingue en el campo el trigo de la cebada. (Si supieran, sin embargo, esos señores...) Voy, pues, á buscar mi Carducci. Aquí está, en «Crítica y arte». Y dice:

«Y después la enfermedad del siglo, de este siglo grande pero pedante: la enfermedad, digo, de echárselas de maestro, de tener que enseñar algo y todo á todos y á cada uno, por la cual trescientos millones de europeos habrán de reducirse por momentos á darse lecciones el uno al otro, dispuestos en sus bancos, el uno cara al otro, por montes y llanuras; esta enfermedad ha traído horribles estragos al jovencito y se le sale del corazón á la cara y á la cabeza. ¡Mozo de provecho!, tiene veinte años y os dan ganas de cojerlo por el gaznate y echarle cara arriba y ver si tiene más dientes en la boca y si bajo el labio imberbe le asoma, aguda y linda, la muela del juicio. Y por eso acaso él en toda coyuntura alega su cualidad de joven, y en

sus jornadas literarias procede al descubrimiento hoy de un novelista joven, mañana de un dramaturgo joven, pasado de un poeta joven. Y después todos de acuerdo se besuquean unos á otros por los apéndices, con dedicatorias en las revistas, y desnudan á la vista del público su pubertad, cantando á coro: nosotros somos los jóvenes, los jóvenes, los jóvenes.»

¡Muy bien! Cuántas veces no he oído en castellano esto mismo de «noi siamo i giovini, i giovini, i giovini».

«Lo cual no quiere decir—prosigue Carducci—que el crítico jovenzuelo no corteje á los que escriben desde hace años. Os manda, por ejemplo, un apéndice suyo de un diario teatral, con una marca en lápiz verde ó rojo en la línea donde os ha hecho el honor de nombraros. No le respondéis, ó por mejor decir, yo no le respondo.»

Sí, Carducci, el oso Carducci, no les respondía, pero yo les respondo, aunque sólo sea para acusarles recibo de su envío. Y es que yo no soy por desgracia mía, un ogro, aunque alguna vez me haya puesto la máscara de tal.

¡Los jóvenes, los jóvenes, los jóvenes! Esta plaga de los jóvenes profesionales debe ser mayor, me figuro, en las tierras calientes de frutas muy azucaradas y de precocidad en la especie humana.

Prefiero las frutas de las tierras viejas y cansadas y de las no muy húmedas. Es terrible la excesiva humedad. Me gustan las cosas calientes y secas, aunque ni tan calientes ni tan secas como estos días lo son.

Pero vamos á ver, ¿por qué habrá tantas gentes que confunden lo seco con lo frío? Hace poco un excelente escritor mejicano, en un escrito que me ha dedicado haciéndome el honor de considerarme como un representante de mi raza vasca—especie de que protestarán no pocos de mis paisanos de hoy—dice que soy frío. Y francamente creo no ser frío, ni creo que mi pueblo lo es. Seré seco, lo cual es otra cosa muy distinta.

Los antiguos eran encantadores. ¡Cuánto más sencillo que todo ese tinglado de los cuerpos simples de la química moderna, aquello de fuego, aire, agua y tierra sobre que diserta con tanto ingenio Platón en su «Timeo»!

Y lo de frío, calor, humedad y sequedad es otro encanto. Con estos cuatro términos se hacen combinaciones: calor seco, calor húmedo, frío seco y frío húmedo.

Fíjense ustedes en la poesía: es decir, en lo que llamamos así. Casi toda la que ahora se lleva y gasta es húmeda, muy húmeda, pero fría. Tiene la flexibilidad y la fluidez de los humores, pero es fría. Y en cuanto los autores de esos desa-

gües poéticos (ó lo que fuesen) tropiezan con algo seco, sólido, compacto, lo declaran frío. Y sin embargo, puede muy bien suceder que tenga todo el calor que á sus humores les falta.

Y dando vueltas en la cama, bajo un calor seco penosamente soportable me iba haciendo todas esas reflexiones agresivas.

¿Y por qué han de ser agresivas, como por lo común me resultan mis reflexiones? ¿Por qué no he de tener algo de eso que llaman una amable ironía? Si, es verdad, aquello de que el comprenderlo todo es perdonarlo todo, los que no perdonamos ciertas cosas es, sin duda, porque no las comprendemos. ¿Y esto de no poder comprender cosas, es un defecto ó una ventaja? ¿No podría muy bien suceder que sólo se llega á comprender unas cosas á costa de no comprender otras, y que quien parece comprenderlo todo, en rigor es porque no comprende nada? He tenido siempre una cierta repugnancia natural hacia los espíritus muy comprensivos, y una aun mayor hacia los espíritus irónicos. Son húmedos y fríos. Se cuelan por todas partes, como el agua. Y á la gente le gusta más bañarse en un río que escalar una montaña seca y caliente.

Si estuviera en mi tierra con este calor subiría á lo alto de una montaña, con medio palmo de lengua fuera de la boca, desabrochado el pecho, latiéndome las sienes, á punto de reventar, pero

una vez arriba me desnudaría al sol—como más de una vez he hecho—y así me secaría del baño de sudor. Y desde allí, desde el alto del monte, vería el mar á lo lejos.

¡El mar! Dentro de cuatro días estaré junto á él; pero no en mi tierra, en mi brava costa cantábrica, sino en tierra de Portugal. Desde allí os diré algo de lo que me sugiera ese mar que es también un hecho y un misterio, como la montaña. Pero debo advertiros que soy más montañés que marino.

El mar me da sueño, como la música. El mar me anega y diluye la voluntad, me disgrega el alma. El mar me resulta frío y húmedo. (Esto de que el mar sea húmedo, es, como véis, un rasgo de cierta recóndita ingeniosidad). Ni lord Byron ha logrado congraciarme con él. Contemplar el juego de las olas es como contemplar las espirales del humo del cigarro. Digo, me parece porque nunca he fumado. ¿Qué nos dice el mar? Lo que queremos que nos diga. Es como la música. Y yo quiero que las cosas—los hechos y los misterios—me digan no lo que yo quiero, sino lo que quieren ellas, y que me obliguen á resistirlas. Y he aquí porque no leo los escritores que supongo han de decirme lo mismo que yo pienso.

Pero esto no les pasa á los más de los hombres. La generalidad quiere leer el eco de sus

propias ideas, la repetición de lo que ya sabe. Sólo exige que le cambien la expresión, y por eso dan tanta importancia á esa quisicosa superficial que llaman estilo y que no lo es. De otro modo no se explica uno que los aficionados á las corridas de toros al salir de una de ellas compren los periódicos que traen la reseña.

Y esas gentes que sólo buscan el eco de sus propios pensamientos, cuando se encuentran con algo que no han pensado, exclaman desdeñosamente: «¡Paradoja!»

No, no son estos días secos y ardientes, no son estos días de fuego de mediados de Julio los más á propósito para ellas. El calor me ha rendido, me siento indulgente, desilusionado, y si fuese capaz de ironía, me sentiría amablemente irónico. Pero ya han convenido mis críticos —y ¡con qué petulancia digo esto de «mis críticos»!—en que hay dos cosas que me son inasequibles: la ironía y la elegancia. Las cuales dos presumo que no son sino una sola.

Qué tal estaría el que desarrollase este tema: la elegancia no es más que la ironía. ¡A cuántos desarrollos paradójicos no se presta! Pero ahora no puede ser; el calor me lo impide. En esta situación de ánimo no me sería posible desarrollar tesis alguna.

Y después de dar mil vueltas en la cama, hos-

tigado por el calor de julio, y después de haber divagado por las nubes—ya que en este estivo cielo de acero no las haya—acaba uno, en un acto de vigorosa reconquista vital, por recojer su yo exclamando: «¡Imbéciles!»

DESAHOGO LÍRICO

AQUÍ estoy, lector, otra vez sobre las blancas cuartillas, buscando asunto. Es una verdadera esclavitud esto de tener que comunicarse de tiempo en tiempo con el público; ¿qué remedio? Lo mejor, claro está, es escribir uno cuando se le antoje, como se le antoje y sobre lo que se le antoje y entérese bien quien quiera enterarse. Es mejor hacer con los escritos un amigo, un verdadero amigo, que no cien meros lectores.

Y aquí estoy, digo, diciéndome: ¿de qué voy á hablarles á mis lectores en mi correspondencia de esta quincena? Tenía varios temas preparados, pero... Aquí está, á mi mano, el libro de «Grecia», de Gómez Carrillo, que acabo de leer y entre cuyas páginas guardo un cumplido papel lleno de notas; pero el libro merece algo más que una rápida revista, es mucho lo que me sugiere, me ha removido mis profesionales lecturas de los clásicos griegos y no quiero

hablar de él ni de prisa ni de pasada. Tengo, pues, que dejarlo para cuando goce de más sosiego.

El caso es que muchas gentes me creen, según manifiestan, un hombre metido en su biblioteca, enterrado entre libros, apartado de las gentes, falto de eso que llaman sentido de la realidad. Lo primero, lo de que me pase el día devorando libros, es una pura fábula. Viajo más de lo que quisiera y trato también con más gentes que quisiera tratar. Respecto á lo del sentido de la realidad... Vamos á verlo.

Eso que las gentes de mundo—y esto de gentes de mundo tiene en mi boca y en mi pluma una significación bastante despectiva—eso que las gentes de mundo llaman sentido de la realidad me parece que no es más que sentido de aparencialidad. Dicen que tiene sentido de la realidad aquel que se queda en la consideración de la sobrehaz pasajera de las cosas y no penetra en su íntima sustancia permanente.

A esas gentes que dicen tener sentido de la realidad no les interesa más que la noticia, lo que se llama la información. Y yo—he de decirlo, con toda franqueza—detesto la información. Nada encuentro en los diarios todos más insustancial que la sección telegráfica. Eso de querer tener noticias, de ordinario sin trascendencia alguna, lo antes posible, me parece una puerilidad

Lo importante, he creído siempre, es saber bien las cosas, no saberlas pronto.

Pero las corrientes van por otro lado. Para uno que lea un libro con el fin de saber, gozar y aprovechar lo que diga, hay veinte que no lo leen más que para decir que lo han leído y poder salir con lucimiento haciendo citas de él. Y lo mismo sucede con los que van á oir á un orador ó conferencista famoso.

Suponte, lector, que un día caigo yo por esa tu tierra y me disponga á hablar en público. Creo que tendré alguno, sin duda, ¿pero te figuras que á los más de los que vayan á oirme les importa ni lo más mínimo lo que les vaya á decir? No, lo que les importa es decir que me han oído. Y ni les importo yo! Hasta es fácil que se fijen más que en otra cosa en cómo voy vestido, en si parezco joven ó viejo, en si acciono de este ó del otro modo ó pronuncio más ó menos claro. Van al espectáculo. Y qué necesidad—así como suena, necesidad—qué necesidad tan triste es verse hecho espectáculo para las gentes!

Y cuidado, mucho cuidado con instruirles el alma, porque el común de las gentes cuando ven un alma al desnudo se dicen: «¿qué es eso?» ó gritan «¡impúdico!» ó «¡loco!» ó motejan las cosas que salen del alma de paradojas.

Es, en efecto, cosa terrible tener que escribir cuando se siente uno dominado por una potencia

lírica, cuando la intimidad le rebosa, cuando no son noticias ni ideas ó frases repetibles lo que se quiere decir, sino íntimas preocupaciones personales, de esas que por ser de cada uno lo son de todos.

No sé, pacientes lectores, cómo no os canso. De seguro que á través de los mil asuntos con que me esfuerzo por diversificar mis pensamientos, tiene que pareceros monótoma mi labor. Monótona y con un cierto saborcillo á sermón, ¿no es así?

Si supiera yo contaros mil vagas amenidades, daros noticias de hombres ó de cosas á la moda, detalles del último suceso, algo, en fin, de que podáis luego hablar en el Casino... Pero todo eso me encocora, y cuando salgo de mí mismo y me voy por tierras y ciudades en busca de motivos, es de motivos que me sirvan para el sermón de siempre. Informar, eso que llaman informar, es cosa que se me resiste.

Si yo supiera y pudiera ir ahora á los Balcanes, pongo por caso, y deciros como anda lo de Servia y trasmitiros una «interview»—¡qué cosa más odiosa son las tales «interview»!—con un Fulanowich cualquiera de aquellos... Pero no, cuando salgo ó me voy á mi tierra ó este hermoso y triste Portugal—hermosamente triste y tristemente hermoso—que á casi ninguno de vosotros le interesará. Porque Portugal no está en moda.

A lo mejor se me presenta un viajero que quiere conocerme y este viajero es v. gr. argentino y quiere hablarme de esa tierra y darme noticias de ella. Y una de dos, ó el hombre me interesa ó no me interesa nada. Si no me interesa nada el viajero tampoco me interesa lo que pueda contarme, y si el hombre me interesa es él, él mismo, y no cuanto pueda decirme lo que de veras me interesa. Se empeña en informarme de una porción de cosas pertinentes á su país, de su política, de su literatura, de su desarrollo económico, de su cultura, y yo me empeño en llegarle al alma, en saber si se resigna de buen grado á la vida, en averiguar qué hombre es—«hombre», entiéndase bien—en sentir las palpitaciones de su alma. Me importa mucho más si cree ó no en la inmortalidad del alma que todo cuanto pueda contarme. Y uno á quien le vais con tales cosas se os queda mirando sorprendido y acaso en su interior se dice: este hombre no está bueno.

Hay, ó por lo menos debe haber en cada uno de nosotros dos hombres, el temporal y el eterno, el que se preocupa con los cuidados del día y el que se preocupa con las preocúpaciones de siempre, el que se dice «qué comeré ó cómo me divertiré mañana?» y el que se dice: «¿qué será de nosotros después de la muerte?» Hay casos en que el sujeto interior arrastra y sojuzga al exterior y entonces el hombre ó se retira á un

claustro ó vive en una mal encubierta desesperación resignada, en incesante lucha con el misterio, y hay casos en que el hombre exterior y temporal arrastra y ahoga al interior y eterno y entonces tenemos el hombre de mundo, el que se jacta de práctico y de poseer sentido de la realidad. Y este hombre práctico no me interesa nada.

Cuando me encuentro en una ciudad moderna, de esas que llaman progresivas por su policía é higiene, de esas bien macadamizadas, con presuntuosos edificios, con tranvías eléctricos, con lujosos coches en que se pasean damas bien emperifolladas, con parques bien recortados, con casinos confortables, con teatros, con todo el aparato, en fin, de una de las tales ciudades, cuando me encuentro en ella me envuelve, ciñe y aprieta al punto un sentimiento de profunda, de profundísima soledad. Los hombres me parecen sombras sin interior. Y me echo, como Diógenes, á buscar un hombre, un verdadero hombre, un luchador con el destino y el misterio, un hombre de alma religiosa, en fin, que confiese á Dios ó que le niegue, pero que le confiese ó le niegue apasionadamente, con el corazón, y no en virtud de una fórmula filosófica que entra en los elementos de lo que un hombre bien educado debe saber.

Me echo á buscar el hombre... y rara, rarísi-

ma vez lo encuentro. Me dicen: «á quien usted debe conocer es á López; es persona muy ilustrada y muy culta.» Y, aunque con ninguna ilusión, voy á conocer á López, por no desairar al que me lo recomienda. Y, en efecto, López ha leído mucho y conoce los nombres de los más mentados publicistas y escritores, y diserta sobre Comte y Spencer y Schopenhauer y Nietzsche, y ha leído novelistas franceses y se sabe de memoria varios famosos pasajes de poetas, y tiene su tintura de historia, y de sociología, y de psicología, y de ciencias naturales, y López... no es el hombre que busco. López ha leído más bien que á los grandes autores clásicos, más bien que á los genios sustanciales, á los que miraron ojos á ojos á la Esfinge, á sus expositores y comentadores; López conoce á los grandes genios, á los espíritus miliares, á través de manuales de historia de la filosofía ó de la literatura. Una vez, más bien que ni siquiera por curiosidad, para poder decir que lo había leído, tomó en sus manos el libro de Job, ó San Agustín, ó al Kempis, ó á Pascal, pero su corazón no se conmovió con aquello, si es que no se dijo para sí mismo: «¡bah! ¡historias!» ó como se diría por ahí: «¡macanas!» Y, es claro, López ni me interesa ni me parece hombre siquiera; no es más que socio del casino ó diputado ó figura brillante de la buena sociedad. Su ilustración es de la misma categoría

que la menguada habilidad de tocar el piano que tiene su señora. López sabe presentarse bien.

Pero afortunadamente y gracias á Dios no vivo en ninguna de esas ciudades, todas iguales y casi todas imitadoras de París; no vivo en ninguna de esas ciudades cuyo resorte de vida colectiva es la vanidad de presentarse bien al forastero y de deslumbrarlo; sino que vivo en una vieja ciudad, cuya vejez es juventud perpetua, entre doradas piedras que rezuman recuerdos. Y aún así, en cuanto puedo me escapo y me voy al campo á conversar con algún viejo pastor que á solas largas horas bajo el desnudo cielo haya meditado en la meditación eterna. Y este hombre que no lee periódicos, ni sabe hacia dónde cae la Servia, ni quien es Dreyfus ó Anatolio France, ni el Kaiser, ni ha visto el retrato de la última «demimondaine» á la moda, ni conoce la última teoría sociológica ó el último corte de levita, este hombre me dice las viejas palabras de la sabiduría del Eclesiastés. Y como él no ha leído el Eclesiastés, sino que ha sacado esa sabiduría de la fuente misma, las viejas palabras me saben á cosa nueva, eternamente nueva.

Muchas, muchas veces he deseado en lo íntimo de mi corazón haber vivido en una de aquellas épocas de fe ardorosa, en el seno de un pueblo agitado por una pasión infinita, ó entre los cruzados, ó entre los albigenses, ó en las fi-

las de los motilones de Cromwell, ó entre los hugonotes de Coligny, ó en el fondo del monasterio en que Enrique Suso cumplía sus tremendas mortificaciones. Pero ¡por Dios! ¿quién que sea hombre, verdadero hombre, resiste uno de esos banquetes que le dan sus amigos al ilustre López con motivo de habérsele conferido el cargo de gobernador y en que se pronuncian dos, tres, cuatro, diez brindis, llenos de los mismos insustanciales lugares comunes al sonar el odioso, el odiosísimo estampido del descorche del ramplonísimo champaña? A mí, cuando las inevitables exigencias de la esclavitud social me fuerzan á asistir á uno de estos homenajes, me dan ganas de levantarme y decir: «¡Hermanos, pensemos en la muerte!» y arrancarme con un sermón. No lo hago, es claro, pero no por miedo al ridículo, no, sino por saber que nada conseguiría.

Y ahora comprenderás, amigo—me dirijo á cada uno de aquellos de mis lectores que se me hayan hecho ya amigos, no á los que me lean para hablar de mí ó para matar el tiempo ó para distraerse—y ahora comprenderás, lector amigo, en qué aprieto me veo cada vez que tengo que brindar en el festín de la vida, cada vez que tengo que dirigirme á hombres de mundo. Y ahora comprenderás cómo y por qué irrumpen entre mis palabras ó de entre los renglones de mis

escritos, acentos de amargura ó de acritud, desdenes y censuras. Ya sé que en general no soy simpático, y no me pesa de ello. Hay mucha gente á la que resulto cargante. Así debe ser.

Si yo fuera otro proveería á mis lectores de noticias curiosas con que pudieran lucirse en los salones, escribiría reflexiones que habiéndosele ocurrido antes al honrado almacenero que me lee sirvieran para acrecentarle la noción que de su propio buen sentido tiene, cuidaría la parte más externa de mis escritos, combinando sus palabras y frases de modo que le halaguen el mal educado oído, y destruyendo así el estilo —pues los escritores de prosa repulida carecen de estilo—si yo fuera otro... Pero es que si yo fuese otro, no sería yo.

Y basta, basta de desahogo. No temáis, sé que soy esclavo, sé que somos todos esclavos... volveré á mi camino, volveré á los temas «objectivos;» pero... Pero, por Dios, ¿no me será permitido alguna vez sacar de lo más hondo del pecho un suspiro, á la vez que de resignación, de rebeldía? ¿No me será permitido decir alguna vez que todo eso que llamáis civilización no me parecería nada sino fuese el envoltorio de la cultura, y que quiénes con sólo el envoltorio se quedan son salvajes embozados en manto regio, y que me deja frío el esplendor de nuestras metrópolis?

Y ahora me voy á leer á Kierkegaard—quiero leerlo antes de que se ponga en moda entre nosotros—á aquel sublime solitario de Copenhague, á aquel maestro de la desesperación resignada, á aquel luchador con el misterio. Y no me importa saber cuál es el último tomo que ha publicado Alcán en su filosofía.

*
* *

N. B.—Debo advertir á los que me escriben preguntándome qué deben leer sobre esta ó la otra materia, ó cuáles son las últimas publicaciones sobre ella ó qué se ha hecho en España sobre sociología, que yo soy el menos á propósito para indicaciones bibliográficas. No estoy nunca «á la derniére». (Como esto se dice mejor en francés que en castellano, por eso lo digo así, á pesar de mi repugnancia á tales expresiones). Y puesto que hay quien me pide consejo á tal respeto, le daré uno, y es que lea á Platón y luego vuelva á dirigirme la pregunta.

EL ESCRITOR Y EL HOMBRE

Se ha equivocado usted de medio á medio, señor mío, al pedirme que dé alguna vez en estas mis correspondencias, noticias y comentarios sobre la vida y milagros de nuestros jóvenes escritores. No soy yo quien puede darlos, y aunque pudiese, no los daría.

Vivo en el apacible y fecundo retiro de esta dorada ciudad de Salamanca, en un casi espléndido aislamiento—para servirme de una famosa expresión inglesa—lejos de los cotarros de la Corte y de la compañía de aquellos cuyos nombres más suenan entre los jóvenes. Ni sé apenas de ellos ni trato de saber cosa alguna, pues como hombres no me interesan. Y claro está que al no interesarme como hombres habrán también de interesarme muy poco, salvo rarísimas excepciones, como escritores.

Soy, señor mío, de los que no aciertan á separar al hombre del escritor, ni su manera de ser

y de vivir, de su manera de producirse al público, y conforme voy entrando en años voy buscando cada vez más á través de los escritos con que apaciento mi espíritu, todo lo que haya habido ó haya todavía de bondad en las almas de los que los escribieron. Cuando después de haber leído algo puedo decirme: «El hombre que escribió esto me parece un espíritu puro y noble», quedo satisfecho de haberlo leído.

Me explico muy bien cierto recelo que buena parte del pueblo siente hacia los literatos, recelo que suele llegar no pocas veces á desprecio, cuando no á temor. Yo, que no puedo negar ser un literato, participo también de él.

Si me gusta ir, en cuanto tengo unos días libres, á Bilbao, mi pueblo natal, es porque allí me encuentro rodeado de un grupo de personas inteligentes y cultas, muy versadas en ciencias y en letras, de gusto fino y de variada lectura, pero que no escriben. Y la compañía de personas tales es lo que más debe apetecer todo aquel que escriba. Sus observaciones y consejos no vienen envenenados con el veneno de la envidia, que es el jugo fermentador de las almas de los literatos, ni proceden de ese miserable sentido de tecniquería profesional de que adolecen casi todos los del oficio.

Desconfíe, señor mío, de crédito de literato hecho por otros literatos. Los pianistas apenas

aprecian en otro pianista sino la virtuosidad de ejecución.

No hace aún muchos días traducíamos en mi clase de griego el principio de la biografía de Pericles, del buen Plutarco, y todo aquello que dice respecto á los artistas. Voy á recordárselo. Porque usted recordará cómo nos cuenta que oyendo Aristóteles alabar de buen flautista á Ismenias, dijo: «Sí, pero hombre insignificante, pues de otro modo no sería tan buen flautista», y nos dice también que oyendo Filipo á su hijo cantar con gran arte, exclamó: «¿No te da vergüenza de cantar tan bien?» Y añade: «Basta que un rey se dé algún vagar para oir á los que cantan, y cultiva lo bastante á las musas si se hace espectador de las luchas artísticas de los demás.» Y agrega el buen Plutarco que ningún joven bien nacido, al contemplar la estátua de Zeus, que había en Pisa, desearía ser el escultor Fidias, que la hizo, ni al ver la de Hera, que había en Argos, ser Políclito, ni menos ser Anacreonte ó Filetas ó Arquíloco, oyendo sus poemas. De estas cosas, dice, queremos el disfrute, y sólo se sienten los jóvenes bien nacidos movidos á imitar las acciones heróicas y virtuosas.

Claro está que no concuerdo del todo con el severo Plutarco, y que estimo que hay no pocas veces en que es acción virtuosa ó hasta heróica el hacer una estátua ó un poema; pero ni me

indigna el sentimiento plutarquiano, ni tampoco el desprecio que en muchas partes hay hacia los poetas, á los que el divino Platón, alma altamente poética, expulsó de su república.

Esa desconfianza pública hacia ellos la encuentro, donde existe, muy justificada. Porque no se puede ni se debe tolerar el que unos ciudadanos—y esto es lo primero que un hombre debe ser en sociedad civil—porque saben hacer unas cosas para agradar á los demás con más arte ó más destreza que otros hayan de tener una moral distinta. Es muy cómodo declararse candidato á genio para dedicarse á canalla. Así, como suena, á canalla.

Odio con toda mi alma la bohemia literaria, que entre otros menores vicios tiene el de la hipocresía, el del fingimiento. Conozco literato que, sin gustarle el vino, se dió á beberlo hasta emborracharse con él, nada más que para mantener su fama de literato. El poeta debe tener el pelo corto y el alma larga.

Carducci, el hombre indomable é integérrimo, el gran ciudadano de Italia, el excelso poeta civil, cuya grandeza como poeta le proviene de su grandeza como hombre y como italiano, Carducci, en el discurso que en 1876 pronunció á los ciudadanos de la Romaña y á los electores del colegio de Lugo cuando éstos lo nombraron para que los representara en el parlamento,

decía que el haberse dedicado á la poesía era la mancha original que, según sus adversarios, le excluía de la casta política.

«La verdad es—decía—que nuestros adversarios están de acuerdo con Platón, que fué el primero en expulsar á los poetas de la república, pero aquella república platónica era más lírica que una oda de Píndaro, y á Platón, además, le parecía que no estaba mal que los filósofos disputasen sobre el «logos» en las Cortes de los tiranos de Sicilia.

Solón, por el contrario, componía elegías, y pudiendo hacerse tirano de la patria, la dotaba de una constitución que hizo la gloria y la grandeza de Atenas. Al echar en cara, como calificativo de inhabilidad política, el nombre de poeta, los adversarios demuestran no conocer otra poesía que la de la Arcadia. Y no recuerdan qué temple de ciudadano tuvo Juan Milton, que hizo con poderosos escritos la apología de pueblo de Inglaterra contra las usurpaciones del Estuardo. Y no recuerdan que Alemania mandó á discutir en el parlamento de Francfort las leyes de su reconstitución nacional á Luis Uhland, por el mérito de haber cantado gloriosamente las tradiciones y las aspiraciones de su pueblo é ilustrado doctamente la historia de la poesía tudesca: y el noble viejo poeta estuvo á la altura de su gloria y fué digno de la confianza de la

patria soportando magnánimo los maltratos de la violencia militar que disolvió los últimos avances de la asamblea nacional. Y no recuerdan que caída en la ignominia, por los errores de un doctrinario, Francisco Guizot, la monarquía burguesa de Luis Felipe, un poeta, Lamartine, opuso durante días enteros su elocuencia y el pecho á los furores de la plaza, y, á riesgo de la fama y de la vida, salvó al menos el honor francés y la bandera tricolor. ¡Y en Italia, por haber hecho versos que no desagradan, se quiere quitarle á uno los derechos civiles! ¡en Italia! Presiento lo que pueden oponerme los adversarios.—No eres Milton, ni Uhland, ni Lamartine. —Ni vosotros, que arrojáis á los poetas del Estado, sois Platones.»

Hasta aquí el gran poeta civil italiano, que ha sido, sí, un Milton, un Uhland, un Lamartine, celoso y noble ciudadano como ellos, y no un poetilla de Arcadia que cantara con su caramillo—ó syringa, si queréis, para que parezca otra cosa—ninfas y faunos y sátiros y driades y caricaturas de una mitología desaparecida.

¿Esas nobles y fogosas palabras de Carducci están acaso en contradicción con las nobles y templadas palabras de Plutarco? Mucho menos de lo que á primera vista parece, creo. Y aquí podría aducir en prueba de ello otras palabras del mismo Carducci en que desarrolla la idea

de cómo la demasiada literatura perdió á Grecia y enerva á Francia.

Si, de literatura cuanto menos mejor, porque el reducirla es la manera más adecuada de hacerla más intensa.

Ayer no más hablaba de esto con un chileno inteligentísimo y muy culto, y, lo que vale aún más que esto, de ánimo generoso y limpio, Luis Ross Mujica, y me decía que acaso es una bendición para Chile, su patria, el que no pueda ostentar aún brillantes ingenios literarios, ni un poeta cuya fama haya recorrido el mundo. «Esperamos uno—me dijo—pero cuando lo tengamos será grande de veras.» Y yo admiré y aplaudí su fe, y convine en que, en efecto, es una bendición para su patria y sobre todo una promesa de robusto porvenir literario el que no la hayan llenado de mandolinatas y de gorgeos de caramillo arcádico.

Y ya que hablo una vez más de Chile y de cosas chilenas, debo en esta ocasión advertir á cierto árcade chileno, cuyas caramilladas se pierden allá en el vacío, y el cual árcade me escribía muy regocijado por ciertas palabras que yo escribí sobre la pesadez del estilo de Barros Arana, que no tiene por qué regocijarse por eso ni debe suponer lo que supone. Porque Barros Arana, escritor, sin duda, no muy ameno ni muy brillante, fué un noble, nobilísimo ciudadano, un

luchador del progreso, un alma intrépida y pura, y su obra, sea lo que fuere literariamente, vale más que las caramilladas todas de los árcades de la bohemia. Una vida puede ser un poema.

Entre alguno de estos mocitos, más ó menos arcádicos, ó más ó menos sobrehumanos, que riman renglones desiguales en honor de su compañera de una noche, ó cantando á Pan—lo escriben con letra mayúscula, pero se acuerdan del otro, del pan minúsculo—entre algunos de estos exquisitos, digo, se lleva mucho el despreciar la patria y el patriotismo, sentimiento éste, dicen, de gentes adocenadas, de burgueses filisteos y de espíritus prosáicos. Lo de estar desengañado de todo y falto de todo entusiasmo les parece cosa muy delicada y muy poética. Y cualquier canto que brote de hondas inquietudes trascendentales, paréceles cosa cursi.

En estos últimos años el campo de la literatura, y el de la poesía en especial, había sido invadido por un rebaño de esos árcades bohemios que jamás se han acordado ni de la patria ni del hogar.

Decía una vez Campoamor, hablando de Quintana, que no podía convencerse de que fuera poeta un hombre que jamás tuvo una nota ni para Dios ni para la mujer, y yo digo que me cuesta, por mi parte, convencerme de que lo sea quien jamás tenga una nota ni para la patria ni para el hogar. Aunque bien sé, que

tanto la opinión de Campoamor como la mía parecerán unilaterales á los que no tienen idea clara de lo que la unilateralidad es.

Esos árcades bohemios, de caramillo en ristre, sin patria y sin hogar, no han hecho sino convertir la literatura en opio para adormecer inquietudes que deben estar siempre despiertas, y en pura tecniquería para recreo de los profesionales.

Pregunte mi señor B. D. F., por su vida privada, pero pregúnteselo á otros, no á mí, que sabiendo poco, muy poco, poquísimo de ella, sé mucho más de lo que querría saber.

¿Qué esto me lo dicta un espíritu duro, insimpático, incaritativo, nada cristiano? No, yo no me meto en su vida, ni por ella en rigor les acusaría si no se metiesen á estropear lo que debe ser fuente de elevados sentimientos sociales. Que se callen y que hagan lo que mejor les venga en gana.

«Y luego—me decía una vez uno con quien hablaba de estas cosas—estos poetas—se refería, claro está, á los de la Arcadia, que dijo Carducci—son tan ingratos.... todo lo que se les hace, creen que les es debido por su excelencia. No se acuerdan ni de patria ni de hogar en que se les hubiese recibido con los brazos abiertos, dándoseles el pan y la sal y el fuego y el techo.» Y entonces le conté yo lo de uno de estos «aristos» que refugiado, maltrecho, pobre y náufrago de malandanzas de la vida, en el hogar de un

generoso amigo, que tenía la desgracia de tener una mujer no muy en sus cabales y víctima de morbosas afecciones, aprovechó estas flaquezas de la desgraciada, para pagar la nobilísima hospitalidad del amigo. En cuanto uno sabe esto, se explica al punto el especial sentimiento de vacío que deja la lectura de sus artificiosas cadencias.

Usted recuerda muy bien, señor mío, la definición que del orador dió Quintiliano, al decir que es el hombre bueno, diestro en el arte de hablar, «vir bonus dicendi peritus». Y esto que Quintiliano dijo del orador debe extenderse á todo literato.

No que un escritor no pueda serlo muy grande teniendo defectos morales y hasta muy graves, pero hay defectos, y hasta crímenes, que se compensan con generosidad de espíritu. Cristo perdonó á la Magdalena porque, aunque pecó mucho, había también amado mucho, y al que mucho ama se le perdona mucho. ¿Pero esos sujetos de que hablábamos, han amado acaso mucho? ¿han amado á alguien que no sea ellos mismos? ¿es amor lo que como tal cantan? ¿no es más bien pura sensualidad, y por debajo puro egoismo? ¿soñaron jamás en la grandeza de su patria y en aportar á esta grandeza un hogar limpio y sano, aunque no les haya sido dado realizar su sueño? ¿fueron alguna vez real y hondamente sociales y civiles?

Carducci, en el discurso á sus electores habló de Lamartine. Cuando recuerdo la actuación política y social de este nobilísimo espíritu me explico por qué su dulce é insinuante poesía me cala mucho más dentro del alma que los resonantes y grandilocuentes versos de Víctor Hugo, que por estimarse superior á su patria, no la sirvió al modo de aquel. Comparad hombre con hombre, y podréis luego comprender mejor la diferencia que hay de poeta á poeta.

Y ahora, mi señor B. D. F., respecto al caso concreto de que al fin de su carta me habla, respecto á ese banquete que dice proyecta hacer se dé á ese árcade bohemizante que les ha caído como mensajero pánico de otro pueblo, sí, dénselo enhorabuena, coman y beban copiosamente en él, y de sobremesa entonen un coro báquico y afrodisiaco, acompañado de caramillo y rabel, pero esté bien prevenido para cuando el vate se vuelva á la tierra en que nació—no digo «su» tierra, porque suya es la tierra toda, ó al menos así lo cree él—que no dejará entonces de ponerles á ustedes todos en solfa y de exclamar entre bostezo y bostezo, tendido en una hamaca: «aquellos pobres muchachos...» y de esa su tierra de ustedes habrá que oir lo que diga el árcade de las tierras pánicas.

MALHUMORISMO

MÁS de una vez se me ha ocurrido pensar si eso que llamamos humorismo no estaría mucho mejor llamado malhumorismo, y los humoristas malhumoristas.

Gran trabajo se han dado los críticos, historiadores de la literatura y preceptistas para señalarnos las diferencias que hay entre lo cómico, lo irónico, lo satírico, lo sarcástico y lo humorístico.

Desde luego la ironía — «eironeia», como dicen algunos que seguramente no saben griego, tal vez para hacernos creer que lo saben — es algo genuinamente helénico y luego francés.

Famosa es la ironía socrática tal cual se nos revela en los diálogos de Platón, y hasta en las mismas tragedias griegas no faltan rasgos de ironía. Y hoy en día el más justamente celebrado ironista es Anatole France. Y esta ironía implica en el fondo aquel célebre apotegma francés: «tout comprendre, c'est tout pardonner», el comprenderlo todo es perdonarlo todo.

La ironía nace de un cerebro agudo, sutil y clarividente, regado por un corazón blando; es

de almas en las que el sensualismo ahoga la pasión. Brota y florece en pueblos de sentimientos moderados, en los que rige el «ne quid nimis». Refleja el triunfo del buen sentido sobre la pasión.

Y he aquí por qué nosotros los españoles difícilmente podemos alcanzar la ironía griega ó la francesa. Nos apasionamos en exceso, y pasión quita conocimiento. Para ser irónico, para manejar esa agridulce chunga, es menester no indignarse de verdad. Cuando uno se indigna de veras contra alguien ó contra algo, aunque quiera ser irónico, resulta sarcástico ó insultante. Y así nosotros cuando queremos burlarnos insultamos.

Un amigo mío, portugués, hombre sutilísimo y muy culto, explicándome una vez las razones de su admiración por el gran Camilo Castello Branco, el estupendo novelista portugués, y como lo prefería con mucho—lo mismo que á mí me pasa—á Eça de Queiroz, á pesar de la boga que éste ha alcanzado, me decía: Eça es falso, es artificioso, su ironía es una cosa rebuscada y de imitación, de moda ó de escuela, es algo que no le brota de las entrañas portuguesas, algo pegadizo, se ve la receta en ello, y en cambio el sarcasmo de Camilo es espontáneo, violento, pasional, y sobre todo profundamente portugués. Eça es cosmopolita, mejor dicho, es francés traducido al portugués; Camilo es nuestro, es vernácula, es portugués, acaso lo más íntimamente portugués

que hay en nuestra literatura. Camilo es incapaz de ironía; ó su cabeza está por debajo de ella, ó su corazón por encima.

A estas observaciones de mi amigo sólo tengo que añadir lo que en una de sus conversaciones conmigo me dijo una vez Guerra Junqueiro y es que Camilo es ibérico, no ya portugués, y acaso más español que no portugués. Camilo refleja no algo privativo del alma portuguesa, sino lo que ésta tiene de común con el alma española; refleja el alma ibérica. Y me habló del parentesco que hay entre Camilo y Quevedo.

El corazón de Camilo, en efecto, era demasiado tumultuoso y encendido para satisfacerse con la ironía. Camilo insulta. Y el que quiera ver todo lo trágico del sarcasmo camiliano no tiene sino leer entre líneas aquella especie de biografía de Laura, la cantada por el Petrarca, que escribió. Murió Laura y su cantor tuvo la insolencia de sobrevivirle treinta años. (Creo que son treinta, pues no tengo aquí el libro y no es cosa de ir á buscarlo sólo para esto). Lo cual quiere decir: si yo, Camilo, el portugués, hubiese escrito tales sonetos al morir Laura, me pego un tiro, y si nó es que no soy más que un farsante.

No quiero yo decir que no hayamos tenido en España ironistas y ahí está Valera, que lo era muy exquisito. Pero hay que tener en cuenta que el autor de «Pepita Jiménez» era un andaluz de los

finos y el tipo fino andaluz tiene no poco de helénico y su coba mucho de sutilísima ironía.

Ahí, en América, D. Ricardo Palma es el más exquisito cultivador de la ironía que yo conozco, y acaso se deba, como más de un crítico, y entre ellos José de la Riva Agüero, ha indicado, á que en el Perú, con el clima moderado é igual y la vida blanda, dulce y fácil, se ha formado un alma que no deja de tener sus analogías con el alma francesa y tal vez con el alma helénica.

Pero aunque puedan darse ironistas en España y se hayan dado de hecho, la ironía resulta aquí una planta exótica.

La ironía misma de Jacinto Benavente, tan justamente celebrada, es de un acre amargor que no tienen, en general, ni la helénica ni la francesa; es una ironía que llega con frecuencia, casi siempre, al sarcasmo y que en muchísimos casos es humor á la inglesa. La de Benavente no es sonrisa, sino un contraído gesto de dolor y de asco, que la disimula ó finge. Y por eso resulta tan español, tan profundamente español Benavente, uno de nuestros más castizos escritores.

Repito que los españoles somos poco capaces de esa blanda, suave é indulgente zumba del que todo lo perdona, porque todo lo comprende. Estamos más expuestos á condenarlo todo, no sé si por no comprender nada ó por comprender demasiado bien. Y el fondo de todo ello es que

no solemos estar bien avenidos con la vida. Somos, en el fondo, pesimistas.

Siempre he creído ver una íntima relación entre nuestros satíricos, moralizadores y graves, y nuestros místicos y escritores ascéticos, moralizadores también tanto ó más que contemplativos. Y no sin razón hay quien coloca á Quevedo entre los místicos. Mejor acaso sería colocarlo entre los ascéticos. Su libro sobre el gobierno de Dios y el régimen de Cristo lo patentiza. El grave y agrio D. Francisco tenía más de escritor ascético que de otra cosa. Su burla tiene siempre un agrio dejo de dómine.

Y he aquí por dónde nuestra sátira, nuestro sarcasmo, se parece más al «humour» inglés que no á la ironía francesa.

Y sin entrar á dilucidar qué sea el humor, conviene fijarse en el origen fisiológico de este vocablo. Sabido es lo que llamamos humores del cuerpo. Y el humor, en efecto, me parece que casi siempre es de origen no ya fisiológico, sino patológico. El humor suele ser un malhumor, engendrado tal vez por dispepsia. El humor suele ser hijo del spleen ó murria, y la murria proviene de que se hacen mal las digestiones ó de otro motivo análogo.

Lo cual, entiéndase bien, no es denigrar ni rebajar el humor y el humorismo, sino tal vez—y en mi opinión, seguramente—exaltarlo. Acaso

no puede apreciar el verdadero valor de la vida, sino un enfermo. El hombre sano vive en perpetua ilusión y en perpetuo engaño, olvidándose de que tendrá que morirse un día. Y el enfermo, en cambio, sobre todo cuando es aprensivo, tiene de continuo ante sí el «morir habemos», y á la luz de esta soberana sentencia ve el mundo tal como es y lo aprecia en su justo valor.

Leyendo hace pocos días en la magnífica obra que mi amigo el profesor Andrew D. White, presidente que fué de la Universidad de Cornell y Ministro de los Estados Unidos en Alemania y Rusia, dedicó á la guerra de la ciencia con la teología en la cristiandad («A History of the warfare of science with theology in Christendom»), obra que me propongo hacer traducir íntegra al español, me encontré con un párrafo en que, hablando de Carlyle, con la acritud de un yanqui contra aquel malhumorista, que tan despiadadamente trató á los yanquis, nos dice que se burló de Darwin «con la petulancia natural en un eunuco dispéptico». Y esta recia invectiva fué para mí, que antaño leí tanto á Carlyle, y hasta le traduje, un rayo de luz. ¡Un eunuco dispéptico!

Es evidente que Carlyle, prototipo de humoristas, fué un hombre amargado, gruñón, y es muy fácil que fuera dispéptico. Sólo que faltaría averiguar el origen de su dispepsia, y si lo era, si el mundo en que vivía fué el que le estropeó el

estómago. Y me parece, por otra parte, muy natural que viviera molestado por no tener hijos, fuese ó no capaz de hacerlos.

El mal humor de Carlyle es evidente y la morbosidad de su espíritu más evidente aún. Y repito que con esto, lejos de querer rebajarle, busco exaltarle. Y si acudimos á otro formidable malhumorista, al más amargo y más cáustico tal vez de los humoristas, á Swift, ¿quién no ve el mal humor y la morbosidad de este tétrico irlandés?

Hay que desengañarse, el hombre perfectamente sano—y gracias á Dios, no creo que pueda darse tal hombre—el hombre que sea una perfecta ecuación fisiológica, será un excelente gañán, pero también un burro de reata y un majadero de solemnidad. El agua químicamente pura es impotable y la sangre fisiológicamente pura no puede llevar al cerebro aquellos estimulantes, siempre de origen más ó menos tóxico, que nos hacen pensar algo más que para vivir.

Se dice que los artríticos suelen ser gente de aguda mentalidad y hay quien se ha puesto á dilucidar si es que se han hecho artríticos por ser vivos y despejados de inteligencia, ó si es la vivacidad y despejo de ésta lo que les trajo la artritis. Ambas cosas á la vez. El hombre inteligente y de corazón, el que no es un porro, se preocupa é inquieta más que el torpe, lleva peores ratos, sufre más insomnios, toma más disgus-

tos, y, naturalmente, se le vicia la sangre y da en artrítico, y la artritis á su vez le hace preocuparse.

Conocido es el aforismo aquel de que todo cardiópata viene á dar en neurópata. El corazón nos altera los nervios y los nervios nos alteran el corazón. Y es muy cómodo ir y decirle á un paciente que tenga que vivir en el mundo y del mundo y que sea sensible é inteligente que no se tome disgustos ni malos ratos. ¡Cómo si eso dependiera de nosotros! Puede evitarse acaso el que á un hombre inteligente y sensible le pongan de mal humor las desgracias ó las torpezas de su patria ó le irriten las tonterías ó las maldades de sus semejantes?

La sensibilidad y la inteligencia suelen ir de par; el tonto es casi insensible. Un majadero, por bueno que sea, no puede sentir la muerte de un hijo como la siente un hombre inteligente.

Guillermo James, en su tan conocido libro sobre las variedades de la experiencia religiosa, hace notar que con decir que Santa Teresa era histérica—y nos lo dice ella misma, que describe su enfermedad—nada se ha dicho contra su doctrina. Es como si para desvirtuar el descubrimiento de un químico se dijera que éste padece del hígado. Y voy más lejos, y es á suponer que acaso llegue día en que uno que tenga cualquier extraña enfermedad de la vista haga un descubrimiento astronómico ó biológico y precisamente

por tener la vista enferma y permitirle su enfermedad ver á través del telescopio ó del microscopio lo que á través de él no vieron los demás mortales de vista normal.

¿Vista normal? ¿Y qué es esto? ¿Qué es lo normal? Léase en uno de los humorísticos prólogos de Bernardo Shaw á sus feroces comedias unas atinadísimas consideraciones sobre esto de la vista normal.

Nadie, creo, sabe bien lo que es normal, y en último caso, lo normal resulta puramente teórico y abstracto. No hay, me parece, un hombre fisiológicamente normal. Todos estamos más ó menos enfermos, y los más de nosotros vivimos de nuestra enfermedad, cada cual de la suya. Y hasta nos jactamos de ella y nos envanecemos.

¿No ha observado acaso el lector cuánto gustan los hombres de hablar de sus propias dolencias y que les hablen de ellas? Si se hiciera una estadística de los asuntos de conversación, sobre todo entre gentes del pueblo, se vería que el tema de la salud y la enfermedad entra en una relevantísima proporción.

Y los esfuerzos que se hacen para curarnos de una enfermedad cualquiera no son sino esfuerzos para producirnos la contraria. Hasta la gimnasia no tiende, ni con mucho, á hacer hombres normales. Un atleta no es un hombre normal, y con frecuencia es un dispéptico. Y si se me dice que

la gimnasia pedagógica no tira á hacer atletas, diré que hasta esa gimnasia no normaliza ni mucho menos.

Y en cuanto á los deportes ó sports, ¿quién duda de que propenden á desnormalizarnos, sobre todo por lo que hace al cerebro, cuya función de pensar nos es hoy tan fisiológica como la función de respirar los pulmones? Y sobre el peligro que hay en los deportes, de que lleguen á producir una generación de brutos, voces elocuentísimas se han alzado en Inglaterra y los Estados Unidos, donde el deportismo llega á ser una verdadera enfermedad.

Es inútil querer librarnos de las enfermedades, y además de inútil es dañino. El problema estriba en acomodarnos á ellas de tal modo que no nos molesten sino lo preciso para que no nos durmamos en las pajas y que podamos vivir con ellas todo el tiempo preciso para sacar adelante á nuestros hijos y dar guerra á los enemigos de la vida ó de la verdad.

El progreso humano estriba en asimilarnos las enfermedades. El día en que nos asimilemos el microbio de la tuberculosis y logremos que viva en nuestra sangre sin peligro para nuestra vida—es decir, sin que acorte en nada la vida media—ese mismo microbio ó sus deyecciones tóxicas serán un estimulante para nuestra actividad mental.

El bueno de Lombroso escribió todo un libro

sobre el parentesco entre el genio y la locura, libro, sin duda, lleno de sofismas y sobre todo de peticiones de principio y donde se empieza por determinar, previamente al criterio dependiente de los resultados, que sea genio y que no, pero no cabe duda de que hay un fondo de verdad en su tesis. Todo hombre que no se limite á comer, beber, dormir, jugar y reproducirse, es un hombre enfermo. Y hasta en el jugar hay su parte de enfermedad.

Y acaso una de las buenas definiciones que del humorismo pueden darse es decir que es la visión del mundo á través de una enfermedad, no ya de un temperamento.

En un país húmedo y frío, donde han de producirse fácilmente el artritismo y la dispepsia, ha de haber malhumoristas, y los ha de haber donde las bruscas oscilaciones de temperatura y de presión traen de continuo al corazón en jaque.

Por lo que á mí personalmente hace, puedo asegurar á mis lectores que nunca tengo más ganas de ejercer mi facultad satírica ó humorística —y no digo ironista, porque la ironía se me escapa—que cuando estoy de mal humor ó se me exacerban las aprensiones por el estado de mi salud.

Ved, pues, cómo para justificarme forjo teorías. Es lo humano.

CONFIDENCIAS

CREO y espero que mi amigo y paisano el gran tenor Florencio Constantino me perdonará el que saque á plaza pública confidencias epistolares suyas. ¿Perdonarme? Él está acostumbrado á vivir del público y para el público, y aunque esto á las veces llegue á hastiarlo—lo comprendo—el hábito es, al fin dicen, una segunda naturaleza.

Estos hombres de teatro, por otra parte, son tal vez los que más sinceramente viven, porque á nadie engañan. Lo malo son los que viven en escena ocultándolo, queriéndolo ocultar ó sin saberlo. ¡Y son tantos!...

«La vida, comedia es», dice el conocido pasaje. ¡Y tan comedia! Por mi parte, creo que lo único que el hombre hace en serio es nacer. Luego de nacido empieza su comedia, y el último acto de ella, el de la muerte, suele ser uno de los más teatrales, uno de los menos sinceros. Cuantos han asistido á bien morir á agonizantes saben que el hombre propende á morir teatralmente si conserva razón. Muchos de los más grandes

maestros de espíritu nos advierten de ese peligro, y el P. Faber tiene un hermoso sermón sobre ese tema. Las frases sentenciosas con que tantos hombres que han llenado un papel en la historia terminan su carrera terrestre son frases estudiadas de antemano. El gladiador, al caer herido de muerte en la arena, busca una postura gallarda.

Y tan verdad es que lo único serio, lo único no teatral que se hace en la vida, es nacer, que así como la muerte ha sido llevada muchas veces á la escena y estamos hartos de ver á los grandes actores morirse de mentirijillas en las tablas, no sé que todavía se haya atrevido dramaturgo alguno á llevar el nacimiento á escena. Aunque alguien podrá suponer que esto se debe á muy otras razones que las que aquí apunto. Y acaso tenga razón. Mas, en todo caso, respetemos las opiniones ajenas.

Un actor, un cantante, un cómico, propende á hacer comedia de la vida ya que su vida es vivir de la comedia; pero á los demás, sobre todo á los que ejercemos alguna función pública, nos pasa lo mismo. Sólo que los demás lo hacen más hipócritamente.

Y ahora debo recordar al lector que ya lo sepa y enseñar al que lo ignore que la voz hipócrita significa en griego comediante ó actor. Pero si el hipócrita es un actor, no por eso el actor es un hipócrita. Todo lo contrario. Los cómicos

podrán pecar de todo lo que se quiera, pero de hipócritas no suelen pecar. Es muy rara entre ellos la forma más sutil y más frecuente de la hipocresía, su forma más enmascarada é hipócrita, la forma más hipócrita de la hipocresía, en fin: la falsa modestia. Los actores no suelen pecar de falsa modestia.

Y ahora vuelvo, es decir, voy á las confidencias de mi amigo y paisano Constantino. El cual en carta que desde esa ciudad de Buenos Aires me escribía en Mayo pasado me decía, entre otras cosas más, y contestando á observaciones mías, lo siguiente:

«Pasando á otra cosa, he leído un artículo de usted en el «Heraldo», contestando á una pregunta de Parmeno á propósito de sus obras, y de lo que ellas le producían: como también de que abundan más los críticos que los compradores. Quizá sea un defecto en mí el ser franco, pero ampliando su concepto de que el buen vino se vende en la barrica, le diré que si Rostand y D'Annunzio no se bombeasen quizá no fueran ni conocidos, sobre todo este último, que es de los que se visten de máscara para llamar la atención.

»A propósito de esto he discutido al principio de mi carrera con Grandmontagne. Él me decía: «lo que hace falta es cantar bien!», y seguí sus consejos, y ¿sabe usted lo que me pasó? que me atrasé en cinco años. Ahora ya sé el «valor» que

tienen las cosas en este mundo y los méritos de la crítica y de muchas reputaciones.»

Y sigue así manifestándome luego que empieza á sentir comezón de dejar el teatro y verse lejos de todo lo que sea vanidad de vanidades para poder decir de la crítica y del público lo que le parece. A todos los que representamos un papel, en uno ú otro escenario, nos sucede á menudo que creemos sentir ganas de dejarlo, pero esto es como cuando uno siente ganas de morir y aun llama á la muerte. Y aquí de la fábula.

Pues, bueno; por lo que hace á esta confidencia de mi buen amigo el gran tenor, empezaré por decir que lo que yo dije es, no precisamente que abunden más los críticos que los compradores, sino que los críticos son más que los lectores. Y por lo que á mí respecta, no me cabe duda de ello. Seguramente que todos ó casi todos los que me lean me juzgarán, y ¡Dios le libre á uno de lectores que no le juzguen!, y muchos de ellos expresarán su juicio, pero tengo experiencia de que muchos de los que me juzgan como escritor y publicista jamás me han leído. A lo sumo han oído frases ó conceptos que se me atribuyen.

Hay muchos, muchísimos, que no leen á un autor más que para poder hablar de él, sobre todo si el autor se pone en moda. ¡Dios te libre, querido lector, de que te pongan nunca en moda!

Se va á oir á un orador famoso no para enterarse de lo que diga, sino para poder contar luego que se le oyó y se le vió. Sobre todo, que se le vió. Su traje, su gesto, sus peculiaridades más externas, tienen acaso más importancia que lo que dice.

«¡Habráse visto petulante!» — me decía un día un amigo hablándome de un afamado orador, — pues no pretende que prestemos atención á lo que dice y que lo recordemos luego? ¿No es un orador? Pues si es un orador ¿á qué vienen esas pretensiones?»

No quise preguntarle qué entiende por un orador; pero, es claro, dado lo que de ordinario se entiende por un orador, es ciertamente insoportable petulancia la de que el tal pretenda que se fije nadie en lo que va á decir.

Y por lo que hace á eso de que el buen vino en la barrica se vende, ó el buen paño en el arca, sólo diré una vez más — pues, como casi todas mis cosas, la he dicho ya antes — que acaso sea eso verdad, pero es contando con el tiempo, y entretanto el vinatero ó el pañero se mueren de hambre. Y si el sacerdote vive del altar, según el apóstol, nada tiene de indecoroso que el artista viva de su arte.

Hay un librito de Stapfer, profesor que fué en Burdeos, titulado «Des réputations litteraires», que es uno de los libros más llenos de íntimas confidencias, y, por lo tanto, de amargas y tristes

verdades, que conozco. Y no son confidencias propias de él, de Stapfer; lo son de muchos otros.

¿Por qué al escritor, al artista, al actor, no ha de serle permitido, sin censura pública, lo que se encuentra naturalísimo en un industrial cualquiera? Pues sencillamente porque los escritores y los artistas se han empeñado en hacer de su función algo más sublime, más puro y, por decirlo así, más divino que la industria. ¡Y esto sí que es petulancia!

Y no es que yo quiera «rebajar» la poesía, la pintura, la música al nivel de la fontanería, de la carpintería ó de la farmacia, no; es que quiero elevar éstas al nivel de aquéllas. Es que creo que la industria es también arte, y bella arte. Se ha dicho que todo notario lleva en sí un poeta. Y acaso la verdad es que la notaría es poesía también, y si no lo comprendemos así es por nuestra torpeza. Pienso escribir de largo sobre la poesía de la burocracia. Pero ¡pienso también tantas cosas!

Hay pañeros ricos que esperan años y años á que se vaya á comprar su paño en el arca, pero yo os digo—esta fórmula de «yo os digo» sabido es que anuncia una paradoja—yo os digo, digo, que esa es una manera de hacerse el artículo, es una forma de «réclame». «Es un hombre—me decían una vez de cierto escritor—que no busca como otros el bombo, ni aún que lo conozcan; se cuida poco del juicio ajeno; espera tranquilo

su hora; produce su obra y la deja que madure». Y el tal escritor es uno de aquellos en quienes más se ve el deseo de imponerse desde luego á la atención pública.

Rostand y D'Annunzio pasan hoy por dos de los más grandes «reclamistas» literarios. Y los que los defienden dicen con mucha razón que lo que nos debe importar es si sus obras tienen ó no valor, sea cual fuere su modo de presentarlas al público. Por mi parte no me encuentro en disposición de juzgar esto.

De Rostand no conozco sino fragmentos de su »Cyrano» que he oído recitar en la traducción española, y de D'Annunzio una novela que empecé á leer en una traducción también, solo que francesa, que se publicaba en la «Revue des Deux Mondes» y no la acabé, y alguna que otra poesía en el original italiano. Me dicen personas de crédito en la materia que su lengua, su italiano, y su estilo son una maravilla de arte, pero nada de esto me ha movido á leerle. Y no es sólo que me hastíe su exhibicionismo, no. Es que el género de elogios que sus admiradores le dirigen es lo que me deja indiferente y apático á su respecto.

Apenas recuerdo haber dejado de leer á escritor alguno por las censuras que se le hayan dirigido. Es más, me han movido á leer á más de uno los ataques de que ha sido objeto y el

fingido desdén con que se le ha tratado. Y en cambio son legión los escritores á quienes no leo por culpa de sus admiradores. ¿Qué persona de juicio que conozca aquí, en España, y esto lo extiendo á Francia, á los nietzschenianos va á moverse á leer á Nietzsche?

Tengo por norma no leer á un autor hasta que no haya pasado de moda. Cuando ya se empieza á olvidarle es cuando me gusta trabar conocimiento con él. Y estoy enteramente seguro de que si me hubiese engolfado en la lectura de Ibsen cuando apenas había quien de él no hablase aquí no habría encontrado en su lectura las sugestiones que en ella encuentro ahora en que ya Ibsen está libre del polvo con que velaba su figura el estrépito de sus voceadores.

Me gusta leer á los que aun no están en moda ó á los que ya dejaron de estarlo. Y he aquí porque la profesión de la crítica, como tal profesión, me repugna. Porque la crítica no suele ser de ordinario, sino el comentario de la moda. Sobre todo la crítica de teatro.

¡Oh, la crítica de teatro! Aquí sí que comprendo el vanidad de vanidades de Salomón y de Constantino. Un crítico de teatro es ante todo un crítico de modas, y no debería permitirse ejercer el sagrado ministerio de la crítica teatral á quien no fuese examinado previamente de sastrería y de artes afines.

Hubo en España en un tiempo un hombre famoso, que aunque de San Sebastián, recojió todo el espíritu madrileño de su época. Este hombre fué Peña y Goñi. Hacía crítica de ópera, de corridas de toros y de partidos de pelota. ¿Qué común denominador tienen estas tres nobles manifestaciones de la actividad humana? me preguntaréis. Pues el de que las tres son espectáculos. Y como tales espectáculos las criticaba Peña y Goñi.

Celebrábase una vez en Bilbao un famoso partido de pelota y como al acabarse sacaran al Chiquito de Eibar en hombros sus admiradores, es decir, aquellos á quienes les dió á ganar unos cuantos duros con las apuestas, un espectador del interior de España, uno que no era del país, exclamó casi escandalizado: «¡Qué barbaridad! ¡ni que fuera Lagartijo!» Se refería al gran torero. Y este espectador si no estaba en lo cierto, es porque no había penetrado en el espectáculo.

Y los que hacen revistas de ópera, de toros ó de pelota son los más capacitados también para escribir revistas de las sesiones parlamentarias del Congreso. Porque estas sesiones son ante todo y sobre todo espectáculos.

¿Y de nuestra vida, qué está haciendo la prensa sino un espectáculo? Es la prensa la que engendra esa insana curiosidad pública á la busca siempre de espectaculosidades y de fútiles informaciones, ó es el público el que exige eso de la

prensa? Yo creo que se corrompen mutuamente, como decía Rousseau de los ricos y los sabios.

Esa horrenda manía de publicidad nos gana á todos, amigo Constantino, y hasta á los que no tienen que vivir de ella. Porque el que usted que vive de presentarse al público y cantarle se haga retratar en todos los trajes y papeles está bien, ¿pero y el joven matrimonio ese? ¿y ese grupo de muchachos que celebraron con una comida el que uno de ellos se licenciara en farmacia? ¿y aquel á quien le tocó el premio mayor de la lotería? Y esto último es ya un colmo. Comprendo que se haga retratar el dueño de la administración de loterías en que se vendió el billete que salió luego premiado, pero el afortunado comprador no! Es ya demasiado. Debe bastarle con haber sacado el premio. Pero no le basta. Una vez con el provecho, busca además la gloria. Así es, ¡ay! el corazón humano.

Yo no le recomendaría á ningún autor novel que ponga su retrato al frente de un libro que publique. Se expone á que no lo lean así que vean la cara que tiene. ¿Para qué necesitan saber más de él? Ahora bien; podría ocurrir, y aun acaso ocurra en más de un caso, que lo que el autor busca en realidad no es dar á conocer su obra, sino su retrato, y que aquella no es sino un pretexto para colocarnos éste. Sé de un joven novelista que escribe novelas para señoritas y

publica su retrato al frente de sus libros. Me parece muy bien. Es un excelente medio de buscarse una novia. Lo hace, sin duda, para ver si alguna prendada de su fisonomía le sugiere el que se dirija á ella en solicitud de su mano y su dote.

Hay en casi todos los pueblos cultos y en muchos que no lo son aunque lo parezcan la al parecer piadosa costumbre de que las familias participen con una esquela á sus amigos, conocidos y hasta desconocidos la defunción de cualquiera de los miembros de ella. Esto se extiende hasta á los niños de corta edad. «El niño Pepito Pérez, de ocho meses de edad, subió ayer al cielo; lo que etc.» Esto está muy bien; no es sino una escena de la comedia de la muerte. Y una de las más teatrales. Porque para teatral y cómico no hay nada como una esquela de defunción. Y del cómico más exquisito, que es el cómico fúnebre.

Pero con lo que yo no puedo transigir, contra lo que me creo en el deber de protestar con todas mis fuerzas, es contra esa incipiente costumbre, que espero en Dios no prosperará, de anunciar también mediante una esquela el nacimiento de un nuevo vástago, de uno que no ha hecho todavía sino nacer. ¡No, no y mil veces no! Eso no es sino empañar la augusta y santa solemnidad del único acto serio que llevamos á cabo en nuestra vida, de lo único que hacemos sin afectación ni

hipocresía alguna que es nacer. Porque tengo que repetirlo una vez más; lo único que hacemos todos en serio es nacer. Y esto se debe acaso á que, como decía un tan profundo como injustamente desdeñado pensador, en realidad no nacemos sino que nos nacen. Mas sea lo que quiera de esta profunda distinción, lo que queda fuera de distinciones es que el nacimiento es lo único que hay de serio en la vida de los hombres todos. No empañemos, pues, su augusta seriedad con esquelitas espectaculosas. «Sancta sancte!»

Vean ustedes á donde me ha venido á traer el comentario más ó menos errático, del párrafo de la carta de Constantino. Pero confío y espero en que se le permitirán tan trascendentales y profundos comentarios á un escritor tan serio como yo. Hay quien asegura que no me ha visto reir nunca. Y yo desde luego aseguro que jamás me he visto reir, porque cuando me río no me miro nunca al espejo. Tengo miedo de conocerme.

Una cuestión. ¿Cómo representarían los cómicos y actores si mientras representan se estuviesen viendo reflejados en un espejo?

¡Y sin embargo, cuántas veces no representa uno para sí mismo

LA SIMA DEL SECRETO

HABÍA en el centro de aquel reino un bosque vasto y espeso. Crecían en él lozanísimos toda clase de árboles de verdura perenne. No amarilleaban por otoño, ni tenían que volver á vestirse de tierno verdor por primavera. El sol no entraba á calentar el césped de su suelo; tan espesa era la fronda. Y serpenteaban dentro de él varios arroyos. No le molestaban fieras. Sencillas sendas, trazadas por los pies de los caminantes, casi siempre á la vera de los arroyos y siguiendo el curso de éstos, llevaban á un descampado que en el centro del bosque había.

Nadie recordaba que en el descampado aquel hubiese llovido nunca, y era tradición antiquísima, general y constante la de que, en efecto, nunca llovió en aquel claro del bosque. Aun en los días de tormenta, que eran muy pocos, parecía como si se hiciera un hueco en los nubarrones para que aquel misterioso descampado no se mojara con agua del cielo. Y en el descampado aquel estaba la sima.

La sima era un agujero rocoso, una boca de piedras, de donde partía un senderillo de bajada muy rápida, pero cómoda. El senderillo se iba metiendo en la cueva, hasta que á eso de unos doscientos pasos torcía en recodo, detrás de una roca saliente, y se perdía en el fondo.

Nadie sabía ni podía saber lo que después del recodo, en el fondo de la sima, hubiese. Ninguno de los que lo habían franqueado había vuelto jamás, ni dado señal alguna por la que se barruntase algo de su suerte. Por allí habían entrado niños, mozos, hombres fornidos; mujeres, ancianos, locos y cuerdos, tristes y alegres, y nadie había dado nunca muestra de lo que hubiese. En cuanto franqueaban el recodo no volvía á saberse de ellos; ni ruído de caída, ni un grito, ni un quejido, ni un suspiro siquiera. Les tragaba un silencio entero y lleno.

Pero este silencio de la sima no era si no cuando ella recibía á sus devotos. En ciertos días, más en otoño que en otra estación del año, y á ciertas horas, á la caída de la tarde, salía del fondo de la sima una música misteriosa envuelta en un vaho de un aroma embriagador y extramundano. Oíase como el canto lejano, lejanísimo, de una numerosa procesión, un canto arrastrado, melancólico y quejumbroso de una muchedumbre. Pero la lejana y musical quejumbre, era de una melancolía dulcísima y aquie-

tadora. Oyéndola es como se metían en el fondo de la sima muchos de los tantos y tantos que de contínuo vagaban por la boca de la cueva.

Se habían hecho toda clase de pruebas y de ensayos. Había entrado alguno sujeto por una fuerte cuerda para poder tirar de ella á una señal, y siempre que se intentó esto hubo que retirar la cuerda, suelta ya, sin que precediera señal alguna. Una vez se le ciñó á uno la cintura con un cincho forjado y sujeto por una cadena forjada también, y hubo que retirar cincho y cadena sin el hombre á quien sujetaban. ¿Cómo había podido escabullirse de ellos? Otra vez entró otro llevando á cuestas el cadáver de un amigo—se quería saber si la sima admitía muertos.—El cadáver apareció por la mañana en el senderillo, delante del recodo, pero del viviente que lo llevara no volvió á saberse, como era de regla, nada. Y no cupo duda ya de que la sima no admitía sino vivos.

Otro ensayo se propuso y se llevó varias veces á cabo, cual fué el de hacer entrar en la sima á los animales. Y estos salían al poco rato, pero salían como despavoridos ó aturdidos y no volvían á cobrar voz en su vida. Salían mudos. Animal que volviese de la sima no ladraba, ó maullaba, ó balaba, ó mugía ó rugía ó cacareaba en el resto de su vida. Y no se observó que entrase ni rana, ni ratón, ni lagartija, ni mosca, ni mosquito.

Se hizo también más de una vez la prueba de acercarse varios cojidos de las manos. Y unas veces al acercarse el primero y trasponer el recodo se desprendía de su compañero, por fuerte que éste le tuviese prendido, perdiéndose silenciosamente en el fondo, ó se perdía en él la cadena toda de hombres.

Habíanse perdido en el fondo misterioso y musical de la sima toda clase de personas. Ya un padre de familia atraído por el misterio aquel. Y luego sus hijos se asomaban al recodo á llamarle: ¡padre! ¡padre! y se perdían tras él. Más lo que tenía alarmado al rey y al reino todo, era la frecuencia con que se dejaban tragar por la sima parejas de jóvenes enamorados y de recién casados. Aquel era uno de los favoritos viajes de novios; un viaje sin vuelta. Y á pesar de la prolificidad del reino aquel, donde era raro el matrimonio que tuviese menos de diez hijos, esta continua pérdida de jóvenes parejas inquietaba á los gobernantes.

Un sagrado respeto había vedado á los reyes todos de aquel reino el prohibir el acceso á la sima. Y hasta hubo un rey que se perdió en ella, después de lo cual ninguno otro volvió á acercársele. Pero el encanto fatídico llegó á ser tal, que al fin se resolvió una vez poner á la boca de la sima centinelas que por la fuerza de armas impidiesen su entrada. Pero acababan siempre

por entrar los centinelas mismos, por rendirse la guardia, y tras ella todos aquellos que habían estado contenidos.

Era no poco extraño lo que pasaba con los suicidas. Parece lo natural que en aquel reino no los hubiese, pues los que sintieran tedio ó aborrecimiento de la vida habrían de meterse en el fondo de la sima en vez de matarse. Y sin embargo, no era así. Los suicidios abundaban en aquel reino de la sima misteriosa, y los más de ellos se cometían á la boca misma de la cueva. Y se observó que eran de aquellos que habiendo intentado perderse en ella se volvían á los pocos pasos, antes de llegar al fatídico recodo. Una vez un pobre hombre que sufría una dolorosísima dolencia crónica y á cuyos dolores no podía resistir, se suicidó dejando escrito que si no se metió, senderillo adentro, en la sima, era por temor de que allí dentro le continuasen los dolores sin poder ya quitarse la vida, por temor de una pena inmortal.

El gobierno aprovechó la sima para sus condenados á muerte. En vez de ejecutarlos se les obligaba á entrar en la cueva, lo cual hacían ellos, claro está, con el mayor gusto. No todos, sin embargo. Los hubo, que presa de un sagrado temblor, se negaron á entrar, y eso que á la boca, un piquete de arqueros les amenazaba con asaetarlos si no entraban. Y más de una vez

hubo que retirar del fondo de la boca, de junto al recodo, el cadáver de algún condenado que prefirió la muerte al sumimiento aquel.

Una vez llegó de un país distante y vago, de una lejana tierra de la que sólo la existencia se conocía, un anciano ciego y mendigo, acompañado de un jovencito lazarillo. El viejo no hablaba si no su lengua, una lengua completa y absolutamente ininteligible para los del reino éste. Cuando hablaba con su lazarillo, por breves que fuesen sus palabras, no podían adivinar de qué le hablaba. El lazarillo chapurreaba algo la lengua del país. El viejo ciego cantaba algunas veces y su canto tenía una remota semejanza con el canto lejano y misterioso que se oía salir, en los atardeceres de otoño y envuelto en vaho de aromas embriagadores, del fondo de la sima. Era un canto como el canto aquel con que acompañaba su trabajo Lázaro, el hermano de Marta y María, en su segunda vida, después que el Cristo lo resucitó de la tumba. Y todos se paraban á oir al pobre ciego y todos oyéndole se sentían movidos á ir al bosque, penetrar al descampado y perderse en la sima.

Y sucedió que el viejo y ciego mendigo encaminó sus pasos, con el lazarillo, al bosque y de allí al descampado y á la cueva y atravesando una apiñada muchedumbre penetró, guiado por su lazarillo, senderillo adelante y entró en la

sima cantando. Y el mozo que le guiaba no volvió, pero él, el ciego, volvió á salir—el único desde hacía siglos! Todos se apelotonaron á verle. Volvía ciego como entró. Y nadie entendió una palabra de cuanto decía, y ni por el tono, ni por el gesto, ni por el aire se pudo traslucir cosa alguna. Se perdió en la espesura del bosque y no se volvió á saber de él. Pero su vuelta de la sima, vuelta única, selló al pueblo aquel con una impresión imperecedera.

Y en aquel reino toda la vida, absolutamente toda, pendía del secreto de la sima. Todo su arte, su ciencia, su literatura, su gobierno, giraba en torno de ella. Y no es que la gente no se muriese como en otras partes, ¡no! La mayoría de los habitantes moríase como en otros reinos se muere, de las mismas dolencias y del mismo modo.

Había siempre en los alrededores de la boca de la sima una muchedumbre de gentes fascinadas que se pasaban las horas, los días, los meses y los años, algunos la vida entera, contemplando el recodo. Y cuando salía del fondo, aquelcanto melancólico y pastoso de coro lejano, aquella muchedumbre se apiñaba á embriagarse con la música extraña y con el aroma, no menos extraño, que la envolvía. Los más de aquellos desgraciados no se atrevían á entrar, y moríanse miserablemente, en los alrededores de la boca

de la cueva, anhelando su fondo. Las próximas espesuras del bosque estaban llenas de chozas y tiendas donde se albergaban aquellos infelices fascinados. Y cuando alguno de ellos se decidía por fin á entrar, mirábanle los demás con terror y con envidia. Y siempre, siempre, siempre, á pesar del continuo desengaño, le decían al despedirle: «manda á decirnos que hay dentro; contéstanos cuando te llamemos». Y jamás contestó nadie de los que entraron.

Había en el reino muchísimas personas, las más de ellas seguramente, que nunca se habían acercado á la sima y ni aun al bosque que la protegía, pero éstos no estaban menos que los otros bajo la fascinación del secreto de la cueva. Algunos, no pocos, hasta se indignaban de que se hablase de tal cosa, pero eran tal vez los que más pensaban en ella. Y no faltaban tampoco, aunque se les pudiese contar con los dedos, los que negaban que tal sima existiese siquiera.

En aquel reino toda filosofía, toda ciencia, todo arte, toda literatura, estaba, como dijimos, penetrada del secreto de la sima y estaba más penetrada de él toda filosofía, toda ciencia, todo arte, toda literatura, que se proponia expresamente ignorar el secreto. Cuando menos se hablaba de él estaba más presente á las imaginaciones de los que así lo callaban.

Había—¿y cómo no?—entre los pensadores

de aquel reino multitud de hipótesis y teorías sobre lo que pudiera contener la sima. Alguien había propuesto penetrar en ella por otro camino, abriéndolo por ingeniería, pero nunca se pudo encontrar obrero que se atreviera á dar el primer picazo. Recordábase que un rey quiso una vez cerrar la boca de la cueva tapiándola, y cuando pusieron mano á la obra, ó entraron en la sima abandonando el trabajo ó murieron muy pronto. Y por la mañana encontrábase siempre deshecha la obra del día anterior. Y así es como hubo que renunciar á ello.

Entre los pueblos comarcanos á éste de la sima, el secreto de ésta era un motivo de burla mezclada de terror. Cuantos extranjeros habían acudido á este reino á explorar el secreto, ó no lo habían explorado siquiera ó no habían vuelto á su patria á contar lo que vieron por haberse dejado ganar del extraño encanto perdiéndose en la sima, ó habían vuelto sin haber podido entrar siquiera en el bosque. Extranjero que entraba en el bosque y llegaba al descampado aquel donde no llovía nunca, se metía infaliblemente en el fondo de la sima. No hubo excepción á ello.

De los extranjeros que no lograban entrar ni aun en el bosque—tal repulsión les causaba—y averiguaban sus noticias todas por lo que oían contar á quienes tampoco entraron en él nunca,

los unos fingían tomarlo á burla, los otros se encogían de hombros, y otros, en fin, daban una explicación simbólica de todo ello.

Pero estas explicaciones, las simbólicas y alegóricas, eran las más desacreditadas entre los que sabían algo del bosque siquiera. No se trataba de un símbolo no, sino de una realidad muy real.

No se trata de un símbolo, no, ni de una alegoría; no se trata de un pensamiento abstracto, de una reflexión sociológica, revestida de una forma concreta y alegórica. No.

*
* *

Ayer, ocho de este mes de Setiembre, de este mes tan dulce entre mis montañas vascas, fuí bordeando el castillo de Butrón por las orillas del río de este mismo nombre, y ví luego al mar tenderse agradable entre las peñas, con que se cierra la playa de Gorliz. Y volví luego á este Bilbao, á este mi Bilbao, y me acosté en el cuarto mismo de mis mocedades. Y tardé en dormirme, dando vueltas y más vueltas en la cama, y preparando en ella lo que he de decir pasado mañana en el homenaje al malogrado escultor bilbaino Nemesio Mogrovejo, muerto en la flor de su edad.

Entre las obras de Mogrovejo hay un relieve

que representa el suplicio del conde Ugolino, tal como en la Divina Comedia nos lo cuenta escultóricamente el Dante. Y anoche me dormí, después de no pocas vueltas, pensando en la Divina Comedia.

A eso de media noche me despertó una gran tronada con fuerte aguacero. Y, al despertar me encontré con el relato este del secreto de la sima. Y me encontré con él sin precedentes, sin explicación, sin símbolo, con todas sus íntimas contradicciones. Y todo él, entero, con sus detalles todos. Encendí la luz y me puse á escribirlo, á escribirlo al dictado.

Al dictado, ¿de quién? No lo sé. ¿De dónde me ha venido este relato? No lo sé tampoco. Lo único que sé es que no es un símbolo, no es una alegoría, no es lo que es. A mí me lo contó alguien, no sé quién, y yo os lo cuento como alguien á mí me lo ha contado.

AL SR. A. Z., AUTOR DE UN LIBRO

No sé como empezar, señor mío, y hasta vacilo al tomar ahora la pluma en la mano sobre si esto no debería ser más bien que un escrito dirigido al público, una carta particular y privada á usted. Pero sucede que los que vivimos de la pluma acabamos por perder la clara noción de lo que debe separar á un escrito público de uno privado, y propendemos, por otra parte, á creer que todos ó casi todos los que leen escriben también. El literato casi nunca escribe sino para literatos. Obra como si se imaginara que al público en general pueden importarle ahora las cosas del oficio.

Por lo que á mí hace, señor mío, suelo poner cierto empeño en interesar en mis escritos á todo género de personas y dirigirme á todas ellas, dentro siempre de sus conocimientos y mis facultades. Y como entre mis lectores ha de haber muchos escritores, creo habrá de serme permitido el dirigirme alguna vez á ellos en especial.

Y después de este preámbulo, bastante vulgar, y no sé si ocioso, aquí me tiene usted una

vez más sin saber bien cómo empezar esto. Lo mejor será entrar desde luego en el corazón del asunto que me propongo tratar.

Figúrese usted un niño que pone todo su conato, todo su esfuerzo, en mover un carro. Echado el cuerpo, pone en tensión sus músculos todos, está á punto de reventar del esfuerzo y no logra mover el carro. Y llega luego un hombre forzudo y sencillamente, sin esforzarse apenas, con la mayor naturalidad y tal vez casi como jugando, mueve el artefacto. El niño puede estimar infantilmente, pero con toda sinceridad, que esto es una especie de injusticia del destino. ¿Por qué aquel hombre ha de poder hacer casi sin esfuerzo alguno lo que él no consigue con su empeño y empuje todo?

Este razonamiento sólo puede ocurrírsele á un niño, dirá usted sin duda, señor mío. Pero todos tenemos, tal vez gracias á Dios, algo de niños. Fíjese si no en que muchos discurren de una manera análoga.

Usted habrá oído, de seguro, á compañeros en letras quejarse más de una vez de las injusticias de la fama y del éxito y de la torpeza de públicos y de críticos; les habrá oído lamentarse del desvío de que son víctimas, del olvido en que se les tiene, cuando obtienen aplausos tantos otros que jamás pusieron tanto empeño como ellos en su labor.

Una de las cosas más difíciles, tal vez la más difícil, es la de verse desde fuera, la de poder ser crítico de sí mismo.

Usted, señor mío, ha escrito y publicado un libro y usted sabe mejor que nadie las angustias, los anhelos, los esfuerzos, los entusiasmos que le ha costado y todo lo que de sí mismo ha querido usted poner en él y acaso lo ha puesto. Pero lo que usted ya no sabe es el efecto que eso puede causar en nosotros, sus lectores, y si todo ello no nos puede parecer insignificante, ó siquiera no más que discreto.

En general debe hacerse poco caso de los que se nos presentan como incomprendidos ó inactuales, los más de los cuales suelen acabar por caer en la monomanía persecutoria. Créense víctimas de la conspiración del silencio.

Y esta enfermedad, tan común entre escritores y literatos en todas partes, he podido observar que alcanza una mayor extensión é intensidad en esa América española. ¿A qué puede deberse esto?

En primer lugar abundan ahí los que van para Icaros, y esto no me parece mal. Abundan ahí los que desde el principio tratan de asombrarnos con una cosa estupenda, recónditamente exquisita, rara, extraordinaria, con cierta afectación de genialidad, en fin. Y esto es una herencia del espíritu español; es lo que con frase ma-

ravillosamente adecuada y casi intraducible llamó Carducci «i contorcimenti dell'affannosa grandiositá spagnola», las contorsiones de la afanosa grandiosidad española. A los españoles, y por lo tanto á los hispano-americanos, y aun á éstos más que á nosotros, se nos conoce el esfuerzo cada vez que pretendemos hacer algo grande, algo con qué espantar al mundo como dijo el portugués.

Usted tiene, señor mío, ahí, cerca de sí, en su derredor, no pocos de esos Icaros que vuelan con las contorsiones de la afanosa grandiosidad española. Unas veces se dice: «ahora váis á ver lo que es un hombre escribiendo el más castizo castellano clásico, con dejo de siglo XVII» y traza páginas que alguna vez llegan, en efecto, á maravilloso dechado y casi calco, pero siempre entre contorsiones de afán; otras veces quiere meter la ciencia—pero la ciencia especializada, la ciencia técnica, no la ciencia hecha filosofía—en el arte de la versificación, y escribe versos mechados de términos técnicos científicos; otra vez se propone innovar en la rima y tenemos otras contorsiones. Y todo esto con un ingenio de positivo valor, de indudable grande inteligencia, con un ingenio que á las veces, cuando menos se esfuerza, cuando se deja llevar de sí, acierta. Porque sería una injusticia negar talento, y grande talento, á Lugones. Pero su esponta-

neidad se ahoga en las contorsiones de la afanosa grandiosidad española. Grandiosidad que se disfraza alguna vez de rebusca de sencillez, hasta de estudiado prosaismo.

Usted se ha criado además, señor mío, según me tiene dicho, en una apartada y remota ciudad de provincia, donde en un ambiente meteórico tropical se desarrolla un ambiente de espíritu tropical también. Usted se ha criado en un ambiente de adulación y de hipérbole.

Si usted viniese por acá le enseñaría una colección de revistas de jóvenes—de esas revistas que pasan como nube de verano de pequeñas ciudades de esas repúblicas tropicales ó subtropicales. Hay que leer los elogios que se dirigen los unos á los otros y las dedicatorias de las poesías que mutuamente se dedican esos jóvenes. Casi todos son «maestros», delicados orfebres, caballeros del ideal, exquisitos cinceladores de la rima; éste domina el matiz; aquél la emoción rara, el otro el misterio. Y casi todos son ó nietzschenianos ó anarquistas, ó turrieburnistas, ó aristos, ó inactuales; casi todos son incomprendidos. Y casi todos odian al vulgo profano, al filisteo, al burgués. Alguno hay á quien le da por el pueblo y se declara arrogantemente plebeyo, tal vez socialista, «gueux», desarrapado, pero esto es una nueva postura, un snobismo más.

Todo esto, es natural, sucede en todas partes y no puede menos de suceder; pero créamelo usted, en pocas partes, si es que en alguna, con tanta intensidad y en tal extensión como en esas ciudades tropicales y subtropicales.

Después de leer dos ó tres libros de esos en que se sacan las cosas de quicio por afanosa grandiosidad ó por afectación de exquisitismo, vuelve uno con deleite á alguno de aquellos candorosos libros escritos hace treinta ó cuarenta años, cuando privaba cierta modesta razonabilidad burguesa. Podrán pecar de ñoños, de poco intensos, pero al fin son discretos. Y no pocas veces suelen ser delicados. Y sobre todo cuando se tiene fiebre, sabe á gloria un vaso de agua pura, cristalina y fresca. A reserva de que luego, después de haber remitido la fiebre, se prefiera al vaso de agua un vaso de buen vino generoso. (Yo no: prefiero siempre el agua).

Una tarde me puse á leerle á un amigo poesías de las más desquiciadas y abracadabrantes que pude encontrar entre las muchas del género que se producen en Sud-América.

Le hice oir todo un rosario de rimas superexquisitas, trepidantes, anarquizantes, perversizantes, versallescas, disolventes, etc., etc. Y cuando tenía ya mi amigo sus nervios de punta, cojí un tomo de poesías de Rafael Obligado y empecé á leerle aquellas cosas apacibles, discre-

tas, sosegadas, caseras, en que á ratos se percibe como un eco de Vicente Wenceslao Querol, uno de los poetas españoles de la generación pasada de quien más gusto. Mi amigo respiró y yo con él. Parecía que salíamos de una pavorosa caverna, húmeda y fría, á un verde vallecito, tibio por los rayos de un sol naciente.

Sí, es verdad, á Obligado, como á nuestro Querol, como á otros de análoga contextura espiritual, podrá faltarles grandeza y poderosa originalidad; caen alguna vez en desmayo de prosaísmo, pero son siempre leales y sinceros y nunca emprenden sino aquello que pueden llevar á cabo. No es la poesía de semejantes poetas poesía de las más excelsas y penetrantes, pero es algo dulce y grato, tierno y reconfortante, es algo que nos recrea y refresca el ánimo en horas de tedio.

En cada época hay una moda literaria dominante, una escuela, y sucede que aquéllos que la siguen y cultivan se creen más originales que aquéllos otros atenidos á antiguas modas ó escuelas. En realidad no son si no más «modernos», en el sentido etimológico de esta palabra, es decir, más de moda. El secuaz del modernismo hace unos pocos años despreciaba á los poetas de tercera ó cuarta fila de hace treinta ó cuarenta años, á los que entonces siguieron la moda de su tiempo, y él á su vez empieza á ser

olvidado ya. Dentro de pocos años todas esas cómodas audacias, ya de factura, ya de contenido, todas esas supuestas exquisiteces de orfebre ó todas esas fáciles arrogancias de sobrehombre contrahecho parecerán tan ridículas y vanas como nos parecen las posturas de los secuaces del romanticismo de hace setenta años, cuando estos secuaces carecieron de verdadera personalidad.

Podrá decirme, señor mío, que todo esto que le estoy exponiendo es ya de clavo pasado y consideraciones de una evidente vulgaridad. No se lo niego, pero observo que lo que distingue á sus congéneres y afines de usted es precisamente el olvidarse de estas nociones más obvias y corrientes, es, en una palabra, la obliteración del buen sentido. Y cabe conservar buen sentido, esto es, sentido crítico, hasta en las mayores audacias de pensamiento y de forma.

Víctor Hugo fué un poeta de poderosísima imaginación y de un portentoso poder de metáfora. Su pensamiento, ó lo que podríamos llamar, abusando de la palabra, su filosofía era bastante vulgar; cuando quiere meterse en honduras rara vez logra sino ensartar los más molidos lugares comunes del progresismo nuevo. Lo cual no quita nada á su grandeza como poeta y visionario. Pero á cambio de un pensamiento hondo y penetrante no le faltaba de ordinario una cierta buena dosis de buen sentido burgués.

Cuando desvariaba, lo hacía muy á menudo á sabiendas, por producir escándalo, «pour épater le bourgeois». Y las obras así producidas no es posible que perduren.

Traigo este recuerdo de Víctor Hugo á propósito de haber visto representar el otro día uno de sus dramas más descabellados «El rey se divierte», de donde se sacó la ópera «Rigoletto» Al escribir este drama parece que Víctor Hugo se dejó á un lado el buen sentido, y así resulta que hoy, cuando no es sino un recuerdo histórico la fiebre romántica, el tal drama nos hace reir más bien que llorar, ó nos produce un sentimiento de repulsión. Aquella escena final en que Triboulet insulta al que se imagina cadáver del rey Francisco I dentro de un saco y es el cadáver de la propia hija del bufón, es una escena para unos puramente repugnante y para otros puramente ridícula. El público todo que asistió á la representación de que hablo salió de ella disgustado. Y ese drama fué en su tiempo un éxito y esa escena produjo un efecto enorme. Así es como pasan los desvaríos y osadías de moda cuando el buen sentido no los enfrena.

Pero el buen sentido, señor mío, ya se lo tengo indicado, se anega en un ambiente de hipérbole y de adulación, porque el buen sentido es ante todo, se lo repito, sentido crítico, y nada está más reñido con este sentido que la hipérbo-

le. En esas revistas á que más arriba me refería no se descubre por parte alguna sentido crítico; la noción de la medida, de la perspectiva, de la proporción, parece que no existe en los que las redactan.

Usted, por ejemplo, ha hecho un libro y seguro estoy de que por haberlo escrito, le pondrán en los cuernos de la luna y otros le arrastrarán á los pies de los cochinos: unos—los del cotarro y la cofradía—le proclamarán á usted genio y otros—los del otro cotarro—le diputarán por loco é imbécil. Y usted, señor mío, ni es genio ni es imbécil, y en su libro muestra á ratos buen sentido y á ratos una absoluta falta de él. Es la obra de usted, como tantas otras—sobre todo de las que por ahí se escriben—una extraña mezcla de vislumbres felices, de retórica nueva y de puerilidades. Me produjo el efecto de algo incompleto, inacabado, abortado tal vez. ¿En qué consiste esto?

Ahí, en su tierra misma, tiene usted un poeta—no el que nombré antes—que es un curioso caso de esos individuos anómalos é incompletos. En poesías llenas de chabacanadas, de prosaísmos horrendos, de frases arrastradas y de muletillas que no responden sino á la necesidad de colocar un consonante, se encuentra uno de pronto con arranques viriles, con apóstrofes robustos, con sentencias llenas de intensidad emo-

tiva y de poesía, y de ese hombre, de quien pueden citarse pasajes maravillosos, no puede decirse que sea un gran poeta.

Otras veces es la desproporción entre el concepto poético primordial y el modo de desarrollarlo. Y á este propósito recuerdo haber leído un cierto soneto, del nombre de cuyo autor me he olvidado, en que la idea poética era maravillosa y la ejecución lamentable. Tratábase de la redención del mundo por la crucifixión de Lucifer, ó de Satanás, por la pasión y muerte del Espíritu del mal, pero esta idea demoniacamente grande, de una magnificencia luciferina estaba pobrísimamente desarrollada.

Esta falta de proporción entre el esfuerzo y el resultado, entre la concepción y la ejecución, entre el fondo y la forma, todo es una de las características de esa literatura icariana. Parece que andan ustedes cambiando de continuo de norte, sin acabar nunca de orientarse. Les falta una sólida educación clásica en el sentido más amplio y más profundo del clasicismo. ¿No estará esto relacionado también con la escasez y pobreza de ciertas inquietudes fundamentales del espíritu humano? El clasicismo y la religiosidad—no digo la religión tal ó cual—tienen raíces comunes. Más de esto, hablaremos otro día.

EN DEFENSA DE LA HARAGANERÍA

En mi última estancia en Portugal á las horas de mayor calor del día, cuando la indolencia me ganaba el cuerpo y el alma, me entretenía en leer lentamente á lord Byron, echado yo encima de la cama. De cuando en cuando dejaba el libro para... ¿pensar? ¡no! para fantasear nubes.

A ratos me decidía á asomarme al balcón para contemplar un momento el mar indolentemente tendido en la playa. Y el canturreo del océano, mezclado á los ecos de lord Byron, que tanto le quiso, me ayudaba á seguir fantaseando cosas sin contorno ni sustancia. Era en mi espíritu una situación poética, esto es, creadora, la que engendra la indolencia. Porque el poeta es ante todo un haragán, un indolente, y lo digo en loor del poeta.

¿Es que voy á hacer el elogio de la haraganería, yo que paso por ser un hombre trabajador y activo? Sí, voy á hacer, en parte, al me-

nos, elogio de la haraganería: voy á deciros que el haragán es uno de los hombres más activos.

En la escena primera del acto segundo de «Sardanápalo» hace decir á Beleses lord Byron esto: «la indolencia («sloth») es la más caprichosa de las cosas todas, y recorre más leguas en sus intentos que los generales en sus marchas cuando tratan de burlar al enemigo.»

¿Qué no se le ocurre en efecto al indolente para matar el tiempo? ¿Qué no se le ocurre á uno para cambiar de postura?

Hay quien ha dicho que nada es tan inspirador como la cárcel, y que en ella, en la cárcel, se han escrito algunas de las obras más intensas, entre ellas el «Quijote». Y la indolencia, ¿no es acaso una cárcel en que se encuentra presa el alma?

Hay actividades que engañan mucho y que en el fondo no son sino una forma de indolencia, de pereza. Sucede con esto como con la manía de viajar, y es que proviene más que de amor á los lugares, de «topofilia» ó «filotopia», de odio á ellos, de «topofobia». Muchos de los que dan en viajar mucho, lo hacen huyendo de cada lugar; es que no pueden parar en ninguno. No es que les atraiga el punto á donde van, es que les repele aquel de donde salen.

Fijaos en la erudición y decidme si en muchos casos no es sino una forma de pereza men-

tal, de haraganería, un modo de «distraer» el espíritu de cuidados y preocupaciones inquietadores. Hace unos años estuve dedicado unos meses á un trabajo de lingüística que me exigía emplear tres ó cuatro horas al día en rebuscar voces en antiguos documentos de los principios de nuestro romance castellano y los fines del latín vulgar..

Me leí buena porción de fueros, privilegios, escrituras, etc., sin enterarme de su contenido. Llegué á adquirir tal destreza en la pesca ó caza —más bien pesca—de vocablos, que lo hacía casi dormido. Y dormido se pueden acumular citas.

Pero hay formas de intensísima actividad que pueden ejercerse en la más aparente haraganería.

Después de todo, la civilización se debe á los vagos, á los desocupados. La civilización empezó cuando sujetando un hombre á otro á la esclavitud le obligó á trabajar para los dos, y libre él de tener que esforzarse por su parte para ganar el pan, pudo mirar á las estrellas y preguntarse:

¿Por qué darán así vueltas? ¿Por qué saldrán ahora por aquí y mañana por allá?

Dice un amigo mío que si los hombres trabajadores sienten tanta aversión hacia los vagos, es porque éstos les fiscalizan, porque se quedan

á ver como trabajan y si trabajan. «Ve usted ese confitero—me decía—pues bien, el tal confitero contra nadie siente peor voluntad que contra aquel paseante, aquel vago, que por matar el tiempo se detiene todos los días un rato ante el escaparate de su confitería. Porque los demás pasan de largo ante él ó sólo le lanzan una ojeada, que es lo que el confitero desea, pero este, el vago, se estaciona delante y dice á otro que se acerque: ¿ve usted esos pasteles? pues hace ya ocho días que están los mismos; señal de que vende poco, y buenos estarán para quien se los encaje...»

En mi pueblo, en Bilbao, hay un cierto culto á la actividad, al trabajo, y, sin embargo, hay muchos vagos—como es natural que los haya en pueblo tan trabajador—pero esos vagos, para hacer creer que trabajan, van siempre muy de prisa por la calle. Cuando veáis uno que va por la calle á todo vapor, atropellando á aquellos con quienes cruza, podéis asegurar que es un vago. Quiere hacer creer que está muy atareado.

Dije que es natural haya muchos vagos en pueblo muy trabajador, y como esto puede parecer paradoja á los mentecatos, voy á explicarlo. (No sin hacer constar antes, una vez más, entre paréntesis, que es, en efecto, á los mentecatos á los que no les cae nunca de la boca el mote ese de parodoja.

En pueblo donde se trabaja mucho suele estar el trabajo mal repartido y en donde hay más que trabajan mucho para que otros huelguen. Suponed un pueblo en que haya mil hombres aptos para el trabajo y en edad de ello y que todos trabajen unas cuatro horas al día por término medio; rendirán cuatro mil horas de trabajo al día. Y en ese pueblo se trabajará menos que en otros que teniendo igual población útil para el trabajo, de mil hombres, rinde el doble que aquél, ó sea ocho mil horas de trabajo diarias, pues se trabajará la mitad. Pero estas ocho mil horas las rinden ochocientos hombres á diez horas cada uno, y los doscientos restantes huelgan.

Me parece haber observado, en efecto, que en los pueblos menos trabajadores, es decir más pobres—no más pobres por menos trabajadores sino por más pobres—hay más gente que trabaje aunque en conjunto trabajen menos, mientras que en los pueblos más laboriosos la mayor labor la llevan entre unos cuantos y los demás se aprovechan de ella.

Y así resulta que si en esos pueblos laboriosos surgen ciertas formas elevadas de cultura, en arte, en ciencia, en letras, no es precisamente porque sean más laboriosos, sino porque en ellos hay más desocupados, más vagos. Un cierto número de vagos es necesario para el desa-

rrollo de una elevada cultura. Los zánganos son la aristocracia de la colmena. Y en los hormigueros son las hormigas neutras, las eternas tías, las que trabajan; las otras, las sexuadas, tienen alas y no trabajan.

Es decir, como trabajar si trabajan, porque ellas perpetúan el hormiguero.

El trabajo es una cosa muy santa y muy buena, pero... Pero una vez se lamentaba amargamente delante mí un padre de lo que sus hijos habían salido. «Después de mis sacrificios por ellos...» decía. Y sus sacrificios habían consistido en amasar una fortuna desatendiendo á sus propios hijos. Se pasaba en el escritorio horas que debió haber pasado con ellos. Creía que su obligación paterna se cifraba en dejar una fortuna á sus hijos. Es decir, ni aún creía eso, porque si empleaba su tiempo en fraguar una fortuna es porque no sabía en qué emplearlo de otro modo; el trabajo era una distracción para él.

Y es que muchos censuran á los que no se proponen un fin en la vida y ellos á su vez tampoco se proponen fin alguno, sino que trabajan por trabajar, por no aburrirse. En cierta ocasión, en un corrillo de que formaba yo parte, se censuraba á un cierto sujeto y uno de los circunstantes hubo de salir en su defensa diciendo: «lo que no puede negarse, después de todo, es que es un hombre muy laborioso; siempre está estu-

diando...» Y replicó otro al punto: «Claro, no tiene otra cosa que hacer...» Y hay un fondo de verdad en esto.

Siempre me ha indignado, como á muchos otros, la famosa fábula de la cigarra y la hormiga. El egoísmo y la inhumanidad de ésta son bien manifiestos. Porque el caso es, y yo lo tengo bien averiguado, que mientras trabajaba se estaba recreando con el canto de aquélla.

Yo no sé quién ha dicho que las más grandes proezas de valor son hijas del miedo, y si no lo ha dicho nadie antes, lo digo yo ahora, y es lo mismo. Y de la misma manera cabe decir que los más fecundos esfuerzos del espíritu humano son hijos de la pereza, de la haraganería. El hombre trabaja para evitarse trabajo, trabaja para no trabajar. Son increíbles los trabajos á que el hombre se somete por no trabajar.

Y después de todo, ¿quién sabe lo que es y lo que no es trabajar?

. . . . . .

El lector puede seguir por su cuenta haciendo toda clase de variaciones sobre este tema una vez puesto á tono. Yo no he pretendido más que sugerirle una línea de reflexiones que creo utilísimas en países que se convierten en colmenas y los hombres en abejas, que no van sino á almacenar oro zumbando sobre las flores que lo producen. En países tales, más tarde ó más tem-

prano aparece el zángano, como aparece la cigarra junto á los hormigueros, y se propende á despreciarlo injustamente.

El zángano es toda clase de aventurero, toda especie de vagabundo corporal ó espiritual: el atorrante, el filósofo, el poeta, el inventor y el político. Sobre todo el político. Y á ellos, no os quepa duda, á los atorrantes, á los filósofos, á los poetas, á los inventores, á los políticos—sobre todo á los políticos—se debe la civilización. Más que á los llamados trabajadores ó laboriosos por excelencia.

La civilización procede más de las maneras de consumir y de sus cambios, que no de las maneras de producir y de los suyos. Para que un pueblo se civilice y crezca en cultura, importa más que aprenda á consumir que no á producir. Tengo yo un amigo cultísimo, de refinados gustos, delicado y sutil, que se pasa la vida viajando, leyendo, oyendo música, visitando museos, etcétera, y cuando alguien al echarle en cara su aparente inutilidad productiva le increpa diciéndole: «Y usted ¿qué produce?» contesta imperturbable: ¿Yo? Yo no produzco, consumo.» Y cuando le preguntan si no escribe contesta: «No, yo no escribo, yo admiro á los que escriben bien; mi oficio es el de admirador, ó si se quiere, de lector». Y este hombre ha puesto en actividad á otros y ha orientado á más de uno. Sus

conversaciones son un encanto y un excitante. Yo, por lo menos, le debo mucho.

¿Qué era Sócrates más que un haragán? No hay memoria ni de una sola obra de escultura que haya dejado, siendo como era escultor. Y si no escribió nada, tengo para mí que fué por haraganería, por no tomarse la molestia de cojer el cálamo. El tiempo que podía haber empleado en escribir le empleaba en callejear á la busca de algún jovencito con quien charlar de todo lo divino y lo humano. Si viviera en nuestros días, lo veríais siempre en algún café de cháchara con otros haraganes como él. Y ¡cuántos Sócrates no se mueren sin que sepamos de su enorme labor por falta de un Platón ó un Jenofonte que nos la conserve por escrito!

Un escritor que ha hecho dinero con piececitas de género chico, rosarios de chistes más ó menos chistosos, decía una vez que un pobre bohemio que murió en la miseria: «era un haragán,» y los más de los chistes que le dieron á aquél su fama y su dinero, se los había oído á éste, al pródigo, al haragán. Como esto hay mucho.

En todas partes, pero sobre todo donde la fiebre del negocio hace estragos, hay que aprender á respetar á los haraganes. Lo son para que otros puedan darse el gusto de trabajar.

REPUTACIONES HECHAS

TENGA usted paciencia; joven—le dije—tenga usted paciencia. No se ganó Zamora en una hora. Los demás hemos pasado también por esas impaciencias.

—¿Y entonces?—me preguntó.

—Entonces—le contesté—decía yo las mismas cosas que usted dice ahora. Y acá, para entre nosotros, las sigo diciendo.

—¿Lo ve usted?—exclamó.

—Sí, tiene usted razón, joven, la lucha es aquí triste, muy triste. Lo es la lucha por el garbanzo, lo es mucho más la lucha por el renombre y el prestigio. Se llega siempre tarde, cuando se está ya cansado y rendido.

—Este es el país de los derechos pasivos... —me interrumpió.

—Así es—añadí.—Se entra en carrera tarde, muy tarde, y cuando ya uno está hecho una carraca vieja, cuando si es escritor vive del autoplagio, de repetir lo que ya había dicho, es

cuando más público tiene. Lo he dicho ya alguna vez...

—Seguramente que lo habrá usted dicho—acotó sonriéndose con malicia.

Y ya que le calé la intención, agregué:

—En efecto, joven, yo soy de los que más se repiten, de los más machacones, de los menos variados, de los menos revoloteadores. ¡Qué le vamos á hacer! Pues bien, alguna vez he dicho que todo lo que escribo y leyéndolo después me parece indigno de la publicidad, lo voy guardando en una carpeta donde he rotulado: «para después de cumplir los sesenta». Porque entonces, si así sigo, será cuando tenga más público.

—¿Y no es esto terrible?...

—Sí que lo es, joven. Aquí parece como si á los escritores les pasara lo que le pasa al vino y es que mejoran con el tiempo. El público es lento, muy lento en recibir, y no menos lento en soltar lo que una vez hubiese recibido.

—Pero ¿y si yo buscase mi nombre fuera?—me insinuó.

—¿Fuera?—le dije—¿fuera? pero dónde alma de Dios ¿dónde? Dónde, fuera de aquí, de esta tierra en que usted nació y vive, ¿dónde espera usted llegar antes que aquí á lo que se propone? No se forje usted ilusiones. El nombre de un escritor no rebasa fuera de su patria sino después que la ha llenado. Lo que hay es que

como son tan pocos los que leen es muy poco lo que hay que llenar.

—Pero...

—No hay pero que valga. A los jóvenes no se les conoce por ahí fuera. No haga usted caso alguno de los que le digan lo contrario. Sí, ya sé que otros jóvenes de allá, de esas otras tierras ultramarinas en que se habla nuestra lengua, les escribirán á ustedes hablándoles de que por allá se les celebra y colmándoles de elogios disparatados con unos epítetos crepitantes. Se comunican ustedes de cotarro á cotarro, de cenáculo á cenáculo, cambian de revistas, pero el público, el gran público, el que dá la fama y el dinero, ese no se entera de nada de eso. Aquí y allí, pero allí más aun que aquí, ese gran público no admite sino reputaciones hechas, nombres consagrados. Aquí tiene usted una carta de un amigo mío, literato, que acaba de regresar de la Argentina. Vea usted lo que en ella me dice.

Y le leí parte de dicha carta en que mi amigo me confirma lo que yo ya sospechaba y aun sabía y es que ahí apenas conocen á España, á la España de hoy, ni los criollos ni los españoles. «Sólo entienden de las glorias sancionadas —escribe mi amigo—Benlliure, Sorolla, Benavente, Blasco, Galdós: la España reciente y de valer, la ignoran. Hay que ir hecho porque ellos no saben hacer, así como necesitan que se les

envíe hecha la industria, los sombreros, los cafés y los tranvías.» Le leí este párrafo que no es mío, sino de mi amigo el literato que excursionó por ahí, y le leí otro párrafo de la misma carta que acaba así: «es un país admirativo que quiere que lo aturdan con cosas hechas y ya gloriosas.»

El joven, al oirme todo esto, lo mío y lo de la carta de mi amigo, quiso protestar, pero yo le atajé diciéndole:

—No, no proteste usted. Todo esto es natural, naturalísimo; sucede allí y sucede aquí también, aunque, como le decía, tal vez en distinto grado. El público en todas partes necesita que le den las reputaciones hechas, porque él no tiene tiempo para hacerlas. Su recelo hacia todo lo nuevo podrá ser más ó menos lamentable, pero está justificadísimo. ¡Le han engañado tantas veces...! Todo esto obedece á una ley de economía. Y menos mal en los países de espíritu admirativo. Es tal vez mejor que un pueblo tenga instinto admirativo que no el que lo tenga iconoclástico.

—Pero no cree usted...—empezó á decirme el joven.

Y yo, que le adiviné el pensamiento, le dije:

—En efecto, sí. Porque sé lo que va usted á decirme, joven. En efecto, los pueblos, lo mismo que los individuos que llamamos admirativos

es que en el fondo no admiran á nadie, ó mejor dicho se admiran á sí mismos. Hay casi siempre en el fondo de sus admiraciones un cierto sedimento de maliciosa socarronería, algo de escepticismo. Hay que temer á la admiración.

—¿Pero es que usted no quiere ser admirado?—se atrevió á decirme entre cínico y burlón.

—No, yo lo que quiero es ser discutido y aun negado. Aquí, en España, á nadie debo más que á quienes más me han combatido y negado y hasta á los que han tratado de ponerme en ridículo. En quienes más he influído, se lo digo con mi característica petulancia, es en quienes se me han enfrentado. Le tengo terror, verdadero terror á la consagración literaria.

—Bueno—me interrumpió—dejémonos de estas amenas divagaciones, y dígame usted, yo, en mi caso, ¿qué hago?

—Ya se lo he dicho, tener paciencia.

—Es que no puedo esperar...

—Entonces desesperarse.

—¿Y qué logro con eso?

—Oh—le dije entonces con una cierta gravedad, que debió de parecerle cómica—la desesperación puede llegar á ser un amargo consuelo. Lea usted al propósito unas líneas llenas de triste sabiduría del «Marco Aurelio» de Renán. Y le invito á que las lea porque como acaso tomará usted á paradoja esto del consuelo en el

desconsuelo, quiero que vea usted que no voy en tan mala compañía, pues que voy en la de Renán, en quien la sabiduría era aún mayor que la ciencia, con ser esta en él tan sólida.

—¿Y qué voy á hacer desesperándome?

—Pues... embestir, agredir, insultar, más ó menos insidiosamente, maltratar al público.

—¿Y se consigue así algo?

—Se consigue por de pronto el desahogo, y tal vez se consigue algo más.

—Dirán que soy un despechado...

—Y que lo digan, ¿qué? ¿Si lo es usted realmente qué debe importarle que lo digan?

—Es que el despecho...

—Es una pasión como otra cualquiera. Y las pasiones son buenas ó malas según el fin para que se las utiliza.

—Vamos, D. Miguel, ¿á que me sale usted ahora haciendo la apología del despecho?

—Nadie debe rendirse sin luchar, y hay que luchar á la desesperada, con uñas y dientes. Si ha de sucumbir usted por lo menos que usted no caiga sin que su adversario se lleve algún arañazo ó algún mordisco. Todo menos entregar el cuello borreguilmente. Y lo mismo que con otro adversario cualquiera, con el público. Si ha de hundirse usted en el olvido, si ve usted que no se le hace caso, que no se aprecian sus esfuerzos, que no se enteran siquiera de cuanto

usted hace por instruirle, sugerirle, divertirle y emocionarle por lo menos antes de sucumbir procure usted hincarle las uñas ó los dientes donde más le duela.

—Se reirán de mí...

—Harán como que se ríen, lo cual es otra cosa.

—Pero si no se entera de lo que hago para ganármelo, ¿cómo quiere usted que vaya á enterarse de lo que haga para vengarme de su desvío?

—El público es femenino, joven. Las multitudes, aunque compuestas de varones son hembras. Esto lo habrá usted oído ó leído más de una vez.

—Pero esa conducta que usted me sugiere es egoista...

—Todo lo contrario; es del más elevado altruismo. Es en obsequio á los demás que no debemos sucumbir sin lucha, aunque veamos nuestra causa perdida. Ya sabe usted lo de Ihering: no hay derecho á renunciar al derecho. Si nos dejamos vencer y atropellar pacientemente, los vencedores y atropelladores cobrarán bríos para ensañarse en nuevas víctimas. Esos arañazos y esos mordiscos le harán á su adversario más cauto para con otros.

—Pero, y yo... yo...

—Esa es la de todos, amigo, esa es la mía:

¡yo, yo! Y esa es también la del público. También el público dice: ¡yo, yo!

—¿Pero es que es yo alguno el público?

—Sí, las muchedumbres tienen, según dicen, personalidad.

—¡Pues no debían tenerla!—exclamó exaltado y ya casi fuera de sí mi joven interlocutor.

—Entonces—le dije con calma—si la muchedumbre, si el público no tuviera personalidad, nosotros, los que escribimos para él, fíjese usted bien, «para él», estábamos perdidos. Porque tiene personalidad, tiene memoria. Y si no la tuviese dirigirse á él sería como grabar, no en la roca, sino en el agua. Porque la muchedumbre es líquida y no sólida.

—Pero si yo no quiero sino que me oiga un momento, un breve momento, que me consagre unos instantes, que se pare un poco á escucharme y luego que me juzgue y que me condene, si así le place.

—Pues no pide usted poco, mozo — exclamé. —¿Y no se le ha ocurrido pensar si no será que todos los que escribimos para el público pensando en la fama, todos, absolutamente todos, sin excepción alguna, no somos sino unos pedantes presuntuosos? ¿Con qué derecho pretendemos hacer pensar al prójimo?

. . . . . .

Mi joven interlocutor se fué sin que redon-

deáramos nuestra conversación. O dicho sin artificio, tuve ayer que suspender este artículo al llegar á los puntos suspensivos y hoy no me encuentro con ánimo de reanudar su tono. El que quiera escribir escritos vivos y no muertos, tiene que escribirlos al día. Lo cual no quiere decir que no puedan así hacerse duraderos, pues que, precisamente son obras de ocasión y de momento las que más perduran entre los hombres. Y si no fuese por no asustar á aquellos de mis lectores á quienes les dé por el preciosismo esteticista diría aquí que el arte no se propone sino la eternización de la momentaneidad. Ya lo he dicho.

Ayer tuve que suspender el diálogo con mi joven interlocutor, el que lucha por el renombre y la fama, y también, aunque le cueste confesarlo, por el puchero, y tuve que suspenderlo cuando iba á hablar él. Y acaso es lástima. Porque, ¡qué de cosas no nos habría dicho contra los viejos y la senatocrocia, contra las reputaciones hechas, contra la ceguera de los públicos frente á los astros que se levantan. ¡Qué no nos hubiera declamado sobre los derechos de la juventud!

Pero todo esto podemos leerlo en cualquiera de esas efímeras revistas de jóvenes que duran hasta que se van colocando—ó casando—los que las fundaron.

Sí, es verdad, el oficio de joven es muy poco

socorrido en nuestros países tradicionalistas y conservadores. Que lo son hasta cuando de más progresivos y más progresistas alardean. Nuestro progresismo es un progresismo conservador. Vivimos, en general de cosas hechas, de ideas hechas, de reputaciones hechas, de valores entendidos. ¡Pobre mozo que tiene que abrirse camino, sobre todo si es el camino de la gloria y quiere abrírselo con la pluma, el pincel ó el cincel!

Le queda un consuelo, y es repetir con Gounod aquello de que la posteridad es una superposición de minorías. Por regla general los que en un momento dado gozan del favor de la mayoría del público, los escritores favoritos de una edad, pasan pronto: la generación subsiguiente los olvida. Y en cambio hay quienes son queridos, y gustados por una permanente minoría, por un grupo de escojidos que se suceden de generación en generación. A los unos se les erige un vasto y endeble templo, uno de esos edificios pasajeros como los de las exposiciones: á los otros una sólida capillita que desafía á los años.

¡Vaya un consuelo!—dirá alguno de esos jóvenes ambiciosos de gloria, si es que lee esto. Y yo le diré: Sí, tienes razón, mozo, pobre es el consuelo; ya sé que no oirás los aplausos que se te prodiguen después que hayas muerto, pero qué le vamos á hacer!... La cosa es triste.

La cosa es triste joven, pero es así. El público en todas partes anda escaso de espíritu de curiosidad, y en nuestros países más aun. Nuestro público, el público de lengua castellana, es muy poco curioso. Las obras de nuestros jóvenes se empolvan en los almacenes de las librerías. Y cuando el pobre muchacho toca á la meta, cuando llega al triunfo, cuando se le corona, está cansado, y lo que es peor, está amargado.

¿De dónde créeis que proviene esta amargura que se advierte en el fondo de casi todos nuestros escritores, este tono íntimo de desesperanza, sin frescura regocijante, que caracteriza á nuestras letras españolas contemporáneas? Pues esto proviene de lo tardío de los triunfos. Cuando el pobre luchador se sienta á la mesa del festín de la gloria—¡y qué gloria tan pobre y tan pasajera!—lleva estragado el estómago por los ayunos. Tuvo acaso que mascar virutas para engañar al hambre. Rumió el pasto amargo de sus desilusiones.

Los escritores, los literatos, somos sin duda petulantes y vanidosos, pero si se pudiera medir el sufrimiento de un pobre mozo que sueña con la gloria...

¡Y luego ese horrible sentimiento de la dignidad propia que nos prescribe no hacernos el reclamo á nosotros mismos! Cada día leo diatribas contra D'Annunzio ó contra Rostand, por la

manera cómo se hacen el reclamo y se preparan los éxitos. Pero es que no son hipócritas, no se arrastran, no buscan su fama por caminos tortuosos y oscuros, sino que muestran á la luz del día sus entrañas. Peores son los otros.

Y basta ya de estas dolorosas reflexiones. Vivimos en la calle y vivimos de la última novedad; eso que llaman «información» y eso otro que llaman la «actualidad» son el pasto de nuestros públicos distraídos. Quiere nuestro público que se le de noticias y no que se le de pedazos del alma. El alma estorba: la visión de un alma palpitante de ambición, de desengaño de tristeza, de desdén, es un espectáculo tan desagradable como la visión de unas entrañas de carne palpitantes de vida moribunda.

Perdona, lector, perdónamelo. Perdóname, aunque no me atreva á prometerte el no reincidir en el pecado. Perdona el que con evidente impertinencia me meta en estas líneas. ¿Qué te importo yo? Tú quieres que cuente cosas y acaso tengas razón. Acaso, digo, y este acaso es, como lo comprenderás, no más que una concesión retórica.

Vivimos muy de prisa, te espera tu negocio, tal vez me estás leyendo camino de la oficina; te espera la novia; no quiero molestarte más. Vete, vete á tus cosas y yo me vuelvo á mí, me vuelvo á este loco anhelar, un anhelo sin claridad ni

término, me vuelvo á cultivar todo eso que me hace antipático á tantos. No te molesto más; no quiero que lloren estas líneas. Quiero ocultar á tus ojos el mendigo, el terrible mendigo desdeñoso que llevamos dentro todos los literatos. ¿Ocultártelo? No, que tú, si eres avizor, lo has columbrado ya; no, no ha podido escaparse á tus ojos, has visto que hay muchas maneras de pedir limosna, y que no toda limosna es limosna de dinero.

Ahora te pido limosna para los otros. Piedad, por Dios, lector, piedad para los que empiezan No le des todo á las reputaciones hechas. Mira que hay mendigos millonarios. No alimentes la avaricia de los ricos. Y ten curiosidad siquiera.

EL PEDESTAL

TENGO á la vista uno de los libros para mí más excitantes, uno de aquellos que más reflexiones y comentarios me sujieren. Es el título «Moral para intelectuales», colección de las conferencias que en 1908 dió el doctor Carlos Vaz Ferreira en la sección de enseñanzas secundarias de la universidad de Montevideo. No es un libro escrito, sino hablado, y esto constituye para mí su mayor encanto. Se siente en él hablar al hombre.

Y este hombre, Vaz Ferreira, me está resultando un hombre singular. Constituye desde hace algún tiempo una de mis preocupaciones. Lo encuentro que disuena de su ambiente. Y su labor es hoy la labor acaso más intensamente desinteresada que conozco por esos pagos. Él, Rodó y Zorrilla de San Martín constituyen una terna que honraría á cualquier país culto.

Y vamos al libro de que os hablo, y que es una mina para comentarios.

En la primera de sus conferencias nos cuenta

Vaz Ferreira lo que ocurre con los jóvenes sudamericanos que vuelven á su patria después de haber seguido estudios en Europa. «En el medio europeo—dice—nuestros estudiantes se distinguen ó desempeñan siempre, por lo menos, un papel honorable, y no me refiero solamente á los dotados de una capacidad intelectual extraordinaria, no: lo verdaderamente digno de atención es que aun muchos de los que entre nosotros son mediocres, son distinguidos allá.» Pero, ¿qué sucede luego? «Vuelven esos estudiantes con su carrera hecha. Se les ve «chispear», diremos, algún tiempo; después «se apagan». Algo por el estilo nos sucede aquí, en España. Las pensiones para estudiar en el extranjero no dan todo el fruto que de ellas se esperaba.

Vaz Ferreira explica lo que quiere decir con eso de que se apagan. Profesionalmente podrán ser distinguidísimos, buenos médicos, buenos abogados, buenos químicos, pero nada más que profesionalmente. No realizan descubrimiento alguno original; no propulsan la ciencia. «El médico seguirá siendo un médico distinguidísimo tal vez; pero no será más que médico profesional; sólo por excepción, por inmensa, por rarísima excepción, procurará hacer observaciones, ver algo por su cuenta, descubrir algún tratamiento que en Europa intentó con menos cultura, con menos conocimientos».

no siguen nada

El profesor de Montevideo trata de estudiar las causas de este hecho social y las encuentra análogas á las que aquí, en España, obran en igual sentido. Primero, la falta de estímulo. Ahí, como aquí, «la producción de una obra original, la publicación de un trabajo que represente esfuerzo, dedicación, que se sea el resultado de la profundización de un asunto, no agita más nuestro medio que una manifestación cualquiera de cultura puramente trivial, un trabajo sin originalidad alguna ó un simple resumen de ideas extranjeras. En realidad, lo que hay aquí para el productor intelectual, para el que con más ó menos celo emprende el trabajo personal, no es siquiera hostilidad—digo «siquiera», porque la hostilidad puede ser todavía una forma de estímulo y á veces no de las más ineficaces; hay, simplemente, la indiferencia absoluta. Un libro cae en este país como una piedra en el agua: un minuto después se ha hundido; toda huella se borra.»

No cabe decirlo mejor. Y sospecho que las propias obras de Vaz Ferreira son un ejemplo de ello; que habla por experiencia propia. Su queja es la queja de todos los investigadores en nuestros países, y advierto aquí á los maliciosos que yo, por mí, no puedo quejarme, porque á Dios gracias, he encontrado alguna hostilidad y ésta ha sido uno de mis más eficaces estímulos.

Pasa á decirnos Vaz Ferreira como faltan en su país medios de trabajo, libros, útiles, etc. Los laboratorios son de orden pedagógico, de museo, poco apropiados para la investigación personal. Y faltan también tiempo y concentración. El profesor, el catedrático, se dispersa en una multiplicidad de actividades como aquí sucede. Tiene que tomar la cátedra como un incidente de su vida. Aquí, en España, ocurre lo propio. Y hasta se da el caso de que la cátedra, sea un escalón para entrar en la vida política, ó si el catedrático es abogado, para hacerse un bufete.

«Debido á estas condiciones—agrega Vaz Ferreira—falta entre el productor y el medio esa «ósmosis» contínua que asegura la madurez y la calidad cumplida de la producción. Así toda investigación original y propia en estos medios es, á mi juicio, entonces, una forma de heroísmo. Creo que el que llega á producir aquí, en cualquier orden de actividad original, algo simplemente mediano, vale más intelectualmente y muchísimo más moralmente, desde el punto de vista de la voluntad sobre todo, que un notable productor europeo.»

Esto mismo lo hemos dicho aquí aplicándolo concretamente á Ramón y Cajal. La labor de este eminente histólogo, aquí en España, supone un heroísmo y una fuerza de voluntad muchísimo mayores que la de cualquier otro eminente

investigador alemán, francés, inglés ó italiano. Y lo mismo digo de la obra de un Menéndez Pelayo, de un Menéndez Pidal, de un Salillas, de otros.

Lo heróico de la labor de éstos fué en sus comienzos, porque hoy ya tienen un nombre europeo, se comunican con los investigadores de otros países, han entrado en la comunidad internacional científica, y este ambiente sobrepuesto sustituye en cierto modo al pobre ambiente nacional. Hay quien escribe para ser traducido.

Pero Vaz Ferreira hace notar muy acertadamente que no se debe exagerar, y que ahí, como aquí también, no hacemos cuanto podríamos y cuanto deberíamos. No sirve alegar la pobreza de medios. «Inmensa cantidad de los grandes descubrimientos se han hecho en condiciones materiales pobrísimas; en el orden científico, por ejemplo, hay grandes experimentadores que han revolucionado la ciencia, á quienes faltaba todo ó casi todo, y que han debido cumplir con su ingeniosidad esas deficiencias materiales.» Y Vaz Ferreira nos cita al propósito los ejemplos, ya clásicos en este respecto, de Pasteur y de Claudio Bernard. Y yo puedo añadirle el del ya mentado Ramón y Cajal, nuestro histólogo, á quien he oído decir que llevó á cabo sus más importantes descubrimientos, cuando en vez de

micrótomo usaba una navaja de afeitar manejada á pulso, y todo por el estilo. Sí, es cierto eso de que es casi la regla que los grandes descubridores no hayan dispuesto de aparatos muy complicados ó muy caros, y que más bien los aparatos de esta naturaleza se adaptan á las demostraciones, á la explicación pedagógica.

Pero todo ello no explica, á juicio de Vaz Ferreira, el hecho por él notado. Un médico sudamericano puede tener tantos ó más enfermos que un médico europeo y con rarísimas excepciones no hace los descubrimientos que un médico europeo. ¿Por qué? se pregunta nuestro profesor. No le faltan ni elementos, ni conocimientos, ni inteligencia. Supone Vaz Ferreira y supone muy bien á mi juicio, que el promedio intelectual de los profesores sudamericanos no es inferior al de un país europeo. «Un físico sudamericano—escribe—podrá saber tanto como un físico alemán, y creo que tiene bastantes probabilidades de ser más inteligente.» Yo no sé si esta última proposición podrá escandalizar á algún europeizante de por ahí; con proposiciones análogas se han fingido escandalizar algunos de nuestros europeizantes. Y el caso es que yo creo, como Vaz Ferreira, que un investigador de nuestra casta, de nuestro pueblo, de nuestro pueblo de lengua española, tiene bastantes probabilidades de ser más inteligente que

un investigador alemán. Tomados aisladamente, fuera de su ambiente social, de su solidaridad de cultura, los alemanes no nos sobrepujan ni mucho menos en inteligencia.

¿Por qué, pues, esa diferencia?, vuelve á preguntarse Vaz Ferreira. Y responde con grandísimo acierto que se debe al estado de espíritu, á que el investigador sudamericano—y digamos español—trabaja en estado de espíritu pasivo, receptivo, á que no cree que él tenga capacidad, ni aun el deber de hacer uso personal de sus observaciones. O sea, dicho con otras palabras, á una especie de humildad colectiva, á falta de confianza en sí mismos. Es como si el químico, v. gr. uruguayo, argentino ó español, se dijera: Yo, pobrecito de mí, un uruguayo, un argentino, un español, qué voy á descubrir que no lo haya descubierto antes un alemán, un francés ó un inglés?

Contra este estado de espíritu, contra este hábito ó sugestión pasiva, trata de reaccionar Vaz Ferreira, y sus esfuerzos, aunque por otras vías, se encaminan al mismo fin que los esfuerzos de Ricardo Rojas, de quien os he hablado. Hay que imbuir en esta nuestra España un espíritu de mayor confianza en nosotros mismos.

Pero hay un aspecto que no pone bastante en relieve Vaz Ferreira, y es lo que influye el prestigio total de que goza una nación, su significa-

ción ante el resto de las naciones, para la labor de cada uno de sus hijos. La armada inglesa apoya la confianza en sí mismo con que un químico inglés investiga; el ejército alemán sustenta la labor de sus laboratorios.

A primeros de este año uno de los hombres que más honran á la espiritualidad española, uno de nuestros escritores y pensadores más jugosos, el obispo de Vich, doctor Torras y Bagés, cuyas pastorales, en catalán, suelen ser preciadísimos monumentos literarios, en una alocución invitando á celebrar el centenario de Balmes escribía: «Lacordaire en Francia, entonces cabeza de Europa y del mundo, Newman en el mundo anglo-sajón, predominante en el orbe de las tierras, y nuestro Balmes, que no tuvo un pedestal tan suntuoso, fueron inteligencias soberanas...» Dejo de lado el valor intrínseco que pueda tener la obra de Balmes y su significación en la historia de la filosofía moderna, y hasta añadiré que no he sido nunca entusiasta del filósofo de Vich. Su pensamiento me parece rastrero y de corto vuelo, su sentido común, un sentido común muy catalán, bastante parecido al «common sense» de la escuela escocesa, lo menos á propósito para la alta especulación metafísica, pero no cabe dudar de que como publicista de cuestiones políticas y sociales honraría á cualquier país. Mas no se trata ahora y

aquí de esto, sino de lo que el obispo de Vich dice sobre el pedestal.

Y eso del pedestal es exactísimo. Aunque el P. Lacordaire y el cardenal Newman hubiesen valido intelectualmente menos que Balmes habrían siempre gozado de mayor reputación que éste. Y es que al P. Lacordaire le sustentaba Francia, «entonces cabeza de Europa y del mundo» y al cardenal Newman el mundo anglosajón «predominante en el orbe de la tierra.» Y aparte de que Francia é Inglaterra son dos resonadores inmensamente más potentes que pueda serlo España, el sentirse francés el P. Lacordaire y el sentirse el cardenal Newman inglés les debió dar una confianza en sí mismos y en la eficacia de su obra de que hubo de carecer nuestro Balmes.

José de Maistre, aquel poderoso genio saboyano, uno de los hombres de mayor capacidad para la paradoja—y esto implica muchísimo más de lo que se figuran muchos—comentando aquella frase de Justo Lipsio, que él, por una de sus frecuentes inadvertencias atribuye á Séneca, de que unos merecen la fama y otros la gozan, dice en la Conversación Sexta de sus «Veladas de San Petersburgo»: «Si los libros aparecen en circunstancias favorables, si halagan grandes pasiones, si tienen á su favor el fanatismo proselítico de una sexta numerosa ó activa, ó, lo

que vale más que todo, el favor de una nación poderosa, queda hecha su fortuna; la reputación de los libros, si se exceptúa acaso los de los matemáticos, depende menos de su mérito intrínseco que de esas circunstancias extrañas á cuyo frente coloco, según os lo acabo de decir, el poderío de la nación que ha producido al autor. Si un hombre tal como el P. Kircher, por ejemplo, hubiera nacido en París ó en Londres, su busto estaría sobre todas las chimeneas. En tanto que un libro no haya sido «empujado» (poussé) permítaseme la expresión, por una nación influyente, no obtendrá sino un mediano éxito; podría citaros cien ejemplos de ellos.»

Claro está que aquí hablaba el saboyano, el hijo de aquella pequeña nación que vió durante su vida misma, en 1792, la anexión de su patria á Francia teniendo que retirarse á Lausana; hablaba el saboyano, conciente de su valer y convencido de que de haber nacido en París, su labor habría tenido mayor resonancia que por el pronto tuvo. En las quejas del doctor Vaz Ferreira sobre la falta de resonancia de la labor filosófica en su patria habrá, sin duda, un acento personal. Y un acento personal hay también en estos mis comentarios. ¿Por qué negarlo si ello ha de trasparentárseles hasta á los menos linces? ¿Y qué mal hay en ello? Odiemos, sobre todo, la hipocresía. Y no hay labor alguna, por

impersonal que parezca, verdaderamente eficaz si carece de ese acento personal.

Sí, una nación poderosa y respetada, es decir, temida, sustenta la obra de cada uno de sus hijos. Recordemos el famoso sorites de Cyrano de Bergerac, el verdadero, no el de Rostand!: Soy el mejor estudiante del colegio X, (no me acuerdo ahora de su nombre), el colegio X es el mejor colegio de París, París es la mejor ciudad de Francia, Francia es la mejor nación del mundo, luego yo soy el mejor estudiante del mundo todo. Así discurren muchos en serio, aunque sin sospecharlo, como en broma discurría Cyrano.

Recuerdo la cómica sonrisa de un amigo mío, cuando le dije que Oliveira Martins, el portugués, había sido uno de los más grandes historiadores artistas del pasado siglo, tan grande como Michelet, ó Taine, ó Macaulay, ó Carlyle, y que Camilo Castelo Branco es un novelista tan grande como los más grandes de Europa. ¿Un portugués?—parecía callarse.—¿Un portugués? ¡Cualquier cosa!

En otra ocasión leyendo un libro de un autor peruano y de un autor que es un hombre inteligentísimo, muy culto y muy sagaz, aunque estropeado por un ciego sectarismo anticatólico y por una no menos ciega parcialidad en favor de Francia y en contra de España, leyendo ese libro, digo, me encontré entre otras cosas atinadí-

simas y escritas con un gran vigor de estilo, unas expresiones de desdeñoso asombro porque alguien se atrevió á comparar á Valera con Anatolio France. No discuto el valor comparativo de uno y de otro, y hasta me faltarían datos para tal comparación, pero en el fondo de la protesta del autor á que aludo, más que una clara visión de la superioridad de Anatolio France sobre Valera—si es que la hay—parecía columbrarse este juicio: ¿Cómo se atreve nadie á comparar Valera, á quien apenas se le conoce fuera de los países de lengua castellana y que es casi desconocido, por no decir desconocido del todo, en París, con Anatolio France, una reputación literaria en París y en el mundo entero? Claro está que el aludido escritor peruano jamás habría formulado así este juicio tan grotesco, pues se trata al fin, lo repito, de un hombre inteligentísimo y cultísimo, pero aun sin él saberlo, de un modo subconciente, tal era la base de su razonamiento.

El crédito de que goza el país, y este crédito se basa ante todo y sobre todo en sus acorazados, sus cañones y en su riqueza material, este crédito refluye sobre cada uno de sus hijos. Para muchas gentes el hecho de que los Estados Unidos derrotaran á España, arrebatándole sus últimas colonias en América y Asia, significaba que un químico, un físico, un filósofo ó un poeta cualquiera yanqui vale más que uno español.

Soy uno de los que creen que nuestro Benavente no tiene hoy quien le supere como autor dramático; que su obra vale tanto por lo menos como la de Sudermann ó Hauptmann, y, sin embargo, Benavente no goza en Europa del crédito de que gozan Hauptmann ó Sudermann, ni es tan traducido como éstos. Y ello se debe ante todo á que España no puede poner detrás de «Los intereses creados» de Benavente, los cañones y los acorazados que Alemania pone detrás de «La campana sumergida» de Hauptmann. Yo he recomendado á una de nuestras primeras compañías dramáticas un drama, «Los derechos de la salud», de un uruguayo, Florencio Sánchez, entregándoles para que lo leyesen un ejemplar de él; y aunque nada me dijeron, me pareció que pensaban: ¿Uruguayo? ¿Y Sánchez por añadidura? ¡Bah! Y cuando por otra parte he oído á más de uno hablar de la intelectualidad y la ciencia chilenas como superiores á las de los otros países sudamericanos, he sospechado que quien tal juicio emitía lo fundaba más que en un conocimiento de la literatura y la labor científicas de Chile—conocimiento que es aquí casi nulo—en el resultado de la guerra del Pacífico que valió á Chile el nombre de la Prusia de América.

A esto hay que agregar que el crédito filosófico, científico, literario y artístico es solidario,

que un escritor, pensador ó artista de un país cualquiera, cuando obtiene renombre y fama ayuda á que lo obtengan aquellos de sus compatriotas que lo merecen. Verdad que olvidamos á menudo en España, donde esta plaga de la envidia, de que alguna vez os he hablado, nos lleva, por querer ser cada cual solo, á perjudicarnos todos. Es evidente que la merecida fama de que llegó, después de brava y tenaz y larga lucha, á gozar en toda Europa Ibsen ha refluído sobre otros escritores noruegos. Es Ibsen quien sobre todo ha difundido á Bjoerson, á Jacobsen, á Lie, á Hansum, quien ha hecho que los traduzcan.

Se conduce, pues, el doctor Vaz Ferreira con muy clarividente patriotismo cuando en una lista de treinta obras que supone adquieren treinta de sus discípulos—lista, por lo demás, para mis aficiones y gustos un poco extraña y heteróclita— incluye el «Ariel» de su compatriota Rodó. Esto es infundir en sus compatriotas una sana confianza en sí mismos, esto es levantar el pedestal común.

¿Y de qué ha de servirnos—podrá objetarme alguien—el que exaltemos nosotros aquello de lo nuestro de cuyo valor tengamos conciencia, si los demás no han de hacernos caso? Aparte de que ya es bastante aprender uno—un individuo ó un pueblo—á estimarse á sí mismo, ocurre

que los demás nos desprecian tanto más cuanto menos nosotros nos apreciamos á nosotros mismos.

Una de las causas de nuestro decaimiento cultural, de esa actitud pasiva ó receptiva de que Vaz Ferreira nos habla, de esa nuestra postura de discípulos, se debe á que no cuidamos de nuestro crédito en el extranjero, á que constantemente estamos diciéndole á Europa: ¡Enséñanos! ¡Alecciónanos! ¡Instrúyenos!» y ni una vez siquiera nos encaramos con ella para decirle, como podemos muy bien hacerlo: ahora, en esto te voy á enseñar algo que te hará más culta y más sabia, disponte á aprender! Sí, así, y hasta con arrogancia, si se quiere. ¿Es que esos petulantes europeos—el europeo por antonomasia es esencialmente petulante, y tanto más cuanto es mayor su ignorancia—han de enseñárnoslo todo y no han de tener que aprender nada, absolutamente nada, de nosotros? Aun tienen no poco que aprender en nuestros países, en España, por lo menos, que es lo que mejor conozco, franceses, ingleses, italianos y alemanes, aunque nosotros tengamos que aprender más de ellos.

Cuidemos del pedestal.

EL DESDÉN CON EL DESDÉN

Un amigo y compatriota mío que reside en esa, escribiéndome sobre el efecto de una de estas mis correspondencias, me decía que sólo la habían juzgado de otro modo uno que otro de esos que influyen en los «bancos y cuya gravedad sólo se interrumpe para reirse de lo que no pueden entender». Conozco la clase y sé como estiman los trabajos por lo que por ellos se paga.

Se ha hecho célebre aquella «salida» de Espronceda, cuando dijo:

Y yo digo. Yo con erudición, ¡cuánto sabría! por mi parte, que de haber dedicado mi inteligencia y mi aplicación que son más que regulares,—tengo que confesarlo con la modestia que me caracteriza—á hacer dinero, á estas horas sería millonario, y acaso dueño de un banco. Porque aquí donde ustedes me ven yo de muchacho demostré felicísimas y muy precoces disposiciones para financiero y hombre de negocios, como lo cuento en mi obra en prensa. «Re-

cuerdos de niñez y de mocedad». (Esto es un anuncio por anticipado, ¡claro está!) Pero amigo, para todo hace falta vocación y yo, francamente, no tengo vocación de millonario.

Para hacerse rico una de las primeras cosas es tener vocación de tal, y piensen lo que pensaren esos graves consejeros que se ríen de lo que no pueden entender, no todo el mundo nace con esa vocación. Y hasta hay quien tiene vocación de pobre, aun sin ser capuchino.

«¡Ja! ¡ja! ¡ja!—decía riéndose cierto burro cargado de oro—¡qué puede decir de importancia un hombre que no ha sabido hacer una peseta...»

Lo cual no es decir, claro está, que los graves consejeros adoradores del becerro de oro no estimen á los escritores. Sí, los estiman, pero es cuando éstos les dicen ó lo que les halaga ó lo que ellos entienden. Porque ¿qué cosa hay que no pueda entender un hombre que ha sabido amasar una fortuna? ¿El haber sabido arrebañar plata no capacita acaso para entender de todo lo razonable? Y digo razonable porque las cosas á que ellos no alcanzan han de ser de por fuerza, fantasías, enrevesamientos, sutilezas inútiles, máscaras en una palabra.

Y el mismo amigo que me comunica la grave actitud desdeñosa de esos graves consejeros me dice á propósito de mis comentarios á la escena

de las tres generaciones, que es preciso estudiar hasta qué punto el padre trabajador y honrado, pero tal vez metalizado provoca, en ciertos casos y no en todos ni mucho menos, el desdén mal encubierto que hacia él siente más tarde su propio hijo que se hizo doctor gracias á la plata del padre.

Algo de esto he podido observar por acá muy de cerca y muy en grande. He visto toda una generación de hombres enérgicos y laboriosos trabajando con tesón para crear una fortuna de que puedan disponer sus hijos y despreciando la ciencia que no sea de aplicación, la ciencia que no sea ingeniería práctica, despreciando la filosofía, el arte, las letras, y sobre todo el espíritu, y luego se han encontrado con que sus hijos, dueños de una fortuna, se han dedicado á la ciencia pura, á la filosofía, al arte, á las letras y han acabado por despreciar á sus padres, los despreciadores. El hijo del rico cuando se doctora, siente su hermandad con los demás doctores acaso más que la tenga con los demás ricos y al recordar que su padre, el burro de carga que amasó la fortuna, se burlaba de los doctorcitos sin plata se siente herido y desprecia á su padre.

Todo eso es amargo, amarguísimo, pero es menester decirlo.

El padre que cree que ha cumplido sus debe-

res de tal, trabajando para legar una fortuna á sus hijos y nada más, tiene por lo común que arrepentirse un día de ello.

Mi amigo se lamenta de la situación de parias en que se encuentran en ciertas colectividades los elementos intelectuales. Voy á contarle y á contar á mis lectores un caso.

En cierta ocasión un amigo mío, hombre de gran inteligencia y de gran corazón, instruído y culto, con una profesión académica muy bien poseída, me comunicó su propósito de emigrar á una república americana. Y hube de decirle: «Si es que usted va pensando hacer fortuna no sé qué decirle, pues me temo que á usted, como á mí, le falta vocación de rico. Por allá lo que hace falta, dicen, son brazos y capitales, no capacidades. Pagos hay por aquellas tierras en que sobran los doctores y como nada tienen que hacer, matan el tiempo no como dicen que el diablo lo mata, espantando moscas con el rabo, sino inventando revoluciones. Y además, ¡un doctor español!... Si va usted, pues, en busca de fortuna, no sé bien qué decirle. Pero si usted va en cierto modo por patriotismo, con espíritu de abnegación, para honrar y enaltecer nuestro buen nombre, entonces es ya otra cosa.

«Usted sabe—continué diciéndole—que en cada país la masa de la gente, la que no viaja ni conoce las cosas directamente, se forma su idea

respecto á los extranjeros en vista de los que conoce. En nuestro propio país para muchísima gente era el italiano, y aun sigue siendo, ó un tenor ó un pobre vagabundo que va tocando el arpa y el saboyano un deshollina-chimeneas. Era inútil hablarles de Italia como de un país de alta é intensa cultura y de elevadísimos espíritus, de la tierra que ha producido los genios más humanos. Este necio prejuicio persiste aún y lo que es más triste, hasta en gentes que pasan por regularmente instruídas. Es como si creyéramos que el Japón se compone de malabaristas y funámbulos. Y por allá, por aquellas tierras á que usted quiere ir, el término «gringo» encierra en boca del pueblo todo un contenido de absurdos é injustos prejuicios.

«Aquí, entre la población rural de Castilla—proseguí—usted sabe que no se conoce á los gallegos más que por los que vienen á segar durante el estío y aún á estos pobres jornaleros se los conoce mal. Y por ellos se juzga de los gallegos todos, resultando que más de una vez se han sorprendido cuando les he hablado de cómo son los gallegos y cuán diferentes de como se los figuran.

«De nosotros mismos, los vascos, hay por allá una idea muy favorable, favorabilísima, pero que aun siéndolo, lleva para no pocos ciertas connotaciones que nos convendría desapareciesen.

Hablo, claro está, de la idea vulgar sobre el vasco, de la que domina entre la gente de campaña. Porque el vasco es un mocetón robusto y honrado, generalmente lechero, muy trabajador y muy formal, noble y franco, pero... —aquí entra el pero—muy iliterato, que habla mal el castellano, propenso al reaccionarismo, terco y duro de mollera. Es decir, un beocio honrado y noble. Y lo mejor sería que conservando nuestra buena fama perdiéramos esta otra. Y de esto tienen en gran parte la culpa nuestros compatriotas mismos, pues abundan entre ellos los que cuando topan con un vasco muy vasco, muy amante de su país, pero que no estima necesario para ello ni ser ortodoxo ni pretende sostener lo insostenible, le declaran renegado ó descastado.

«Y así pasa con todo, amigo, y de aquí proviene en gran parte la idea que respecto á España y los españoles tienen muchos extranjeros que nos juzgan por la mayoría de las pobres gentes que sin más ideal que el de hacer fortuna van por sus tierras.»

No es, claro está, que este ideal sea censurable ni mucho menos. Lo censurable es que los cazadores de la fortuna, luego que la hayan cazado, den en despreciar á otros y en reirse de lo que no pueden entender.

Ahora hacen aquí muchas gentes como que les importa el problema de la emigración. Unos

hablan de reformarla y otros de encauzarla. Pero á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido discurrir sobre las necesidades espirituales de las colonias españolas desparramadas por ultramar. A nadie se le ha ocurrido que un Estado que conoce sus deberes está obligado á proveerles de algo más que de agentes consulares y otros oficiales meramente burocráticos. Si aquí se preocuparan las gentes de esto y los gobernantes estuvieran orientados en el sentido de la cultura, habría ya en Buenos Aires y en otras ciudades donde hay un fuerte contingente de españoles, institutos de enseñanza subvencionados y sostenidos por España. Más razón hay para que España sostenga en Buenos Aires un instituto español de segunda enseñanza, v. gr., que para que lo sostenga en Cuenca ó en Lugo.

En mi pueblo se conoce á muchos ingleses, pero es á ingleses que andan á minas ó á los marineros de los buques que arriban á su puerto y que se distinguen por su afición á emborracharse. En cambio, son contadas las personas que tienen noción de los pensadores, artistas, políticos, hombres de ciencia, filósofos y literatos ingleses. Pero esos ingleses, que andan á minas y cuya preocupación, si no única, dominante, es hacer dinero, no suelen tener, por lo común, el mal acuerdo de desdeñar á los filósofos, artistas, literatos, políticos y hombres de ciencia de

su país, ni porque hagan fortuna caen en la necedad de reirse de las cosas de Carlyle ó de Ruskin—tomo dos escritores que pasan el uno por enrevesado y el otro por sutil en exceso—por no entenderlos.

Esto de desdeñar, ó por lo menos fingir desdeñar lo que no podemos entender ó sentir, es uno de nuestros defectos capitales, defecto que estalla cuando el tener fortuna le quita la vergüenza al hombre inculto y rudo.

Y hay en punto á desdenes y admiraciones las cosas más curiosas. En mi vida olvidaré lo que sucedió en Bilbao una vez cuando al concluir un famoso partido de pelota en que parte del público entusiasmado con lo que le había hecho ganar el Chiquito de Eibar sacaba á éste en hombros y aclamándolo, exclamó un andaluz escandalizado al verlo: «¡Hombre! ¡ni que fuera el Frascuelo!» refiriéndose al matador de toros. Sin que esto quiera decir, por supuesto, que á mí me pareciera muy bien aquel entusiasmo, y más teniendo en cuenta que si se le aclamaba no era tanto por su valor y mérito como porque había servido para hacer ganar unas pesetas á los aclamadores. Y ciertamente no ha ganado mucho el buen nombre de que los vascos gozamos con aquel período en que nuestros pelotaris se iban á exportar el en sí noble juego y á traer de vuelta, además de algunas pesetas, ciertas

palabrejas y entre ellas la deplorable de «tongo». Más daño nos ha hecho esto que todo lo que contra el dogma católico y contra la pretensión de eternizar el vascuence hayamos podido escribir algunos vascos que amamos profundamente á nuestro pueblo y nuestra tierra.

Aquí hay una tradición de cultura española, tradición mantenida, como es natural, por una minoría que es como su sacerdocio. Las gentes que emigran no pueden llevarse esa tradición entera y á lo sumo se llevan una vaga y remota conciencia de ella. Crecen en un país extraño donde sólo se preocupan de hacer dinero y pronto se encuentran en completo materialismo de metalización como cierto oscuro sentimiento no sepa contenerlos.

Ciertos pueblos cuando emigran en grandes masas, se llevan allá á donde emigran sus propios sacerdotes, los sacerdotes de su religión y erigen en donde vayan á radicar, su propio templo. Y hay una religión de la cultura patria, la cual tiene sus sacerdotes también. Y el que los desdeña, no merece sino desdén.

No hace mucho tuve ocasión de conocer á un español que después de haber residido durante más de veinte años en una república sudamericana, á la que fué de edad de catorce años, volvía á Europa. Y su primera visita fué á París donde admiró lo menos admirable, es decir, lo

más externo que en París hay. Visitó luego Burgos, León, Toledo, Granada, Sevilla, etc., por el bien parecer y porque veía á ingleses, franceses, alemanes y yanquis, que con sus guías en la mano visitaban esas mismas ciudades, y había que oir los espontáneos comentarios que á su excursión hacía el hombre. Daba pena oirle. Y no era lo peor su incultura, su absoluta falta de sentido artístico, su indelicadeza, no.

Después de todo el buen señor no tenía motivos para haberlos adquirido, pues harto tuvo que luchar con la fortuna.

Lo que apenaba y hasta dama grima era la soberbia de su incultura, lo que indignaba era que en vez de ser sencillo y humilde, como son muchos que se encuentran en su caso, y reconocer no estar capacitado para percibir ciertas cosas, daba en desdeñarlo todo y en juzgar de las ciudades por el estado del piso de sus calles ó por la calidad de las comidas de las fondas. Claro está, por otra parte, que no habría sido mejor el que fingiera un entusiasmo que no sentía. En su caso lo mejor era no haber hecho la excursión y quedarse en un buen restaurant de París á llenar la andorga y á que le sacaran los cuartos.

Y en cambio conocí también no ha mucho en esta ciudad á unos indianos españoles que venían á recorrer y conocer su patria, que aun sin

preparación suficiente para ciertas cosas, la suplían con una gran suma de buena voluntad, de sencillez y de modestia. Daba gusto estar con ellos.

Estoy convencido de que á España lejos de perjudicarle, le aprovecha el que emigren muchos de sus hijos á buscarse la fortuna á tierras más afortunadas, si es que han de volver luego á fecundar ésta, pero si han de volver metalizados, riéndose de lo que no pueden entender, creyendo que todo se consigue con el dinero y que la cultura culmina en el piso de las calles y en la calidad de las comidas de las fondas, entonces más vale que no vuelvan. Porque para materialistas nos sobran desgraciadamente.

VULGARIDAD

CADA cual habla de la feria según le va en ella», reza el proverbio, proverbio á que podría añadirse: y á cada cual le va en ella según él es: ó más propiamente: cada uno se hace su feria.

Es una observación, no por muy antigua y muy repetida, menos digna de que la repitamos, una vez más, la de que nuestro pesimismo ó nuestro optimismo es temperal, que unos hombres nacen alegres y otros tristes, éste contentadizo y aquél displicente.

Estas breves reflexiones preliminares, de una trivialidad evidente, no tienden á otra cosa que á prevenir al lector de que ha de parecerme muy natural que no haga gran caso de mis lamentaciones y quejas, achacándolas á mi humor. Nadie, en efecto, se queja del mal de muelas ajeno, sino del suyo propio, y así tampoco nadie se queja del mal de los siglos pasados, sino de aquel en que vive. Que este siglo en que vivimos les parezca á los pesimistas el peor de todos los si-

glos, lo encuentro tan natural como el que á los optimistas les parezca el mejor de todos ellos, porque ni unos ni otros han vivido en otro siglo ni, por lo tanto, han experimentado el mal ó el bien de otro.

En su excelente «Historia de la filosofía moderna» nos dice Hoeffding hablando de Carlyle: «Si Carlyle no ha visto en torno suyo más que tinieblas, débese á las severas exigencias que imponía para la solución del problema. Su idealismo nativo, sus luces interiores eran las que lo ennegrecían todo en derredor de él. Dice en alguna parte que el mundo parecerá malo á todo espíritu juvenil y lleno de fuego que entre en él con un gran objetivo á la vista y una visión clara de la existencia; porque ¿en qué otra cosa se ha de emplear su fuerza y su heroísmo? ¡Si el mundo fuera bueno, sería absolutamente inútil! La fuerza y el idealismo humano son, pues, los que hacen aparecer al mundo malo; el mal es nuestra propia sombra, una sombra que no queda detrás de nosotros, sino que se extiende por nuestro propio espíritu. La desgracia del hombre estriba en su grandeza, en el infinito que se agita en él y que no puede verter en las formas de su naturaleza finita.»

Es inútil querer discutir si Carlyle tenía ó no razón, porque no es de razón, sino de sentimiento, de lo que aquí se trata. Una vez discu-

tían acaloradamente delante de mí dos amigos míos, si los salvajes eran ó no más felices que los civilizados. Después de un buen rato de discusión se volvió uno de ellos á mí, que había permanecido todo aquel tiempo callado, y me pregunto mi parecer y si yo creía que los salvajes vivían más felices que los civilizados ó no era así. Y me limité á responderle: como no he sido nunca salvaje, no puedo contestarle á eso. Y ahora añado, que aunque lo hubiese sido. Porque he sido niño y mozo y no me atrevería á afirmar que mi niñez—la mía—fué más feliz ó menos feliz que mi edad adulta. Ya no me acuerdo de lo que sufrí entonces.

Kierkegaard, en una de las «diapsalmatas» que preceden á su obra «O lo uno ó lo otro», escribe, estas palabras, que ya antes de ahora he tenido ocasión de citar: «Quéjense otros de que nuestro tiempo es malo; yo me quejo de que es mezquino, porque le falta pasión. Los pensamientos de los hombres son delgados y quebradizos como agujas y ellos mismos tan poca cosa como costureras. Los pensamientos de su corazón son demasiado miserables para ser pecaminosos. En un gusano, acaso se tendría por pecaminoso abrigar tales pensamientos, pero no en un hombre creado á imagen y semejanza de Dios. Sus goces son comedidos y pesados, sus pasiones soñolientas; cumplen su deber, estas

almas de bolicheros, pero se permiten, lo mismo que los judíos, cortar en pedacitos las monedas; piensan que aunque Nuestro Señor lleve en orden sus libros se le puede meter gato por liebre. ¡Fuera con ellos! Por eso se vuelve mi alma siempre al Antiguo Testamento y á Shakespeare. Allí se siente que es el hombre el que habla, allí se odia, allí se ama, se mata al enemigo, se maldice su descendencia por generaciones, allí se peca.»

Una vez más hago mías estas palabras de Kierkegaard. Yo no sé lo que me hubiese pasado de haber vivido en otro tiempo y en otro país, ó en este mismo país en tiempos que fueron ó de vivir hoy en otra parte, pero lo que sé es que nada me angustia hoy y aquí tanto como el espectáculo de la vulgaridad triunfante é insolente. Y los vahos que me vienen de fuera, de lejos, son también vahos de vulgaridad.

Yo he creído y sigo creyendo, que la ilustración y la cultura es un capital que crece sin cesar y que cuanto más se difunde y reparte á más toca á cada uno, pero tengo un amigo que sostiene una doctrina muy contraria á esta, afirmando que hay una cantidad fija de ilustración, cantidad que crece en una proporción fija también, y que si se reparte mucho es para tocar á cada uno menos.

Sostiene muy serio que donde el tipo medio

de la instrucción es elevado, se ahoga toda genialidad y profundidad de pensamiento y me recuerda la típica expresión de otro amigo mío que hablándome del país en que ahora vive—muy lejos de esta su patria y nuestra patria—me decía que hay en él una alta cultura superficial. El primero de estos mis dos amigos ha llegado algunas veces á hacerme vacilar en aquella mi creencia que os decía, y por lo menos me ha hecho pensar en si sucederá con la instrucción y la cultura lo que con otros géneros de comercio, y es que se logra la cantidad á costa de la calidad.

Los empeños por vulgarizar la ciencia, la han vulgarizado, en efecto, pero en el peor sentido de la palabra. Lo mismo en ciencia que en literatura, lo clásico, lo permanente, lo universalmente humano, se ahoga hoy bajo una balumba de producciones lijeras, baratas—baratas intelectualmente, es decir, que cuesta poco esfuerzo comprenderlas—y vulgares. Hay quien cree que Flammarion es el primer astrónomo del siglo, quien cita á Letourneau como una de las mayores autoridades en sociología, y así por el estilo.

No hace mucho me escribía un joven, preguntándome qué literatos y poetas de cincuenta años acá le recomendaba que leyese. Y le contesté que por qué los limitaba á los de cincuenta años acá. Que leyese á Homero, y Platón, y

Virgilio, y Tácito, y San Agustín, y Dante, y Shakespeare, y Cervantes, y Calderón, y Milton, y Corneille, y Pascal, y Goethe, y... y... y... ¿Por qué de cincuenta años acá? ¿por qué aplicar á cosas de arte, filosofía y poesía ese criterio de mercachifle?

Que siga pensando mi amigo Ricardo Rojas en la necesidad de dar una base de cultura clásica á la educación argentina, y de crear así un clasicismo nacional propio. Es el único modo de combatir la vulgaridad.

Siempre ha habido vulgo, no cabe duda, pero se me antoja que el vulgo de otros tiempos era más respetuoso que el de estos en que vivimos, que sabía ignorar y sabía respetar á los que sabían más que él. ¡Pero este vulgo que tengo que padecer! ¡Este vulgo al que la prensa le ha hecho creer que está informado y enterado de todo! ¡Este vulgo mimado, adulado á diario!

Sí, me acuerdo de los consejos de Marco Aurelio, me acuerdo de ellos. Ya que no podamos hacer que sean de otro modo que como son, dejarlos. Pero no, yo no los dejo. ¿Qué nada consigo con estas agrias, desabridas y displicentes censuras? ¿Qué nada se consigue con llamarle tonto al tonto y al ramplón ramplón? ¡Quién sabe!... Y aunque no se consiga. A Solón que lloraba la muerte de un hijo le dijo un «filósofo» que por qué lo lloraba si nada con-

seguía con ello, y le respondió: ¡pues, por eso!

A medida que la cultura y la ilustración se hacen más un género de comercio, entran más cada vez en la ley general de la oferta y la demanda. Se fabrica ciencia, arte, filosofía y poesía á gusto del consumidor. ¡Y vaya un gusto! El peor Mecenas es el público. Y no hablemos del arte popular, de la ciencia popular... ¡horror! ¡horror! y ¡horror! El cálculo infinitesimal, la histología comparada, etc., al alcance de todo género de personas.

Las democracias tienen una cierta tendencia á desconocer la ley de la diferenciación del trabajo. A pesar de lo cual se les impone. Creo que fué Hobbes el que dijo que la democracia es una aristocracia de oradores. Pudo decir que de demagogos. Y lo cierto es que el «politician», el político de oficio es el más genuino producto de una democracia. Y el político de oficio suele ser el más genuino representante de la vulgaridad. No hay oratoria más vulgar que la oratoria política. El que quiera oir vaciedades más ó menos sonoras que acuda á un «meeting» ó metingue, de cualquier clase que él sea.

Estoy quejándome de la vulgaridad, que es mi más constante queja, cuando llega un amigo y me dice: «siempre ha sido así; lo que hay es que la vulgaridad pasada se perdió en el olvido, porque lo vulgar, es pasajero, y sólo ha quedado

en pie y subsistente lo verdaderamente intenso, profundo y sólido, lo que acaso en su tiempo pasó inadvertido. No son los autores que hoy se sigue leyendo los más populares en su tiempo». Sí, esto es verdad, muy verdad, pero Dios mío, ¡tener que convivir con lo que no ha de sobrevivir!

Y hay una forma de vulgaridad que es la más terrible y la más dañina de todas: la vulgaridad brillante. El brillo no hace sino hacer más vulgar á la vulgaridad. «Con azúcar está peor» podría decirse aquí, aplicando aquel agudo dicho sobre aquello que «peor es meneallo». La vulgaridad con brillo está peor.

¿Y en qué consistirá, Dios mío—suelo preguntarme algunas veces—que desde hace pocos años me duele cada vez más la vulgaridad ambiente? Y ha llegado esto á tal punto que se ha mezclado no poca amargura á algunos de mis éxitos. «¿Pero por qué me aplauden esto—me pregunto—y no aquello otro?» He venido á dar en temer el éxito. Porque yo sé—así, como suena, lo sé, lo sé de ciencia cierta y con toda seguridad—que si mis escritos se leen y se recuerdan de aquí á cien años no serán los que más me han sido celebrados los que mejor se recuerden entonces. He oído no pocos aplausos que me han sonado á reproche.

. . . . . .

Y ¿por qué inauguro mis correspondencias de este nuevo año de gracia—ó de desgracia—con estas amargas y mal humoradas, á la vez que nada nuevas ni originales reflexiones? Pues porque en el año que finó,—vaya bendito de Dios al abismo oscuro y silencioso de la eternidad—he sentido más que nunca la terrible presión de la vulgocracia. Sobre todo en sus últimos meses.

Os deseo, lectores, un buen año nuevo. Ahí, en la Argentina, es un año de centenario, de fiestas y banquetes de confraternidad, de discursos, de salutaciones, de bienvenidas, de himnos, de champaña, de desbordamiento. ¡Dios os lo dé llevadero!

Y aquí, en España, es, como todos, un año de esperanzas. Están en el poder los llamados liberales, con el apoyo de los republicanos, y estos llamados en España liberales son una eterna esperanza, es decir, un eterno desengaño.

Yo por mi parte, temo que en este año que ha empezado se robustezca la vulgocracia. Y este temor es el que me dá fuerzas para luchar. Tenía razón Carlyle; si el mundo fuera bueno, sería absolutamente inútil.

—

PÚBLICO Y PRENSA

No hace mucho, que un diario español el A B C traía esta nota:

«Con motivo del gran aumento de tirada que estos días tenemos, debido á la información del doble crimen de la calle del Calvario y al especial favor que el público nos dispensa, nos vemos obligados hoy, como ayer, á aplazar la publicación de nuestro suplemento *La Mujer y la Casa*, que acostumbramos á dar los martes.»

Y otro diario «La Correspondencia de España» decía comentándolo:

«Las anteriores líneas de nuestro querido colega *A B C* son una triste verdad. Verdad, porque relatan un hecho. Triste, porque retratan un estado de cultura social demostrativo de que la intelectualidad española está, para desgracia nacional, en un nivel poco envidiable.

»Las líneas con que *A B C* encabeza su número de hoy podrían encabezar las de todos los diarios madrileños, y ya que escritas están, no será de más que les sea consagrado un comentario.

»Por desgracia para todos, los crímenes, aun cuando sean vulgarísimos, como el cometido por el *Hojalata*, y las corridas de toreros, aun cuando éstos sean de ínfima categoría, son las únicas causas que en un momento aumentan la curiosidad de los lectores y, por lo tanto, la tirada momentánea de los diarios, de *A B C* y de todos, son un fenómeno natural.

»Los crímenes, las consecuencias sangrientas de las corridas de toros y la lista de la lotería son los tres auxiliares de las empresas periodísticas, pues todo vendedor ó paquetero pide aumento cuando el periódico trae lista, corrida ó crimen.

»¡¡Qué pena tan grande!! A la masa de lectores de aluvión le importa, por lo general, muy poco que un diario tenga ó no artículos dignos de ser leídos, informaciones costosas, reseñas bien hechas: sólo la lista, la corrida ó el crimen la impulsan á leer: Lo demás no le importa.»

Y añadía:

«Claro es que no nos referimos á los lectores asiduos, á los que á diario leen, porque estos, claro está que no se dejan influir por esos tres factores, desde el momento en que siempre leen el diario. Nos referimos á la masa que está alejada de la lectura, y que sólo es atraída *per accidens,* por lo único que para ella tiene sensación.

»Anunciad para el día siguiente un artículo de un hombre célebre en las ciencias ó en las artes; decid que el diario insertará íntegros los debates parlamentarios sobre asunto vital para España; insertad el luminoso trabajo de un sabio pedagogo ó de un sociólogo reformador; realizad un esfuerzo extraordinario para llevar al lector noticias exactas y rápidas de cuanto en el mundo suceda; acometed empresas en donde el cerebro labre, sufra quebrantos la caja y mejoradas sean las condiciones informativas ó educadoras de un diario, y por el momento ningún fruto obtendréis. Poco á poco, lentamente. hoy uno, mañana cinco, pasado mañana tres, iréis aumentando los lectores.

»Sólo estas tres cosas, la lotería, el toreo y el crimen, ejercen influjo sobre la masa enorme, enormísima, de millones de españoles, que sólo leen esas *tres cosas,* importándoles muy poco, mejor dicho nada de todo lo demás.»

Esto es, en efecto, una tristísima verdad, pero

¿es la culpa toda del público? ¿no alcanza acaso buena parte de ella á la prensa misma que sobre poner por encima de todo la caza del perro chico (moneda de cinco céntimos) ni entiende bien sus propios intereses permanentes ni acierta á hacer que otras informaciones tengan atractivo para el público?

Siempre he creído que ha de fiarse uno poco de los éxitos editoriales explosivos por el momento. Tal diario vende en un día un gran número de ejemplares y languidece en unos años.

Sucede tal vez con esto lo que con los novelistas y escritores más ó menos pornográficos, ó como ahora se ha dado en decir por acá «sicalípticos» y es que venden mucho sus libros en unos años, pero luego nadie los pide. Y por ahí, por esa república, anda algún escritor español que os podría dar fehaciente testimonio de ello.

Si nuestros diarios dan tan desusada extensión á los relatos de crímenes vulgares y á las revistas de corridas de toros, no es por ventura porque quienes los redacten se interesan por esas cosas tanto como por ellas se interesa el público. Porque del público y de no otra parte salen los periodistas. Y de él viven. Pero yo creo que muchas veces, tal vez la mayor parte de ellas, en vez de pecar por la paga pecan por gusto y además cobran la paga de su pecado.

Lo de ir contra pelo al público y decirle no,

lo que él quiere que le digamos sí, no lo que creemos que debe oir, no es para todos. Yo vengo haciéndolo hace años y al fin he logrado, gracias á Dios, hacer respeto y atención en torno mío. Pero me ha costado mi tiempo y mi trabajo.

Si los atenienses se molestaban cuando se les quería enseñar algo, según nos dice Platón, y eso aun siendo atenienses, es decir, amigos de saber la última novedad, conforme á la caracterización que de ellos nos da el libro de los «Hechos de los Apóstoles», ¿qué les sucederá á los que no son atenienses? Al público hay que enseñarle sin apariencias de hacerlo ó de otro modo prepararse á soportar su resistencia y hasta su venganza.

Pero aquí lo que principalmente priva es aquel terrible aforismo de nuestro Fénix de los ingenios, del en un tiempo popularísimo Lope de Vega, cuando decía:

> El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
> hablarle en necio para darle gusto.

¿Cuántos son los escritores que se rebelan contra esto y en vez de someterse al público y servirle hasta en sus prejuicios luchan con él? Muy pocos. Y entre los casos últimos más nobles y más ejemplares están Ibsen y Carducci.

Las vidas de Ibsen y de Carducci deben, en

efecto, servir de ejemplo y de incentivo á todo hombre de letras. Hay que ver cómo lucharon uno y otro, en guerra con los prejuicios y las tendencias dominantes cuando ellos entraron en liza, sin querer derogar ni acojerse á cotarros y camaraderías, solos y señeros, armados de desdén y de fe, confiando en la obra del tiempo. Y así se impusieron al cabo el uno y el otro.

Pero aquí nuestros escritores son por lo común cortesanos del público, hasta los que parecen querer contradecirle. A lo más le hacen cosquillas.

¿Y la prensa? Es difícil imaginarse otra más cobarde. A nada eficaz se atreve. Cada tendencia de pensamiento tiene su órgano y dentro de él hay una ortodoxia y una heterodoxia. Apenas si empieza á ensayarse el palenque abierto. Así es que al desdichado que va á caer en ella al punto le cortan, recortan y liman las uñas.

Y hay que observar cuáles son las cosas graves, las «inefables», esto es, las que no pueden decirse.

Tal diario hay que pasa no ya por liberal avanzado, sino hasta por radical. En él un redactor muestra simpatía por los ideales anarquistas y por los hombres que los propagan: tal otro vierte doctrinas nietzschenianas y deja traspa-rentar la repugnancia que siente por el cristianismo—que, por supuesto, no conoce—hay otro,

un colaborador, que de tiempo en tiempo cuenta—eso sí, con mucha gracia—las mayores marranadas... Pero se presenta al diario uno que en serio, comedidamente, con moderación, expone sus sentimientos cristianos, aunque no católicos, y esto ya no puede pasar. Se corre el riesgo de que las mujeres ó las hijas de los suscritores induzcan á éstos á que se den de baja.

Porque lo cierto es que todo eso del anarquismo, del nietzschenianismo, del anticristianismo y del ateísmo, las más de nuestras gentes no llegan á tomarlo en serio. Son modas intelectuales, arrebatos de la juventud, ganas de hacer ruido, de singularizarse ó de hacerse pasar por espíritu fuerte, pero eso otro que huele á protestantismo ¡vade retro!

La prensa, en general, lejos de tratar de corregir los prejuicios y las presunciones del público tiende á confirmarlos. Hay para ella valores declarados, que es lo mismo que valores sobreentendidos, á que no se puede tocar.

Me decía una vez cierto diestro y muy avispado periodista español que si los periódicos contaran lo que se dice en derredor de las mesas de redacción sería uno de los elementos más grandes de purificación de la opinión pública. Y de hecho nuestra prensa, que de todo podrá pecar menos de soberbia y presuntuosa, ha declarado cien veces ella misma que su mayor defecto es la

debilidad, es el dejarse llevar á alabarlo todo y á ayudar á todo atrevido. Su prodigalidad en el adjetivo es realmente alarmante.

Y lo malo es que suele acabar por creer que es ella la que hace los prestigios. Cuando en realidad los más sólidos se han hecho ó á pesar de ella, ó tal vez contra ella. Es cuestión de tiempo.

Cuando alguien me pregunta cómo es que ahora escribo tan poco para la prensa española, contesto siempre lo mismo. Y es: Mire, señor mío, aunque yo y mis hijos no comamos de lo que la pluma me produce, cenamos de ello y aparte de que allá, de la otra banda del Océano, se me recompensa mi trabajo mucho mejor, me dejan mucha mayor libertad. Y por añadidura el público responde más, ya que son muchos los corresponsales que espontáneamente surgen ayudándome con sus aplausos ó sus censuras en mi labor.

Y debo declarar que en diario alguno he encontrado tanta libertad como en esta mi querida tribuna de *La Nación*. Habíaseme hecho entender que hay pocos hombres más quebradizos y más difíciles para aguantar censuras que los criollos americanos, pero es el caso que yo no me retenido de decir desde estas columnas á mis lectores de por ahí cuanto he creído justo —guardando siempre, claro está, no ya sólo respeto, sino hasta cariño—y me lo han tomado

como no es frecuente que en otras partes se tomen tales observaciones. Y tengo pruebas de que no es ni por indiferencia ni por desdén.

Y volviendo á las amargas lamentaciones de «La Correspondencia de España», creo puede decirse que el mal de que ella se queja no es peculiar nuestro ni mucho menos. Aquí sí que puede decirse lo de que en todas partes cuecen habas, pero cambiando su segunda parte añadir: y por otras casas á calderadas. La afición de leer relatos de crímenes por grande que sea entre el pueblo bajo español, creo que lo es mayor aun entre la plebe francesa y la inglesa. Sabido es el éxito que en Inglaterra alcanzan entre las clases populares los terribles melodramones espeluznantes.

No, lo malo nuestro no es que el pueblo bajo, que la masa de lectores de aluvión tenga esas aficiones, pues esas mismas las tienen en otros países; lo malo es que los lectores escojidos, que el público que busca instruirse ó deleitarse con algo más fino, es entre nosotros mucho menor. Lo malo es—y esto, aunque se ha referido mucho entre nosotros, conviene repetirlo aquí una vez más—lo malo es que no tenemos sino una enorme masa de plebe intelectual y una muy escasa aristocracia de la misma especie. Nos falta clase media de la cultura; nos falta algo así como una burguesía del espíritu deseosa de ilustrarse.

Hace muchos años ya que escribí un artículo —que alcanzó cierta fortuna—sobre la pirámide de nuestra cultura. Decía en él que una pirámide es tanto más estable cuanto más ancha base tiene y menor altura, cuanto se va pasando más gradualmente de cada una de sus capas ó escalones á la superior. Y entre nosotros hay sobre una base anchísima un remate muy alto sin gradaciones intermedias.

También se ha dicho que aquí no hay sino indigentes ó millonarios de la cultura. Y creo, en efecto, que podemos asegurar que el español ilustrado y culto, cuando lo es, lo es tanto como el que más en Europa, pero no puede aprovechar su ilustración y su cultura por falta de ambiente apropiado para ello. Cuantos extranjeros nos visitan libres de prejuicios declaran sorprenderles el número de españoles cultísimos, versados en estos ó los otros conocimientos, que ó no se producen en público ó lo hacen esporádicamente y sin ahinco. Una labor como la de Ramón y Cajal, v. gr., supone aquí un esfuerzo muchísimo mayor que en otras partes. Y menos mal cuando se cuenta con algún público en el extranjero.

Acaba de publicar D. Manuel B. Cossio su libro sobre el Greco, libro esperado hacía años por todos los amantes de la pintura, sean ó no entusiastas del originalísimo Theotocópuli. El

tal libro, sólido, animado, intenso, debía haberse publicado en inglés, pero el autor, dando una nota de alto patriotismo, lo ha publicado al fin en castellano ¿Cuántos lectores tendrá?

Y aquí si que entra la prensa. Porque pocas cosas hay más mezquinas que las revistas biográficas de nuestros diarios y eso que han mejorado no poco. Cuando airean un libro, sobre todo si lo hacen inmoderadamente, puede afirmarse que es un libro de alguno de la cofradía, de algún periodista. Y contrasta con esta parquedad con que tratan el movimiento literario propiamente tal, la viciosa exuberancia con que se ocupan de las obras teatrales. Y ello porque el teatro más que literatura es espectáculo.

Hay quien se lamenta aquí de que las revistas de corridas de toros ocupen tanto espacio en la prensa diaria, pero, en el fondo, no me parece más lamentable eso que el que se dé en ella tanto lugar á las revistas de teatros.

Poca diferencia va de una corrida de toros al estreno de un drama, y una piececita de género chico viene á ser algo así como una novillada. Una y otra cosa son espectáculos. Y el vulgo es tan... tan necio, que al salir de la plaza de toros compra el papel en que se le dá la reseña de lo que acaba de ver, y al día siguiente de haber presenciado el estreno de una comedia se va derecho á su periódico, á ver lo que de ella dice

el redactor crítico de teatros. Como que en rigor ni ve la corrida ó la comedia, sino para hablar después de ellas, para tener tema de conversación y comentarios.

Hay personas que se pasan la vida discutiendo si el Bombita es mejor ó peor que el Machaquito, si este tenor canta mejor ó peor que el otro, si éste ó aquel galán hacen mejor el Tenorio, si fulano estuvo bien ó mal al dar aquella estocada ó al declamar aquel parlamento, ¡y á esto le llaman vivir!

La más grave, la más trascendental, la más profunda ocupación de la vida es para muchos sujetos encontrar de qué hablar, y ha de ser cosa que no dé quebraderos de cabeza. Casi todo lo que pasa en el mundo no es para ellos sino motivo de conversación. Ya lo dijo el gran humorista granadino: «la cuestión es pasar el rato» y un escoliasta, no menos humorista que él, añadió: «sin adquirir compromisos serios».

Y muchos siglos antes que el humorista granadino dijo Homero que los dioses traman y cumplen la destrucción de los mortales, para que los venideros tengan algo que cantar.

NUESTRAS MUJERES

Los dos artículos que D. Ernesto Vergara Biedma me ha enderezado desde estas mismas columnas, han tenido la virtud de corroborarme en los puntos de vista fundamentales que expuse en el mío titulado «El resorte moral». Esto pasa con frecuencia.

No es cosa de entrar ahora, ni hace al caso, á contestar punto por punto á los reparos que me hace. He de limitarme á darle las gracias por la moderación discreta y el tono sereno con que lo hace, aunque tampoco dejo de decir que me conoce, ateniéndose á una fantástica leyenda que atañedera á mi manera de ser y de vivir se está por ahí formando. Dejo al tiempo desvanecerla.

Sólo he de decirle que conozco desde hace tiempo á los autores cuya lectura me recomienda; que he leído á Sicardi, á Lugones y á Estrada.

No voy, repito, á repasar punto por punto lo que el Sr. Vergara Biedma trata. Ocasión tendré de volver, y más de una vez, sobre lo que en mi asendereado artículo expuse. Y la primera será, lo anticipo, cuando comente las vigorosas y pro-

fundas observaciones de «Abul-Bagi»—D. Antonio Babuglia—en su libro, admirable de sinceridad y de patriotismo que se titula «Armonías y rebencazos», cuya segunda edición tengo en la mano. Y por cierto que hubo en mi debatido artículo un símil fuerte, aquel de que un sacerdote á la moda se esperaría al alzar la hostia á que le sacasen en instantánea, que he visto, lo leí en la primera edición de ese libro robusto y sano. A cada cual lo suyo.

Hay, sin embargo, un punto en los reparos del Sr. Vergara Biedma que no quiero dejar pasar en silencio. Es el referente á las mujeres.

Paso por poco galante. Donde quiera que he dirigido la palabra á un público en que hubiera mujeres, he tenido para estas palabras de ruda verdad, muy otras que las palabras de aduladora galantería con que de ordinario se las lisonjea. Alguna vez he dicho que nada me parece peor que el papel de ídolos que á las mujeres hacen representar muchos, teniéndolas atadas y presas al altar y sahumándolas con el barato incienso de fáciles requiebros.

La mujer y su estado espiritual serán, supongo, ahí como es aquí para muchos, un «nolli me tangere», un mírame y no me toques. Y es un asunto que hay que tocar una y otra vez y ciento y siempre con ruda franqueza.

Lo que el Sr. Vergara Biedma dice de la mujer

argentina es exactamente lo mismo que dicen en todos los países de sus respectivas mujeres los hombres galantes y bienquistos de ellas. Es la retórica obligada; es lo de siempre y de todas partes; son los lugares comunes en alabanza de la mujer, sea de donde fuere. Todo eso de las virtudes que alegran, perfuman y dan calor y color á los hogares, lo hemos oído mil veces ya, y en puro oirlo nos suena ya como la lluvia en primavera. Ni yo me sonrío de la ingenuidad del Sr. Vergara, como él supone. No me sonrío de ingenuidad alguna, ni eso es ingenuidad.

Dejándose de amenas y vagas generalidades, me dice luego que ahí, en la Argentina, y principalmente en las clases cultas, el adulterio es algo excepcional y rarísimo. Se lo creo sin que lo jure. Se lo creo y se lo creerá cualquier sabio europeo—yo aseguro que no soy sabio, mote muy feo, y no aseguro que sea europeo,—cualquiera de esos sabios de los que tiene el señor Vergara una idea tan divertida como fantástica. Se lo creerá cualquier sabio europeo y cualquier europeo que conozca mundo, y se lo creerá por la sencilla razón de que eso del adulterio es aquí mismo, en Europa, mucho más raro y excepcional de lo que puedan creerlo los americanos que vean Europa al través de novelas francesas y de deformaciones literarias.

Yo creo que el adulterio es en España más

raro que en otras naciones de Europa, y sin embargo, jamás se me ocurrirá fundar en eso la superioridad de la mujer española sobre las mujeres de esas otras naciones. Sin que por eso crea que el adulterio no sea un mal.

Aquí, en España, oigo hacer la apología de nuestra mujer casi en los mismos términos en que el Sr. Vergara Biedma «apologiza» á la mujer de su tierra. Y yo creo que es la mujer lo que en España tiene que cambiar más.

Una mujer puede ser fiel y amante esposa, muy ama de casa, muy señora de su hogar, muy devota de sus hijos, y ser, sin embargo, una muy imperfecta ciudadana y un elemento de estancación social. Entre las mujeres más honradas y más revestidas con todas las virtudes que el confesor les inculca, es donde suelen encontrarse los espiritus más mezquinos y más lastimosamente apegados á la tierra.

De nada hay que desconfiar más que de la supuesta religiosidad de la mujer. Va á misa como va al teatro, y rije sus devociones por la ley de la moda. Es en los países católicos por buen tono. Juega al juego masculino de las comisiones y las juntas formando asociaciones en que una representa la presidenta y otra la secretaria. Y suele llevar á esas sociedades y cofradías toda la estrecha mezquindad de un espíritu limitado.

Respecto al tono que la mujer ha impreso á la religiosidad católica, vale más que ceda la palabra á un testigo de excepción. El cual dice:

«La devoción á Cristo ha sido, en su mayor parte, devoción de mujeres, religiosas ó no; el Cristo que ha creado es, hasta cierto punto, una creación femenina, y como el pedido determina la oferta, los predicadores y expositores masculinos de esa devoción han cedido á la tendencia á feminizar el presentimiento, más bien que resistirla ó correjirla. Los hombres arrastrados por mujeres, aún los más capaces—dice sir Leslie Stephen—nunca pertenecen del todo al género masculino. Lo cual no quiere decir sino que la semejanza y la simpatía son condición y medida de mutua inteligencia. En la plenitud de la humanidad de Cristo hay, más que todo, lo que llena los dos ideales de la humanidad, el de la mujer y el del hombre, pero estos ideales son diferentes y es el de la mujer el que sobre todo prevalece en el púlpito, en el arte religioso y en el lenguaje y la literatura devocionales. Y el resultado es que el Cristo así presentado no logra atraer á los hombres del tipo masculino, si es que no los repele, á aquellos hombres para quienes la acción es más y el sentimiento menos de lo que es para el tipo femenino.

«Si hiciéramos un holocausto de las nueve décimas de nuestras pinturas é imágenes piado-

sas, podría ser simbólico de la reforma que hace falta en esta materia. Debemos mucho, sin duda, á las visiones de Santa Brígida, Santa Gertrudis, la beata Margarita María, la hermana Emmerich y otras, pero en conjunto la ganancia espiritual ha sido más para las mujeres que no para los hombres, y no podemos por menos sino sospechar que los visionarios masculinos—si hubiera habido tales—nos habrían presentado al «hombre perfecto» bajo un aspecto «más seco», y en tal caso podríamos habernos ahorrado la grosera y blasfema revuelta de la escuela de Nietzsche en favor del llamado superhombre («Uebermensch») y contra el supuesto ideal cristiano de una humanidad rebajada.»

Hasta aquí el testigo de excepción. Y ahora ¿saben ustedes quién es? Pues es un doctísimo y ya muy famoso sacerdote católico, apostólico romano y de nacionalidad inglés, es el cura católico y ex jesuíta P. Jorge Tyrrell, y ese precioso documento lo he sacado—traduciéndolo del inglés—de su interesante libro «Lex Credendi», que recomiendo á todos los católicos de buena fe—no son ya muchos—que sepan el inglés.

En este mismo libro cuenta el P. Tyrrell que, hablando una devota señora católica á un cura, acerca de las visiones de Santa Gertrudis y de la beata Margarita María, le decía: «Nos hablan de Nuestro Señor y sin ellas, nada sabría una de Él»

y al preguntarle el cura: «¿ha leído usted, señora, los Evangelios?» contestó la dama: «¡oh, no! son tan secos!» «¿Conoce el Sr. Vergara Biedma muchas piadosas y católicas damas de su país que hayan leído los Evangelios? Yo apenas las conozco en este mío.

No basta que la religiosidad de una mujer—ó de un hombre—sea sincera para que merezca nuestro elogio. También es sincero en muchos bosquimanos el fetichismo.

Y luego viene otro tópico y es el de la caridad, llamando así al deporte de la beneficencia.

Conozco un pueblo en que la mayoría de las damas de alguna posición se pasan buena parte de su tiempo en eso que llaman la «conferencia», arbitrando recursos para los necesitados y visitando á los pobres, dedicadas á la beneficencia. Es su manera de divertirse, que á las veces combinan con otras diversiones, ideando rifas, kermesses ó funciones de teatro en beneficio de este ó del otro asilo. A esto llaman caridad y de esas damas se dice que son muy caritativas. Y luego de haber conocido la especialísima é incaritativa caridad de esas señoras, he leído en las «Armonías y Rebencazos» de Abul-Bagi lo que este sincero y ardiente patriota argentino dice—en el artículo titulado «Analogías»—sobre la Sociedad de Beneficencia, viviendo del producto del juego y manteniendo lujos y vanidades.»

El artículo todo no tiene desperdicio y lo trascribiría aquí si no se tratase de un libro argentino que han de conocer los más de mis lectores.

Yo no sé directamente lo que ahí pase con esas sociedades en que bajo el manto de caridad religiosa, las mujeres juegan á la beneficencia, pero sé que aquí le exigen á un pobre hambriento la cédula de comunión antes de satisfacerle el hambre, que en los asilos hay ancianos que se enferman porque las monjas les obligan á levantarse temprano para ir á misa, y que las Hijas de María, las Vicentinas ó las Beatíficas retiran el litro de leche ó el kilo de pan á aquel ó aquella de quien descubren que no cumple cristianamente con la Iglesia. Y no es raro que pongan los mandamientos de la Santa Madre Iglesia por encima de los mandamientos de la Ley de Dios y estimèn que el dejar de oir misa es pecado más grave en una criada ó mucama que no el mentir ó el sisar á su señora.

Y estas señoras tan benéficas, tan presidentas ó secretarias de esta ó de la otra sociedad, estas señoras tan adornadas con las virtudes todas del hogar descubren su falta de caridad cuando se trata de juzgar los defectos ajenos, de sufrir con paciencia las flaquezas de sus prójimas, de tratar con quien hubiera incurrido en eso que se llama un desliz.

La mezquindad de espíritu, es en nuestras mu-

jeres, las españolas, el correlativo de la falta de elevadas y nobles ambiciones en los hombres. A hombres irreligiosos, quiero decir, á hombres superficiales que rehuyen las más profundas inquietudes espirituales y cifran su anhelo en adquirir fortuna ó renombre, cuando no en irlo pasando sin quebraderos de cabeza, á hombres así corresponden mujeres fetichistas. Cuando el sumo de la ambición del marido es llegar á ministro ó á millonario, calcúlese cuál será el sumo de la ambición de la mujer.

Sin que esto tenga que ver nada con la honradez. No es menester ser una Dalila para cortarle los cabellos á Sansón. A más de un Sansón le ha recortado, no la cabellera, sino las alas, su propia mujer, su mujer fiel y cariñosa, una esposa modelo de fidelidad y de sumisión, y de cariño y de todas esas que llamamos virtudes domésticas. Y en cambio más de una Dalila ha sido fuente de energía y de ambición y de altos anhelos para algún Sansón.

¡No he de caer en la injusticia de sostener que nuestra mujer, la mujer española, es inferior á nuestro hombre, no! Tal para cual. Á la depresión del espíritu masculino corresponde la depresión del femenino. Tenía razón sor Juana Inés de la Cruz, la mejicana, cuando decía á los hombres:

tomadlas cuál las hacéis
ó hacedlas cuál las queréis.

Ahora, no ha mucho, han andado por aquí las damas católicas y otras que ni son damas ni son católicas firmando unas exposiciones á las Cortes en petición de que no se discutiese la ley de Asociaciones, presentada por el partido liberal. Las más de esas damas no tienen la menor idea de lo que ese proyecto de ley era ni de lo que en él se pedía, ni de cuáles podrían haber sido sus consecuencias ni siquiera tienen idea de lo que es una asociación religiosa. Les dijeron que la religión estaba en peligro, y sobre todo, que firmaban doña fulana y doña mengana y doña zutana y ellas no habían de ser menos que estas respetables y respetadas damas. Pero ni eso era celo por la religión ni cosa que se le parezca.

Cuando hay alguna reunión á que concurren señoras suele haberlas que envían al criado á informarse de si llegó alguna ya, porque no ha de ser una la primera en llegar; no hay que llamar la atención de esa manera. Y á conferencias meetings y reuniones análogas, no va más de una señora que tendría gusto en ello porque no van las demás. En cambio, se pone en moda una devoción tan ridícula, tan ñoña y tan pueril como la de San Expedito, v. gr. y allá van nuestras honradas ciudadanas á infantilizar su espíritu con memeces «á la dernière».

Estamos haciendo de la mujer un niño gran-

de. Lee puerilidades, aprende puerilidades, repite puerilidades y de puerilidades vive. Basta ver cuáles son los escritores preferidos por las mujeres. El tipo de literato, al que se le llama confesor láico de señoras, es el tipo de literato más ridículo que cabe.

¿Qué debe leer una muchacha? me preguntaba una vez un amigo, y le contesté lo que contesto á los que me preguntan qué debe leer un niño: ¡lo mismo que leen sus padres!

Cuando un padre esconde un libro para que no lo lean sus hijas, de cada diez veces, las nueve insulta con ello á sus hijas, no al autor del libro. Y la otra vez se rebaja á sí mismo leyendo libros semejantes.

Voy á terminar con un recuerdo evangélico. Sabido es de todos con qué dulzura y que indulgencia trató el Cristo á la mujer adúltera y cómo de la Magdalena dijo que se le perdonaría todo por haber amado, pues al que ama mucho, mucho se le perdona. Y junto á esto conviene no olvidar la dureza con que, según el cuarto evangelio, trató á su propia madre cuando al interesarse ésta en las bodas de Canaán, por la falta de vino, le replicó su hijo: «¿Qué tengo yo contigo, mujer?» Y en otra ocasión cuando fué su madre con sus hermanos á recogerle, porque decían que estaba loco, al anunciarle que estaban allí su madre y sus hermanos, esperándole, con-

testó: «Mi madre y mis hermanos sois vosotros, los que oís mi palabra.» Y en uno y otro caso se trataba de su madre, modelo secular de todo linaje de virtudes.

Mucho más podría decir al respecto, sin más trabajo que adaptar á la forma de artículos de diario lo que en mi último libro escribí sobre la poquedad de espíritu de nuestras mujeres, pero no debo alargar esto.

Sólo me resta felicitar muy entusiastamente al Sr. Vergara Biedma por conocer á las mujeres de todos los países de la tierra habitada, conocimiento dificilísimo que prueba un estudio muy largo, muy atento y muy inteligente. Y digo que las conoce á todas, porque si así no fuera, carecería de sentido esta su afirmación de que las mujeres de su país «son las primeras mujeres del mundo». No puedo creer que lance tan redonda afirmación no habiendo salido de su patria y recorrido las patrias de esos pobres sabios europeos á los que quiere ver que un acontecimiento de bulto les rompa el cráneo para meterles en el cerebro la evidencia de ese y otros postulados por el estilo. Allá los sabios.

Pero si el señor Vergara Biedma no hubiera nunca salido de su patria, entonces su afirmación no sería ingénua, sino otra cosa.

A UNA ASPIRANTE A ESCRITORA

Me pregunta usted, señorita, qué me parece de que usted se dedique á escribir para el público. Como yo vivo muy lejos de ese país y no conozco sus condiciones íntimas sociales sino por referencias, habrá de permitirme que me imagine que es una paisana mía, una española, nacida y criada aquí y que, como yo, aquí vive la que me dirige semejante consulta y dejo á su perspicacia y buen juicio el hacer las debidas trasmutaciones y traducciones de lo que le diga. No voy, pues, á contestarle á usted sino á otra señorita, mi compatriota, que me ha dirigido igual consulta y esto no es una suposición sino un hecho real.

Me parece dificilísima y muy delicada la posición de una mujer que entre nosotros quiere dedicarse á la carrera de las letras. Me parece dificilísima su posición en todo país y en todo tiempo, pero mucho más en nuestro país y tal vez en nuestro tiempo.

La civilización es, con todo lo que tiene de

bueno y todo lo que tiene de malo, predominantemente masculina. La influencia femenina se ejerce, sin duda, en ella, pero se ejerce de una manera en general funesta para actuar sobre un conjunto de tipo masculino, con todo lo malo de la masculinidad. Lo femenino, tiene más su campo de acción en la esfera privada y doméstica—en la domesticidad—pero no en la civilización, que es la civilidad, la vida civil. Esta vida civil tiene orígenes militares y una constitución política y la milicia es masculina y masculina es la política. La mujer no ha sido ni guerrera ni ciudadana.

Uno de los productos de la civilización es la lengua literaria. Advierta, señorita, que digo la lengua literaria. Lo hago para contraponerla, en cierto modo, á la lengua popular, vulgar, corriente ó doméstica. Claro está que la lengua en que se redactan las leyes, los dogmas relijiosos, los documentos públicos y las obras de arte y de ciencia brota y surje de la lengua en que se dicen ternezas los enamorados, riñen los casados y pide uno el desayuno: pero en lo que aquella lengua tiene de diferencial, aun siendo lo menos de ella, es un producto de una civilización predominantemente masculina. Tendrá usted, pues, que servirse de un instrumento hecho por hombres y para hombres.

Lo peor que encuentro en ese movimiento

que se llama femenino es que las mujeres que se dejan arrastrar por él protestan de los hombres en hombre y no en mujer y pretenden oponerse á sus evidentes abusos y brutalidades con armas masculinas, hechas por hombres y para hombres. Juegan, v. gr., al sistema representativo y democrático que es un sistema eminentemente masculino. La democracia representativa es un fruto del espíritu rebañego del hombre, de su instinto de animal de rebaño. Y se me antoja que la mujer es más radicalmente independiente y mucho menos rebañega, pese á las apariencias.

Va usted, pues, á tener que servirse de un instrumento ajeno. El escribir una mujer para el público en lengua literaria masculina, es algo así como ponerse los pantalones. Porque la lengua literaria es «pantalónica». Y de hecho se han dado varios casos de mujeres escritoras que acabaron por vestirse de hombres. Doña Concepción Arenal, con haber sido una mujer tan mujer, tan juiciosa, tan serena, tan razonable, llegó á salir á la calle con pantalones de hombre.

Claro está que siempre queda el recurso de modificar la lengua literaria y hacerla femenina. Ya le estoy oyendo esto. Pero he de decirle que eso es mucho más difícil de lo que usted se figura; y que lo estimo imposible para una sola

mujer. Y de hecho, en lo que la mujer sobresale como escritora es en las cartas privadas donde la lengua y estilo son más domésticos. El genio de Mme. Sevigné es el genio genuinamente femenino. Las cartas de Santa Teresa son un buen ejemplo. Esta mujer admirable, admirabilísima, Santa Teresa, tuvo una lengua literaria y femenina sin embargo, pero esto es una maravilla de que le hablaré á usted otro día. Todas las obras de Santa Teresa parecen cartas; todas se dirigen personalmente al que la lee, á uno, á cada uno de los lectores y no al conjunto. Y es que en realidad toda su obra fué una continua correspondencia privada y amorosa con su Dios, con Jesús el de Teresa.

Otra cosa tiene usted que tener en cuenta, y es que la mujer así como se viste más para las demás mujeres que no para los hombres, así cuando se pone á escribir públicamente escribe más para los hombres que no para las demás mujeres. La mujer, en efecto, se viste sobre todo para las demás mujeres. Cuando va al teatro ó al paseo va á fijarse en cómo van vestidas sus amigas y conocidas, á criticar sus trajes y tocados, y á ser admirada por ellas. Le importa más el juicio de las demás mujeres que no el de su novio ó marido, y no se recuerda un caso de una mujer que se haya vestido á gusto de su novio, por muy enamorada que de él estuviese,

si por hacerlo así había de aparecer cursi ó vistosa ó ridícula á los ojos de sus compañeras.

Pero así como se viste para las demás mujeres y no para los hombres, ni aun para aquel á quien más quiera, así, si se pone á escribir escribe para los hombres y sacrifica las censuras de sus compañeras al elogio de un hombre que estime inteligente. El público que aspira á conquistar la escritora es un público masculino, y no un público femenino. Porque no hemos de tratar ahora de esas señoras y señoritas que escriben libros para las de su sexo ó dirigen revistas de modas ó de lectura para las hijas de familias respetables y de buena sociedad. A las tales no se les puede considerar como escritoras.

Y esto trae consigo una consecuencia fecundísima, á su vez, en consecuencias. Un hombre cuando escribe no se acuerda, por regla general, de que es hombre y no mujer, pero en cambio es difícil, dificilísimo, casi imposible, que una mujer al escribir no tenga presente que es mujer y no hombre. Y entonces, una de dos, ó no trata de ocultarlo, sino que deja libre su inspiración femenina, y en tal caso acentúa su feminidad, ó, trata de ocultarlo y finge masculinidad, con lo cual no hace sino corroborar lo que de femenino tiene.

Hablándome una vez un amigo de una escri-

tora española muy prestigiosa y que merece serlo, y buena amiga mía, la señora doña Emilia Pardo Bazán, me sostenía que de ordinario no se conoce en sus escritos que sea mujer y no hombre y yo le repliqué contradiciéndole que se le conoce y mucho, y se le conoce precisamente en cierta afectación de masculinidad á que no puede escaparse á pesar de su gran talento. Porque aunque abundan los hombres que afectan masculinidad—cosa muy comprensible teniendo en cuenta que son legión los hombres poco masculinos—sin embargo la masculinidad afectada por el hombre es muy distinta de la afectada por la mujer. Como hay también hombres que afectan femenidad. A la mujer se le conoce que es mujer cuando se viste de hombre, aun mejor que cuando va vestida de mujer.

Agrege usted otra cosa, señorita, y es que hay ciertos sentimientos íntimos en cuya expresión es casi imposible que sobresalga una mujer entre nosotros. O dice todo lo que siente, y tal como lo siente, y aparece impúdica aun no siéndolo y por lo tanto insincera, ó se guarda y oculta y vela esos sentimientos y aparece también insincera. De aquí que el género lírico sea el más difícil para una mujer. Sin que esto quiera decir que no puedan sobresalir en ciertos aspectos de él. Ahí está la ya citada Santa Teresa, que era sobre todo una poderosísima lírica, y

ahí está en época más reciente, la dulcísima, tiernísima y delicadísima Cristina Rossetti, cuyos cantos son uno de los más exquisitos regalos que nos brinda la literatura inglesa. Pero los cantos de Cristina, aun aquellos en que se oye la queja del amor humano insatisfecho, son cantos religiosos, hondamente religiosos.

Tome usted otra poetisa, una paisana y contemporánea de Cristina Rossetti, Isabel Barrett Browning. Los admirables «Sonetos del portugués» dirigidos á su marido, el grande y sutilísimo poeta Roberto Browning, son una de las obras poéticas más llenas de calor humano y de encendida pasión, pero en general la superioridad de Isabel sobre Cristina estriba en que aquélla, como sabía más, pudo volverse más á lo de fuera y hacer obra que diríamos más objetiva.

Cristina era un alma angelical y dulce, recluída, y tímida y era una mujer de una ilustración muy restringida y religiosa sobre todo, mientras Isabel era una mujer erudita y muy versada en variedad de conocimientos y que traducía el griego. Y así, resulta que Cristina cae en la monotonía é Isabel en la pedantería; las quejas melodiosísimas y angelicales de Cristina constan de unas pocas, muy pocas notas y los temas forzosamente se repiten, y las disertaciones poéticas y hasta filosóficas de Isabel, llegan alguna vez á fastidiar por su impertinencia.

En general se desempeña mucho mejor la mujer en lo que es objetivo y no subjetivo—aceptemos por lo cómodas estas expresiones tan imperfectas é inducentes á error—en lo épico mejor que en lo lírico, en lo narrativo mejor que en lo sentimental. Cuenta mucho mejor lo que ve ú oye que no lo que siente, reproduce mejor el hecho externo que no la impresión que lo causara. Yo no sé si consistirá esto en que como dice un amigo mío, la mujer es un ser «apsicológico». Y por esto, acaso, son las actrices mejores que los actores y es porque á falta de un alma propia muy definida pueden prestarse á representar variedad de almas. El caso es que una escritora llega á narrar con verdadera precisión artística un suceso que presenció y, sin embargo, apenas acierta á dar forma adecuada á sus propios sentimientos suscitados por el suceso. Cuando no cae en la minuciosidad la mujer cuenta muy bien. Cuando llega á tener el sentido de la perspectiva y á saber sacrificar los detalles accesorios y acierta á situar cada circunstancia en su plano—y á esto llegan pocas veces—la mujer cuenta mejor que el hombre. Porque el hombre confunde más los sucesos con sus propias sensaciones en presencia de ellos; el hombre es más lírico, es decir, es más egoista; el hombre se mete más él mismo en el relato.

Y aunque le parezca á usted paradoja, señori-

ta, le diré que precisamente por ser la mujer más capaz de objetivarse, de salirse de sí, es por lo que es más independiente. El ser más individualista es lo que le hace al hombre ser más rebañego. Y como esto ha de sorprenderle, estoy seguro de ello, dejo para otro día el desarrollárselo.

Y vea cómo contra una idea muy corriente he de decirle que creo que la mujer tiene más aptitudes aun para la ciencia que no para el arte. Creo que hay ciertos campos de la ciencia en que las cualidades femeninas han de lograr copioso fruto. Y no sirve decir que para el cultivo de la ciencia hace falta una serenidad de juicio y un desapasionamiento de que la mujer escasea, pues el hombre es más apasionado que la mujer y el género de pasión femenino es tal vez el género de pasión que el cultivo de la ciencia requiere.

Hablándome un día un amigo mío de los admirables trabajos de erudición filológica que lleva á cabo doña Carolina Michaelis de Vasconcellos, la alemana que ha hecho de Portugal, la patria de su marido y su hijo, su segunda patria y que ilustra tanto la ciencia portuguesa, me decía que la erudición de doña Carolina es una erudición maternal, que cuida, mima y sustenta sus hipótesis y sus teorías filológicas como se cuida, mima y sustenta á un hijo. Así es y re-

cuerdo que cuando tuve la honra y el gusto de visitarla en Oporto, donde vive y trabaja, la sorprendí cuando estaba dando el baño á su nieto. La erudición de doña Carolina, es, en efecto, una erudición maternal. Y consigue con ella resultados que los hombres no logran. Es una erudición hecha de ciencia, de mucha y muy segura ciencia, pero hecha también de instinto, de un instinto á las veces más seguro que la ciencia misma. Doña Carolina adivina por verdadero instinto maternal.

Y es, señorita, que la mujer es ante todo y sobre todo madre. El instinto de la maternidad es en ella mucho más fuerte que el de la sexualidad. Como tratándose de una señorita que piensa dedicarse á escritora ciertos repulgos serían hasta ridículos, he de recordarle á este respecto que el hombre se hace padre en pocos segundos, mientras que la mujer necesita nueve meses de gestación, más de un año de lactancia y mucho más de cuidados y afanes. La mujer es madre ante todo.

Y lo es siempre. Quiere al amante ó al marido con amor maternal y, su amor crece cuando le siente débil, cuando siente que es preciso defenderle por muy fuerte que en otros respectos aparezca.

Se dice que las mujeres se enamoran de los hombres fuertes, pero creo adivinar que se ena-

moran de los hombres fuertes por alguna debilidad que en ellos descubren, por alguna debilidad que sólo ante ella, ante la amante, dejan traslucir. Y ella se dice: éste, que os domina, éste, que es para vosotros fuerte y bravío, es conmigo blando y débil; éste, el león, es para mí un cordero; yo y sólo yo sé su flaqueza, yo y sólo yo conozco su tendón de Aquiles. No hay leyenda más simbólica que la de «Sansón y Dalila».

A la mujer está encomendada principalmente la perpetuación del linaje humano, su persistencia natural y al hombre la civilización. Sin que ella deje de influir en ésta como él influye en aquella. Un hombre no se sacrifica por sus hijos lo mismo que una mujer, pero una mujer no se sacrifica por la patria lo mismo que un hombre. El sacrificio de Guzmán el Bueno es algo que ha de repugnar siempre al corazón femenino, por muy deformado que esté por el contagio de sentimientos masculinos. Y en rigor el hombre entiende mal todo sacrificio. Más que amar quiere ser amado, y basta ver con qué facilidad llama «ingrata» á la que no corresponde á su amor como si se le debiera agradecimiento por ello.

Lo que llama su amor suele ser en la mayoría de los casos un furioso anhelo de ser amado. Y esto proviene acaso de que siente bajo su for-

taleza social y de aparato su debilidad individual y de sustancia. Parece que el amor es en la mujer compasión y en el hombre orgullo, pero si se mira bien es en éste la necesidad de ser amparado y protejido y en aquélla la necesidad de amparar y proteger.

Y vea usted, señorita, á dónde he venido á parar á partir de la contestación á su consulta que al fin y al cabo queda incontestada. Y así debía ser, porque en resumen usted ha de hacer lo que tenía pensado, sea cual fuere mi consejo. Y me parece que hará usted bien.

A LA SEÑORA MAB

No soy, en efecto, señora, amigo de polémicas. Me gusta decir mi palabra y seguir, sin volver la vista, mi camino, dejando que cada cual de los demás diga la suya. Pero como no lo hago por soberbia ni por desdén al parecer ajeno, cuando hay una persona que como usted, señora, opone á mis dichos reparos juiciosos y razonables y me los opone con cortesía y buen propósito, algunas veces me detengo para contestarle.

Dice usted benévolamente de que soy yo, de entre los escritores españoles del día, quien en mayor grado tiene «el poder de suscitar ese espíritu antagónico, que latente yace en todo hombre». (Y en toda mujer, y acaso más en ésta que en aquél). Si así es, me felicito de ello, pues siempre me he propuesto más bien que dar á otros mis ideas, excitar y avivar las suyas propias, siempre he tendido á ser un sugeridor más bien que un instructor. Si en alguien provoco un pensamiento, aunque sea opuesto al mío con

que le provoco, creo haber cumplido mi obra. Tan cortante y afirmativo como pueda aparecer á las veces, no soy un dogmático.

Pero no, no, señora, no me río de todo y de todo el mundo, aunque prosiga impertérrito en mi campaña. Me río poco. Y si no quiero enterarme de muchos de los ataques de que soy objeto, es para no envenenar mi espíritu. El mejor modo de mantener mi espíritu sereno, para poder juzgar á los demás imparcialmente, es ignorar sus ataques.

Pero los reparos de usted, señora mía, no son ataques ni violencias, sino razonadas observaciones. Y además, como usted confiesa, no solicita la explicación ni ampliación de mi artículo sobre las mujeres que escriben, he aquí porqué voy á explicarlo y ampliarlo.

Añade usted que tampoco le mueve aquel espíritu rebañego con que tanto gusto, dice usted, de apostrofar á los mortales. Se lo creo. Y se lo creo, porque el espíritu rebañego, pese á las apariencias y á la tiranía de la moda, es más cosa de los hombres que no de las mujeres. La mujer es, ciertamente, más conservadora que el hombre y teme más que éste romper lo establecido, pero, en el fondo, el hombre es mucho más servil que la mujer y ésta mantiene mejor que aquél su íntima libertad espiritual.

No son los que aparecen más rebeldes los

que de más libertad interior de espíritu gozan. El someterse á la ley y cumplirla suele ser la mejor preparación para trabajar por abolirla. He conocido muchos anarquistas—casi todos los que he conocido—de espíritu servil. Muchos de ellos lo son por seguir la moda, por espíritu rebañego. Y en cambio conozco muy pocos hombres que á un respeto y sumisión á lo establecido, tales como los tuvo Santa Teresa, pongo por caso de mujer típica y excelsa, junten una tan grande libertad interior espiritual.

Precisamente hoy he estado leyendo en el «Port Royal», de Sainte Beuve, y en su libro quinto, cuanto dice de aquel portento de libertad interior femenina que se llamó la madre Angélica de San Juan.

(Observará usted, señora, que como me dirijo á mujeres, procuro hablarles en el sentido más escueto, más viril y menos acaramelado que me es posible. Es mi manera de demostrarles mi respeto. La mayor parte de las llamadas galanterías me parecen expresiones de desdén. Es algo así como hablar á los niños á media lengua, procurando imitar su balbuceo).

No voy á meterme á dilucidar si el intelecto de la mujer es igual, inferior ó superior al del hombre; me basta con que sea diferente del de éste y sobre todo la igualdad, superioridad ó inferioridad respectiva de dos seres no puede ni

debe buscarse en el intelecto solamente. Pero como tengo á este respecto mis convicciones, no dejaré de expresárselas, aunque usted diga que revelo en ellas «residuos de un espíritu netamente español», lo cual no niego, porque español y español neto soy. Y ahora voy en cuatro palabras á decirle mi opinión sin rodeos.

Usted sabe, señora, cuáles son los efectos de una causa que obra constantemente, por pequeña que su acción sea. Usted sabe lo que al cabo de los siglos y los siglos de los siglos significaría un capital mínimo puesto á interés compuesto. Pues bien, esto le ocurre á la mujer.

El organismo de la mujer está hecho para concebir, gestar y amamantar al niño y las molestias inherentes al embarazo y á la lactancia hacen que ya desde los pueblos salvajes las mujeres no puedan seguir á los hombres en la guerra y la caza, que es donde principalmente se aguza la inteligencia. La mujer se queda en casa y su inteligencia se hace casera, doméstica, estadiza y minuciosa. Y como esto sucede en una y otra generación, acaba por producirse una forma de inteligencia femenina distinta—no hablo de igual, superior ni inferior—de la masculina.

Una inteligencia de aplicación más concreta, de más paciencia, de más detalles, de mayores minuciosidades, pero no una inteligencia napo-

leónica, señora. Toda mujer que se ha dedicado á la alta especulación filosófica, en la que hay que mirar desde muy alto y ver en conjunto, ha fracasado.

Y mientras no se llegue á que la mujer no nazca de mujer que ha concebido, gestado y lactado, la causa originaria seguirá obrando.

Lo cual no es, claro está, negar las facultades intelectuales de la mujer, sino decir que esas facultades no pueden hallar campo adecuado á ellas en trabajos que surgen de la constitución genuinamente masculina de nuestra cultura.

Sí señora, nuestra cultura, incluso la de las mujeres, es una cultura masculina, con todas las ventajas y todos los inconvenientes de la masculinidad. La colaboración de las mujeres en ella tiende á familiarizarla y esto es una ventaja, pero yo en mi artículo me limité á mostrar todas las dificultades de que esa colaboración está rodeada.

«Una mujer ¿deberá escribir?» se pregunta usted, y yo respondo: Sí, debe escribir, pero, lo mismo que el hombre, cuando tenga algo que decir. Y el que para hacerlo tenga que servirse de un instrumento hecho por hombres y para hombres, de una lengua literaria fruto de una civilización predominantemente masculina, no quiere decir, ni mucho menos, que sea la mujer intelectualmente inferior. Mi lógica masculina

no ve bien esta consecuencia. Eso quiere decir que un francés, aunque tenga más talento que un español sobre un asunto cualquiera, estará en peores condiciones que el español que escriba en su lengua. Ahora, lo que puede hacer la mujer es modificar el instrumento, pero ¡dura tarea!

Sí, la mujer puede aprender la lengua literaria como un francés ó un chino pueden aprender el español y un zurdo el manejo de un instrumento hecho para la mano derecha, pero es difícil que aquéllos lleguen á saberlo tan bien como el español mismo que desde niño habla su lengua ó que el zurdo maneje tan bien como el diestro el instrumento en cuestión. Lo cual no es suponer que el español tenga más talento que el francés ó el chino, ó el diestro más habilidad manual que el zurdo.

No siento, señora, superstición alguna hacia la lengua literaria, y buena prueba de ello es que cuando escribo, escribo por lo general á vuela pluma, huyendo de estilismo para así tener estilo, cuidándome poco de evitar asonancias y de otras retoriquerías. Yo he aspirado siempre á que de mis escritos se diga: «¡hablan como un hombre!» en vez de que de mí se diga que hablo como un libro. Y si tengo á Sarmiento, su paisano—pues la supongo á usted argentina—por un escritor como tal escritor portento-

so, es porque escribió siempre de la grosura de su corazón, con ímpetu, hablando lo que escribía. En cuanto me dicen de un escritor que es un estilista, ya estoy apartando los ojos de sus escritos. Por lo general los llamados estilistas son los que menos estilo propio tienen. Y eso puede usted verlo ahí donde han padecido y aun siguen padeciendo esa plaga, tanto en prosa como en verso. No siento superstición por la lengua literaria, que oscila entre el énfasis y la sequedad, entre el tono oratorio y el sentencioso, lo cual es propio de hombres. El hombre cuando no es enfático é hinchado es seco y escueto, ó hablando á la española, cuando no es gongorino es culterano. Rara vez sabe ser jugoso sin hojarasca y sencillo sin afectación. Y la mujer cuando se pone á escribir en hombre, literariamente, acentúa los defectos.

Usted habrá oído, señora, que el género en que las escritoras han sobresalido es en el epistolar. Basta citar, además de la ya citada Santa Teresa, á Mme. Sevigné. Y esto es por ser el género más cercano á la conversación familiar y el más apartado de la lengua oratoria. La mujer habla, por lo general, mucho mejor que escribe y perora, y el hombre escribe y perora mejor que habla. Y es que la lengua de aquella es lengua de casa y la de éste lengua de calle. He conocido algunas escritoras, aunque no mu-

chas, y todas ellas tienen una conversación mucho más amena y viva que no sus escritos, y en cambio conozco escritores afamadísimos que no dicen nada cuando hablan.

No está mal que ustedes, las argentinas, se pongan á escribir, sobre todo si logran así introducir en el estilo la sencillez, el abandono, la «nonchalance» de lo hablado. Porque, créame usted, señora, que cierto estilismo imitado del francés es una de las plagas de los escritores de ese su país. Y he aquí por donde contribuirían ustedes á desfeminizar el estilo literario de su patria.

Cita usted luego una frase á mi respecto del «Nuevo Mercurio», pero debo decirle que rechazo la exactitud de la tal frase, si con ella quiere decirse que yo estime que la intelectualidad es un ejercicio ideólogo, ni lo soy, puedo asegurárselo, y si mis escritos han logrado aquende y allende el océano algún favor, débese sin duda al fondo de pasión que he puesto siempre en ellos. Día llegará, así confío, en que habrá de reconocerse que sólo de cierta deficiencia crítica puede brotar el creerme un ideólogo ó un sabio.

Y volviendo á ustedes, las mujeres que escriben, he de decirle, mi señora Mab, que yo me entretuve en mi artículo en poner de manifiesto las dificultades que en ese ejercicio han de ro-

dear á ustedes. Pero si escribiendo llegan á encontrar su propio tono, el tono genuinamente femenino, entonces su acción no dejará de ser beneficiosa. Es más, creo que la genuina y legítima feminidad, la de las mujeres, es el mejor antídoto contra la afeminación del estilo de no pocos hombres.

En efecto, así como apenas hay nada más ridículo que esos cuentos para niños que escriben los mayores, fingiendo infantilidad en ellos, así apenas conozco cosa más deplorable que cuanto escriben los hombres para las mujeres, teniendo presente al espíritu el público femenino cuando escriben. Los niños, si son avisados, se ríen por lo común de esos deplorables cuentos infantiles puerilmente tejidos por los mayores y las mujeres de espíritu tienen que despreciar á la mayoría de los hombres que para ellas escriben.

Supongo por otra parte, que la señora Mab conoce lo que escribió el ilustre Ferrero—reciente huesped de esa ciudad—respecto al que llamó tercer sexo, á las que los ingleses llaman «spinsters» y que alguien ha comparado á las hormigas neutras. Yo creo que ahí, en la Argentina, no se conoce, como no se conoce aquí en España, ese género. Y es indudable que el feminismo de esas señoras—muy respetables por lo demás—es cosa muy distinta del feminismo de

las mujeres de su casa, esposas de sus maridos y madres de sus hijos.

Inútil creo, además, decirle que estoy muy conforme con casi todo lo que usted dice,—fuera de esas divergencias,—y que me parece muy bien que estén ustedes hastiadas «de esa psicología que hace de la vida de los sentidos el motor alrededor del cual gira todo.»

Pocas palabras he de decirle sobre la Real Academia Española, y he de decirle pocas por la sencilla razón de que cuanto dice usted al respecto lo he dicho ya muchas veces. Lo que sí quiero hacer constar es que de lo que haga la Real Academia Española de la Lengua no puede deducirse nada respecto á ese supuesto, y no más que supuesto, exclusivismo español, pues la tal Academia no representa á España. Eso del exclusivismo español es una de tantas leyendas como por ahí y por otras partes corren y sobre ello he de escribir algún día. No hay tal exclusivismo español, como por ahí lo entienden muchos; lo único que hay es que en España no ha entrado aún el «snobismo» de lo cosmopolita. Más exclusivista, muchísimo más exclusivista que el español, es el francés—el pueblo más cerrado en sí y más desdeñoso de lo ajeno, que sólo admite «caritativamente» á título de curiosidad exótica—y, sin embargo, rara vez se habla por esas tierras del exclusivismo francés.

Y como el meterme á hablar del militarismo y el industrialismo, me llevaría lejos, suspendo éstas reflexiones y vuelvo á saludarle con todo respecto y con toda gratitud.

LOS ANTIPOLITICISTAS

UNA de las cosas que más me han llamado la atención durante mi estancia en Canarias es la frecuencia y el tono con que varios me hacían esta advertencia: «Bueno; debo advertirle á usted que yo no soy político». Decíanlo como defendiéndose de alguna acusación tácita ó como recomendándose á mi aprecio. A cada paso oía decir de alguno: «¿Ese? ¡Ese es un político!» Se habla allí en general de los políticos como de una especie aparte ó como de hombres que se dedican á una profesión vitanda. Y son muchos, muchísimos, los que se jactan de su indiferencia respecto á la política. Y éste me parece que es uno de los más graves males de aquel país hermosísimo y no todo lo venturoso que merece ser.

De este mal también padecíamos y aun seguimos padeciendo en el resto de España, pero afortunadamente estamos en camino de cura-

ción. El número de los llamados neutros, de los execrables neutros, de los que se muestran indiferentes á las fecundísimas luchas políticas, disminuye de día en día.

No me entusiasman grandemente las democracias, pero hoy son ya inevitables. La democracia es acaso, como la guerra y tal vez la civilización misma—¡y quién sabe si la vida!...—un mal necesario. Hay que aceptarla ó sucumbir. Y la democracia nos impone más obligaciones y deberes que nos confiere privilegios y derechos. Y el primer deber que la democracia nos impone es el de interesarnos en el manejo de la cosa pública, de la «res pública».

«¡A mí el gobierno no me da nada!» Esta es la tontería estereotipada con que no pocos egoistas y otros vividores se sacuden cuanto se les solicita para que tomen puesto en las luchas políticas. Y no reflexionan si no es que aunque el gobierno nada les dé no les quita algo, y les quita precisamente por su abstención de la vida pública. El que desdeña tomar parte en la vida política, siquiera como elector activo, figurando en un partido, acudiendo á mitines y reuniones públicas, etc., no tiene luego derecho á quejarse si alguna disposición legal ó meramente gubernativa le perjudica en sus intereses.

Lo primero que un ciudadano necesita tener es civismo y no puede haber patria, verdadera

patria, donde los ciudadanos no se preocupan de los problemas políticos.

Allí, en Canarias, me asombraba y me apenaba el observar la general indiferencia por los grandes problemas políticos, alguno de los cuales, como el del reparto de la tributación, debería tocarles muy en lo vivo. Y en cambio no acababa de comprender aquellos partidillos locales en que están divididos, partidillos que llevan unos motes caprichosos y que no se distinguen unos de otros sino por el caudillejo ó caciquillo á quien siguen, taifas puramente personales organizadas para el asalto y el disfrute de los cargos públicos. «¡Y eso es política!» me decía con aire de triunfo uno de los más acérrimos antipoliticistas. A lo cual le contesté: «En efecto, eso no es política, ó mejor dicho, eso es política mala, pero la culpa de que eso prospere la tienen ustedes, los que se meten en casa».

Mis esfuerzos para darme cuenta del mapa político—llamémosle así—de Canarias, me recordaron los esfuerzos que he tenido que hacer no pocas veces para tratar de darme cuenta de los mapas políticos de las repúblicas hispanoamericanas. Casi todas nuestras clásicas categorías políticas europeas, las de liberalismo y conservatorismo, socialismo é individualismo, estatismo y anarquismo, regalismo y ultramontanismo, etc., etc., casi todas ellas marran cuando

se trata de clasificar los partidos de las más de esas repúblicas. Y se encuentra uno como se encuentra en nuestros pequeños lugares rurales, divididos también en partidos, pero en partidos puramente personales.

Suelo yo decir que en las pequeñas villas y en los distritos rurales de esta nuestra España, hay siempre por lo menos dos partidos, y son los antiequisistas que siguen á Zeda contra Equis, y los antizedistas, que siguen á Equis contra Zeda. Y nótese que no les llamo equisistas ni zedistas, porque son ellos esencial y fundamentalmente negativos. Más que siguen á uno, van contra el otro. Y en general puede decirse que nuestros republicanos no son sino antimonárquicos, y no sino antirrepublicanos nuestros monárquicos.

He llegado á darme una cuenta, creo que bastante clara, de lo que distinguía á los unitarios y los federales de tiempos de Rozas y de Sarmiento en la Argentina, pero jamás he podido comprender qué es eso de los blancos y colorados del Uruguay.

Aquí, en España, son las ciudades las que empiezan á plantear en su verdadero terreno los problemas políticos. La lucha política en las ciudades no es ya una lucha de personalidades y personalismos; un caudillo de ciudad, un tribuno de ella, necesita encarnar ideales políticos más ó menos definidos.

Precisamente está ahora pasando España por uno de sus períodos de mayor agitación política, gracias á la labor de Canalejas, y el interés de esa agitación se ha concentrado en estos días en mi pueblo nativo, en Bilbao, uno de los más políticos de España, y donde menos neutros hay. De un lado la huelga de los obreros de las minas en demanda de reducción de horas de trabajo, y de otro lado los católicos que se revuelven contra las medidas que estiman antirreligiosas del actual gobierno. Y uno y otro caso ofrecen no poca enseñanza.

Una de las razones, casi la única, que los patronos mineros dan para no ceder á las demandas de sus obreros, á pesar de los buenos oficios del Instituto de Reformas Sociales y del gobierno mismo, es que eso implicaría una humillación, y que los obreros son soliviantados por agitadores políticos, á los que estiman gente extraña. Lo de la humillación no lo entiendo. La lucha entre el capital y el trabajo es una guerra, exactamente como la otra guerra, y el principio de «antes morir que rendirse», puede resultar dañosísimo en una guerra, por muy heróico que nos parezca. El rendir una plaza no es humillación nunca.

Una huelga, no es ni más ni menos que un regateo, y un patrono inteligente, que no tenga oscurecido el entendimiento por las nieblas del orgullo de quien se elevó acaso desde el más

bajo puesto, calcula los perjuicios que la huelga puede irrogarle, capitaliza el beneficio que los obreros pueden arrancarle con sus exigencias, y ve si le conviene ceder. Vale más privarse de tres mil pesetas cada año, que perder cien mil de una vez. El amor propio tiene poco que ver en estas cuestiones para un hombre de juicio.

Lo otro, lo de la intrusión de agitadores políticos, á quienes se califica de elementos extraños, tiene mucha más gracia todavía. Esos señores capitalistas se imaginan que la contienda es entre ellos y sus obreros tan sólo y que todos los demás ciudadanos no tenemos otro papel que el de meros espectadores. ¡Valiente idea tienen de la solidaridad social!

«¿Y á usted, qué le importa de esto? ¿Usted por qué se mete donde no le llaman?» He aquí expresiones que se oyen á menudo, y que reflejan la quinta esencia del antipoliticismo.

Sí, á todos nos debe importar de todo y las luchas económicas son luchas políticas que á todos atañen. Un conflicto entre un patrono y sus obreros no es pleito privado, es un pleito público. Su solución repercute sobre la economía social toda.

¡Agitadores políticos! ¡Naturalmente! Son y deben ser agitadores políticos los que provoquen y dirijan las luchas entre el capital y el trabajo. Y sólo haciendo políticas á estas luchas, es como

se las hace regulares, organizadas, legales, civilizadas, en fin. El socialismo es y debe ser política. Y la abstención del estado en estas luchas es una vieja doctrina manchesteriana que apenas hay quien se atreva á propugnar hoy.

¡Libertad de contratación! — claman. Y es como si uno dijese: que nos dejen libres, que nadie se entrometa, él tiene como yo sus brazos libres para luchar. Cierto, tiene libres sus brazos, pero tiene grillos en los pies.

Mientras la tierra no sea de propiedad comunal, mientras haya quienes á donde quieran que vayan tengan que pisar tierra ajena y no encuentren propia sino aquella que les tengan que dar de sepultura luego que hayan muerto, mientras tanto, no se puede hablar de libertad de contratación.

Y esta acusación — ¿acusación? — de que se entromete la política en las luchas económicas entre el capital y el trabajo, esta ridícula acusación — ¿acusación? — han dirijido algunos liberales inconcientes á los católicos bilbaínos y vascongados que han querido ir á San Sebastián en protesta contra la política antimonástica del gobierno. Que la protesta era política... ¡Naturalmente que lo era! Y debía serlo. El catolicismo es político; lo es y debe ser. Esos pobres liberales inconcientes sacan en seguida en estos casos el Cristo, y hablan del Evangelio, como si Cristo y el Evangelio no le cojieran ya bastante lejos

á la Iglesia católica y al catolicismo. Y aun Cristo y el Evangelio son también políticos... ¡pues no han de serlo!

Cuando las turbas judías quisieron proclamar rey á Jesús después de aquello de los panes y los peces, el Cristo se apartó de ellas para evitarlo. Cuando los fariseos para tentarle le preguntaron si se debía ó no pagar el tributo al César, tomó una moneda, les preguntó de quién era el cuño y al decirle que del César, les contestó: pues dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. (Es decir, dad al rey ó la república lo que es de él ó de ella, la moneda que acuña, el dinero, y lo demás, lo que no es dinero, dádselo á Dios, á quien no le hace falta plata). Y cuando por último le crucificaron, pusiéronle sobre la cruz en son de burla lo de Rey de los Judíos. Pero nada de esto quiere decir que la obra de la redención cristiana no fuese una obra profunda y esencialmente política. Querer separar la religión de la política es una locura tan grande ó mayor que la de querer separar la economía de la política. No ya el catolicismo, sino el cristianismo y toda religión tiene que ser política.

Un acto político era el que los católicos vascongados querían celebrar en San Sebastián y un acto político ha sido el del gobierno al impedírselo. Y ha obrado muy bien, perfectamente bien, políticamente bien el gobierno.

Es torpeza, y torpeza insigne, la de querer trazar á la política un campo restringido. La política no es una especialidad; la política es una forma de concebir, plantear y resolver todo problema. La política es una envolvente de todo problema público. Hay política económica, política religiosa, política sanitaria, política cultural, las grandes cuestiones humanas en una democracia.

Puede sostenerse que fué la política lo que hizo la eterna grandeza de Atenas y de toda Grecia y que la filosofía de Platón, la lírica de Píndaro, la trágica de Esquilo, la historia de Tucídides, por no decir nada de la elocuencia de Demóstenes, se debió á la política. Las democracias griegas fueron ante todo y sobre todo escuelas de política, como lo fueron las repúblicas italianas. Donde el pueblo se desinteresa de la política, decaen ciencias, artes y hasta industrias.

Lo cual no quiere decir, claro está que se deje absorber por entero de cierta agitación política sin contenido doctrinal. Y aun de esta agitación acababa de surgir doctrina.

Lo que sí ocurre es que en los períodos de intensa fiebre política parece como que las artes, las ciencias, la cultura, todo sufre un eclipse ó un retardo. Los espíritus absortos en esas candentes luchas parecen desinteresarse de los demás problemas de la vida y la cultura. Pero éstas traba-

jan por dentro y trabajan merced á la agitación política.

Porque no me cansaré de repetíroslo—pues sabido es que si de algo peco es de machacón—la política es uno de los mejores puntos de vista para encarar cualquier problema.

Claro está, por otra parte, que puede uno interesarse por la política y hasta hacer política activa sin alistarse en ninguno de los partidos organizados en su país. Yo por ejemplo... Y si alguien al llegar acá exclamase: «¡ya está el egotista!» le contestaré, que si lo ejemplifico conmigo, es por ser el hombre que encuentro más á mano.

Yo, por ejemplo, creo ser uno de los españoles que ha hecho más política en mi patria y sin embargo, no figuro afiliado á ningún partido. Lo cual no creo que sea recomendable en cada caso, pero á mí me da una gran libertad de movimiento.

Con lo que tenemos que procurar acabar todos es con el sentimiento anti-social, ó insocial por lo menos, que se esconde debajo de aquella frase de: «el gobierno nada me dá». Todos los gobiernos de todos los países dan y quitan mucho—con frecuencia quitan más que dan—á todos los ciudadanos por ellos gobernados. Y donde no hay una intensa vida política, la cultura es flotante, carece de raíces.

DON QUIJOTE Y BOLIVAR

Yo no sé si las relaciones culturales entre las diversas naciones americanas de lengua española son tan íntimas y tan activas como debieran serlo; yo no sé si en Méjico, Perú, Venezuela, etc., se sigue con interés el movimiento literario, científico y artístico de Chile, Argentina, Uruguay, ecétera, y viceversa; yo no sé si la conciencia de la América llamada latina es todo lo viva que debería ser. Una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispanoamericano contemporáneo, José Enriqué Rodó, el noble profesor montevideano, al final del hermoso discurso que leyó en la fiesta de la traslación de los restos de Juan Carlos Gómez desde Chile á Montevideo, su patria, decía que si es alta la idea de la patria, «en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de las naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones del idio-

ma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América como una grande é imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los sempiternos hielos del Sur». Y añadía: «Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una ú otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana». Palabras tan altas y nobles cuanto es noble y alto el pensador de «Ariel».

No sé si esto no es más que un sueño de Rodó, pero es un sueño alto y noble. Es el sueño del gran Libertador, de Simón Bolivar, que pretendía dar libertad á Cuba y Puerto Rico y «establecer un equilibrio permanente entre la gran república de origen inglés y las repúblicas de origen español».

Así lo dice don José Gil Fortoul al final del capítulo IV del libro III de su «Historia constitucional de Venezuela», el primero de cuyos cinco tomos acaba de publicarse en Berlín, y obra que me ha sugerido las anteriores líneas. Porque es ciertamente una obra que merece ser leída y conocida por todo americano; es una obra concienzuda y sólida y á la vez de muy

grata y fácil lectura y no poco sugerente. A mí, por lo menos, me ha sugerido no pocas observaciones sobre hombres y cosas de América.

Ante todo, los hombres. Siempre me ha interesado más el individuo que la muchedumbre, las biografías más que las historias generales y la psicología más que la sociología. Me parece que fué uno de los grandes aciertos de Sarmiento el de escojer la figura de Facundo Quiroga para trazar en torno de ella el cuadro de la lucha entre la civilización y la barbarie y uno de los grandes aciertos de Mitre el de tomar á Belgrano y á San Martín para agrupar en torno de ellos la historia de la emancipación de las repúblicas del Plata y aledañas. Con la ventaja acaso á favor de Mitre—á cambio de otras desventajas—de que como decía Alberdi á Sarmiento en la tercera de sus «Cartas Quillotanas» se debe escribir la historia de los buenos más bien que la de los malos é «historiando á Belgrano, á Rivadavia, á San Martín, á Moreno, etc., se habría podido educar á la juventud en el «amor á la libertad» más bien que en el «odio personal á los malvados». Y añadió: «Plutarco no historió á pícaros para servir á la educación», lo cual puede aplicarse al Plutarco americano, es decir, á Mitre, historiador del Belgrano y San Martín.

Mucho hay que aprender en la «Historia constitucional de Venezuela» del Sr. Gil Fortoul,

pero yo, siguiendo mis predilecciones, he de fijarme ante todo en la figura del libertador, tal y como el historiador venezolano nos la presenta.

Es, sin duda, Simón Bolívar, un héroe para un poema á la manera de los de Browning en que toma un personaje histórico como centro de reflexiones poéticas. Puede y debe decirse que hasta hoy la América ha producido más hombres de acción que contemplativos de pensamiento puro, sus Aquiles superan á sus Homeros; por lo general los historiadores, aún habiéndolos tan notables, no llegan á la talla de los historiados. El pensamiento es la flor de la acción y no florece y se encumbra la cultura filosófica, poética y científica de un pueblo hasta que, á través de dolorosas luchas, no se haya constituído en vista de un ideal común, más ó menos vago.

Hasta tanto sus pensadores en discordancia con el ambiente resultan incompletos é inadaptables como aquel D. Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, interesante figura de que nos habla el Sr. Gil Fortoul y que no pudo entenderse con Sucre, que vió en él un extravagante. ¿No se le llamó «loco» á Sarmiento?

El mismo Bolívar decía en 1822 que ni ellos ni la generación que les sucediese verían el brillo de la república que estaban fundando; que la América era una crisálida, que era menester

una «metamorfosis en la existencia física de sus habitantes» mediante la formación de un nuevo tipo gracias á la fusión de razas, y en 1824 añadía que los pueblos americanos no podrían prosperar en cien años y que era menester fomentar la inmigración de europeos y yanquis.

Es el tema mismo del grandioso final del discurso que en 1872 pronunció Sarmiento al inaugurarse la estátua de Belgrano, el discurso conocido por el de la Bandera.

Y sólo cuando un pueblo se ha hecho homogéneo y se ha constituído definitivamente, cuando ha brotado en él conciencia patria colectiva y no vive sólo por el mero instinto de vivir—esto último es de Bolívar—sólo cuando tiene ideal es cuando comprende y siente sus glorias y cuando puede irradiar al mundo su pensamiento. Homero llega cuando están resueltas las luchas en que intervino Aquiles, cuando de Troya no quedan sino las ruinas y es Elena polvo.

Y ¡qué figura la de Bolívar para el poema! Me permitiréis, benévolos lectores americanos, que como vasco que soy por todos treinta y dos costados, me detenga en la vasconía del Libertador. Después de describirlo físicamente (páginas 320 á 330) agrega el Sr. Gil Fortoul: «En suma, tipo de vascongado, de que descendía por línea paterna...» ¡Cuántas veces en un verano

que pasé cerca de Cenarruza no me he detenido desde los balcones de esta vieja Colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería á Santiago de Compostela, á contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el libertador!

«Si su organismo era sobre todo español—añade el Sr. Gil Fortoul—los ímpetus de su alma también lo fueron amenudo». Sí, españoles y quijotescos. Bolívar fué uno de los más fieles adeptos del quijotismo. Conocida es la anécdota, que he leído en Ricardo Palma («Mis últimas tradiciones peruanas y cachivacherías» Barcelona 1906) sobre la última frase de Bolívar, cuando éste, en sus últimos días preguntó á su médico si sospechaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo y al decirle el médico que no, contestó el Libertador: Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y... y yo! El mismo, pues, se incluyó, según tradición, con Don Quijote. Y cuando vuelva yo á hacer otra edición de mi «Vida de Don Quijote y Sancho, comentada y explicada» no os quepa duda de que la aumentaré incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador como incluí pasajes de la vida de Iñigo de Loyola, un vasco representatino.

Si á Don Quijote le lanzó á esa locura caba-

lleresca aquel amor tímido y contenido hacia Aldonza Lorenzo, según yo creo ¿no determinaron acaso la carrera de Bolívar la muerte de su mujer María Teresa, y el dolor que le causó? «La muerte de su joven compañera (dulce y melancólica figura que la historia deja en indecisa penumbra)—dice el Sr. Gil Fortoul—le arroja al punto en un verdadero torbellino: viajes que duran tres años; al principio la nostalgia del primer amor, nostalgia que á veces se convierte en desesperación; proyectos confusos; nuevas pasiones que se suceden violentas y efímeras; al fin, el alto ideal que se apodera de su espíritu, arrastrándolo á la lucha por la libertad de la patria.» Agrega el Sr. Gil Fortoul que fué tal la impresión dolorosa con que acariciaba el recuerdo de su mujer «que llegó hasta desear sinceramente la muerte». Y el mismo Bolívar decía en 1828 en Bucaramanga á sus amigos: «Si no hubiera enviudado, quizá habría sido otra mi vida; no sería el general Bolívar ni el Libertador». Y he aquí cómo aquella María T. Rodríguez, á quien conoció y con quien se casó en España;—á Bilbao, mi pueblo, fué á verla en el otoño de 1801—esa dulce figura penumbrosa que desfila por la historia, fué la Aldonza Lorenzo de aquel Quijote americano, y cómo muerta ella, se le convirtió en Dulcinea, en la Gloria.

Y ¿no es acaso quijotesco aquello que cuentan, dijo Bolívar, á raiz del terremoto de Caracas en 26 de Marzo de 1812 cuando atribuyéndolo un fraile á azote de Dios irritado por haberse desconocido á Fernando VII, el ungido del Señor, el futuro libertador, que se hallaba en la turba entre las ruinas, desenvainando la espada y obligando á bajar de la mesa que le servía de púlpito al fraile predicador, gritó: «¡Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!» ¿Y no es quijotesco aquello que en 11 de Agosto de 1826 decía á Gual, el plenipotenciario colombiano al congreso proyectado de Tacubaya, continuación del de Panamá, de que promoviera la expedición libertadora á Cuba y Puerto Rico, para poder marchar luego con mayores fuerzas á España... si para entonces no quieren la paz los españoles? Acaso se habrían resuelto no pocas cosas si nos hubiera conquistado Bolívar; digo, á nuestros bisabuelos.

Todo esto es profundamente quijotesco, pero hay algo más que acerca á Bolívar á Don Quijote, otro de los tres insignes majaderos de la historia. (Y ¡qué gloriosa, qué divina es la majadería así!) Cuantos hayan leído el Quijote recordarán aquel melancólico capitulo LVIII de la segunda parte, en que el caballero encontró unas imágenes de relieve y entalladura para el

retablo de una aldea y las reflexiones de triste desesperanza que ellas le sugieren. En mi ya mencionada «Vida» las he comentado largamente. Aquello fué como el Huerto de los Olivos de Jesús, el otro de los tres insignes, según Bolívar. Y ¿no están llenos los últimos años del Libertador de tristes reflexiones en que el héroe parece repetir con Don Quijote «¿no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos?» En aquellos tristes momentos, en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar y desconfiaba de los destinos de las nuevas naciones que con su espada y su fé separó de España.

Pero hay una frase profunda, profundísima, tal vez la frase más profunda que he leído de Bolívar—con frecuencia hay en sus frases célebres más retórica á la española que no otra cosa—hay una frase que nos hace penetrar hasta el hondón del alma del héroe. Es cuando en 1824 escribía al marqués del Toro: «Entienda usted, mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio. Esto lo digo para que usted no crea que mi estado es triste, y mucho menos mi fortuna». ¿No os dice nada esto del hombre triste en la prosperidad y triste por filosofía? ¿Llegaría Bolívar á sentir la angustia metafísica de todos los grandes, la terri-

ble voz que surge del silencio de las eternas tinieblas y nos dice: y todo, para qué?

No olvidemos que había leído á Rousseau, el patriarca del pesimismo, y que los dos volúmenes del «Contrato social» que habían pertenecido á la biblioteca de Napoleón y el general inglés Roberto Wilson regaló al Libertador, solía llevarlos consigo, y los regaló, al morir, á la Universidad de Caracas.

A cada hombre puede juzgársele por sus lecturas favoritas. Don Quijote leía libros de caballería, Bolívar á Rousseau y San Martín apacentaba su espíritu con la lectura de Plutarco. Y el decir simplemente que aquél leía á Rousseau y éste á Plutarco dice tanto, para los que á Plutarco y Rousseau conozcan, como cuantos paralelos entre uno y otro puedan trazarse y los que hayan trazado el venezolano Larrazábal y el argentino Mitre, y el del chileno Santa María, el que llamó á San Martín zorro y á Bolívar águila, paralelo este último que reproduce el señor Gil Fortoul. El uno era rousseauniano, plutarquiano el otro, diría yo. Y no se olvide que Rousseau, por su parte, era un admirador y un lector entusiasta de Plutarco, de este Plutarco, de quien decía el general inglés Gordon, el héroe de Jártum, que debería darse á leer á todos los oficiales del ejército mejor que un libro de táctica.

Podría ir por este primer tomo de la «Historia Constitucional de Venezuela», del Sr. Gil Fortoul, libro que aun ha de darme materia para otras consideraciones, recojiendo datos y noticias con que seguir buscando semejanzas entre Don Quijote y Bolivar, y si fuese yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de ambos. Los últimos momentos del gran Libertador, son de tan intensa poesía como los últimos momentos del caballero manchego.

Poesía, sí, esta es la palabra, poesía. Poesía, poesía es la que rezuma de la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma de la historia de la emancipación de las repúblicas hispanoamericanas, lo mismo que de la épica historia del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquitadores, de los Oviedo, Castillo, Gomara, etc., y en las memorias de los caudillos de la independencia. Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Láinez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frentes á las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las inde-

pendencias americanas. Pero aún no hemos llegado á esto. Ni aún, justo es decirlo, se ha llegado ahí, en América, á hacernos entera justicia, aunque cada día, sobre todo desde que España perdió á Cuba y Puerto Rico, aumenta el buen deseo de hacérnosla, y prueba de ello es, entre otras muchas, la obra del Sr. Gil Fortoul que ha provocado este escrito.

Y vuelvo á lo que decía al principio, y que es uno de mis más repetidos estribillos, á la necesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí. Porque no es sólo que en España se conozca poco y mal á la América latina, y que en ésta se conozca no mucho ni muy bien á España, sino que sospecho que las repúblicas hispanoamericanas, desde Méjico á la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí.

INDICE

	Páginas
Conversación I	7
Conversación II	21
Conversación III	35
A mis lectores	47
Soliloquio	59
Divagaciones de estío	69
Desahogo lírico	81
El escritor y el hombre	93
Malhumorismo	105
Confidencia	117
La sima del secreto	129
Al Sr. A. Z. autor de un libro	141
En defensa de la haraganería	153
Reputaciones hechas	163
El pedestal	177
El desdén con el desdén	193
Vulgaridad	205
Público y prensa	215
Nuestras mujeres	227
A una aspirante á escritora	239
A la señora Mab	251
Los antipoliticistas	263
Don Quijote y Bolivar	273

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas
PAZ EN LA GUERRA (Novela).—Madrid, Fernando Fé, 1897.....	4
DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN ESPAÑA.—Madrid, *Revista Nueva,* 1899.....	1,50
TRES ENSAYOS: ¡ADENTRO!—LA DEOCRACIA.—LA FÉ.—Madrid, B. Rodríguez Serra, 1900...	1
EN TORNO AL CASTICISMO.—Madrid, Fernando Fé.—Barcelona, Antonio López, 1902.....	2
AMOR Y PEDAGOGÍA (Novela)—Barcelona, Henrich y C.ª, 1902.....	3
PAISAJES «Colección Colón».—Salamanca, 1902.	0,75
DE MI PAÍS. Descripciones, relatos y artículos de costumbres.—Madrid, Fernando Fé, 1903....	3
VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada.—Madrid, Fernando Fé, 1905.....	4
POESÍAS.—Fernando Fé; Victoriano Suárez. Madrid, 1907.....	3
RECUERDOS DE NIÑEZ Y DE MOCEDAD.—Madrid, Fernando Fé; Victoriano Suárez, 1908.....	3

	Pesetas
MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS. «Biblioteca Renacimiento». — V. Prieto y C.ª, Madrid. 1910....	3,50
POR TIERRAS DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA. «Biblioteca Renacimiento».—V. Prieto y C.ª, Madrid, 1910.....	3,50
ROSARIO DE SONETOS LÍRICOS. — Madrid, Fernando Fé; Victoriano Suárez, 1911.....	3